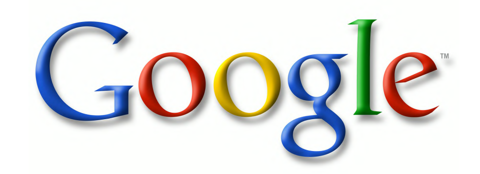
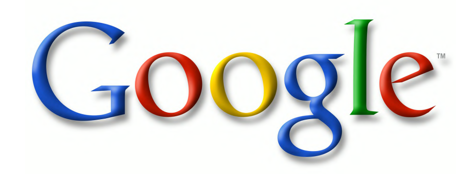




BRES Y TRADICIONES.

COSTUMBRES Y TRADICIONES.

Al Sr. Director de la excelente revista "La Diana".

Testimonio de admiracion y simpatías de

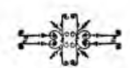
El Autor

GALERÍA PUERTO-RIQUEÑA.

COSTUMBRES Y TRADICIONES

POR

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS.



PUERTO-RICO.
Biblioteca de "EL BUSCAPIE."

1883.

[illegible] BELLAS LETRAS"—SAN FRANCISCO [illegible]

AL QUE LEYERE.

Alentado por el buen éxito de mi primera coleccion de artículos festivos sobre TIPOS Y CARACTÉRES puerto–riqueños, de la que se van agotando ya dos ediciones, he reunido en este nuevo libro varios trabajos de la misma índole, referentes á costumbres y tradiciones de este país.

Escritos estos juguetes en las mismas desfavorables condiciones expresadas en la advertencia que precede á los del anterior volúmen, tengo para mí que adolecen, como aquellos, de la falta de unidad y de enlace que pueden y deben tener estos trabajos cuando se escriben en una época dada, bajo unas mismas impresiones y obedeciendo á un deliberado plan.

Nótase, pues, en ellos diversidad de tonos, desigualdad de estilo y hasta diferentes grados de profundidad y de intencion, como esbozos hechos en diversas ocasiones y para revistas y periódicos de carácter distinto.

Sólo hay una circunstancia comun que afecta por igual á todos ellos, y es la de haber sido escritos y publicados bajo la presion de una ley contraria á la libertad y desarrollo del pensamiento, ó de una prévia censura restrictiva y meticulosa por demás. De aquí las alusiones equívocas, los dichos epigramáticos, las perífrasis, las alegorías y otras torturas del lenguaje y del pensamiento que notará á menudo el curioso lector, sobre todo en los artículos referentes á cualquier asunto oficial.

Cierto que hoy, con la mayor libertad que la ley concede al libro, pude haber completado y refundido muchos de estos trabajos; pero me faltan á la vez tiempo y paciencia para tales recomposiciones.

Por otra parte, no me parece del todo mal que los trabajos de esta índole conserven (como á manera de marca de fábrica) el sello característico, aunque defectuoso, del pueblo y de la época en que salieron á luz.

Los artículos de esta coleccion, como los de Tipos y caractéres, sólo tratan acerca de costumbres viciosas ó grotescas, dignas de burla ó de correccion por uno ú otro concepto. No implican, por lo tanto, la pintura general de las costumbres puerto-riqueñas, sino la descripcion festiva de las que me han parecido más propias para trabajos de este género.

En Puerto-Rico, lo mismo que en los demás pueblos del mundo civilizado, hay buenas y malas costumbres. Estos cuadros constituyen solamente la parte cómica, humorística, de mi *galería puerto-riqueña.*

El hombre ilustrado y probo, el puerto-riqueño digno y sensato, no tiene papel en estas escenas del vicio y de la ignorancia, presididas por el dios Momo. Su puesto está de telon afuera, y tiene el derecho inalienable de ver, [illegible]

En [illegible]
traigo á [illegible]

las buenas cualidades y describir los usos y costumbres que enaltecen á este país, tan desconocido en el extranjero y áun en la misma Metrópoli, como mal apreciado por parte de los que le observan con prevencion, ó los que le condenan ligeramente cuando apénas han hecho de él un estudio incompleto y superficial.

M. F. J.

Puerto-Rico, 30 de Agosto de 1883.

Meditando luego tristemente sobre lo que había oido aquella mañana en la puerta de la iglesia, me hacía —entre otras muchas— estas desconsoladoras reflexiones:

—Si todo aquello es verdad ¡qué personas y qué familias!

Si no es verdad ¡qué lengua!

Y de todos modos ¡qué lugar aquél para entregarse allí sin reservas ni miramientos al detestable vicio de la murmuracion!

LA LEVITA DEL BARRIO.

I.

La mejor y más antígua de todas las vestiduras de hombre que usamos en la actualidad, es sin duda alguna la levita.

Digan lo que quieran los partidarios del frac ó la casaca, estas piezas de ropa no son más que una degeneracion de la levita primitiva, como lo son así mismo la humilde y popular chaqueta, el chaleco redundante y el gaban democrático y nivelador.

La levita es de orígen hebreo, segun lo indica su propio nombre, y aunque la historia no determina á punto fijo quién fué el sastre inventor de aquella prenda, claro está que—pues se llama levita— ha debido ser el

EL AMOR Y LAS ESTACAS.

HISTORIA JIBARESCA.

Juan de Mata Colon, alias *Achote*, jíbaro trabajador y honrado aunque un poco ladino y suspicaz, á causa de los engaños y estafas de que había sido objeto por parte de los que suelen convertir la ignorancia ajena en pecaminosa granjería, era dueño de una modesta finca en uno de los campos más pintorescos de Puerto-Rico.

Sin ser pendenciero ni fanfarron, tenía fama de animoso y valiente en todo el barrio. Por estas y otras consideraciones de respeto, debidas á su edad y su carácter, nadie le aplicaba en su presencia el apodo de *Achote*, alusivo al color extremadamente rojo de su cabello, que ya empezaba á encanecer en la época á que nos referimos.

Tenía dos hijas que contrastaban física y moralmente por sus opuestas cualidades.

Una era fea, pecosa, de cabellos rojos como el *achote*, de ojos enfermos y desiguales, de rostro antipático, algo cargada de hombros, gruesa de cintura y larga

de piés. Frisaba ya en los treinta años, y la mortificaba mucho la idea de que ningun hombre le hubiera dicho todavía "lindos ojos tienes."

Esto excitaba la natural acritud y aspereza de su carácter, y el disgusto y la desesperacion se retrataban en aquel desagraciado semblante, aumentando su fealdad.

Cuando en medio de sus delirios de solterona imaginaba que algun hombre la miraba con insistencia, solía coquetear á su modo, asomarse frecuentemente por los ventanillos de la casa, cantar alguna copla de amor con meloso acento, atusar los rojos mechones de su cabellera y componer su tocado con rústica exageracion.

Pero bien pronto se convencía de su desgracia, atribuyendo á un nuevo amor el desvío de su presunto galan, y entónces irritábase, maldecía y murmuraba para sí:

—¡Qué falsos y qué *sin vergüenza* son los hombres!

Y entónces era cuando se hacía insoportable por su displicencia y mal humor.

Tenía por nombre Salomé.

La otra hermana era la jibarita más bella de todo el barrio.

Parecía que la naturaleza habíase complacido en dotarla de todas las perfecciones que le había negado á la hermana mayor.

Tenía por nombre Hermelinda, y llamábanla generalmente *Linda*, no sé si por abreviatura ó por alusion.

Su belleza era objeto de admiracion en todos aquellos alrededores, y eran muchos los mozos que suspiraban por ella y que más ó ménos directamente la habían hecho declaraciones de amor. Pero, sea porque ella no sintiese afecto hácia ninguno, ó porque se mostrase obediente á los consejos de su machucho y descon-

fiado padre, ello es que á todos les contestaba con buenas razones, sin rendir á nadie su corazon.

El más enamorado de todos era un tal Simplicio Temeroso, único á quien Linda no había rechazado aún, sin duda porque él no se había atrevido á decirla nada.

Su amor era mudo, pero intenso y apasionado.

No hacía nada con juicio y concierto desde que se hallaba dominado por aquél amor.

Linda ocupaba todo su pensamiento, y no se hallaba bien donde no pudiera verla y recrearse en su contemplacion.

Por ella pasaba en vela gran parte de la noche; por ella comía poco y sin apetito; por ella se olvidaba frecuentemente de mudar la *comedura* á las reses que tenía á su cargo; por ella, en fin, había hecho muchas de esas tonterías que suelen hacer los enamorados como Simplicio.

Dos ó tres horas del dia se pasaba el pobre mozo recostado contra una puerta de golpe, cercana á la habitacion de Linda, y desde allí dirigía miradas incendiarias hácia el lugar donde suponía que se hallaba el carísimo objeto de su pasion.

Linda, entre tanto, cònsagrábase tranquilamente á las labores de la casa, sin fijarse al parecer en los extremos que por ella hacía el amartelado mozo.

Así trascurrió algun tiempo, durante el cual pareciόle á Simplicio que Salomé, la hermana de Linda, le miraba con insistencia, y hasta creyó sorprender alguno que otro gesto ó ademán que él tradujo en seguida favorablemente.

En su ilusion de enamorado bobo, creyó que Linda se apiadaba de él y que, no pudiendo alentarle ella misma por motivos de recato y bien parecer, se había valido de Salomé para que le infundiera ánimo y esperanza.

Y de tal manera se entusiasmó con este pensamiento, que en un trasporte de gozo cayósele de las manos el machete con que *talaba* las *comeduras*, hiriéndole profundamente en uno de sus descalzos piés.

Viéronle salir herido las hijas del tio Juan *Achote*, y guiadas por un sentimiento de compasion, natural en todas las mujeres, y en el que son extremadas nuestras campesinas, le curáron con esmero y solicitud, habiendo sido Linda la primera que acudió con zumo de *guaco*, hilas y vendajes para practicar la curacion.

Simplicio se olvidó en aquel instante de la herida, y yo no sé qué le dió cuando las manos de su bello ídolo tocarón repetidas veces el afortunado pié.

—¡No hay mal que por bien no venga!—iba diciendo Simplicio Temeroso al dirigirse á su casa, recordando la solicitud con que Linda le curaba y los momentos en que había tenido la dicha de estar á su lado.

Durante la enfermedad meditó Simplicio largamente sobre su amor, se forjó mil planes para el porvenir y se decidió á declararse y ver si lograba que sus ansias terminaran en casamiento, que es una lícita, honrada y á veces placentera y dichosa terminacion.

Luego salió de su casa, algo cojo aún, dispuesto á decirle á Linda lo que venía al caso, y despues de varias tentativas y vacilaciones.... volvió sin haberle dicho nada.

—Pues mañana voy, subo, pido candela, aguardo una ocasion, cierro los ojos, abro la boca y me declaro. Esto murmuraba para sí al regresar á su casa todas las noches sin haber conseguido su objeto.

Y al dia siguiente volvía y.... no se atrevía á pasar de la empalizada ó de la puerta de golpe.

Por último desistió de la declaracion verbal, y como no sabía escribir ni tenía medios para hacerse entender de otra manera, hubo de adoptar el recurso extremo de

las *estacas*, siguiendo la antigua y popular costumbre que aún se conserva entre nuestros campesinos del interior.

Segun ella, el enamorado que no se atreve á declarar su afecto á la jóven que lo inspira, aguza un palo pequeño y resistente y lo clava en el *batey* de la casa donde aquella reside.

Si la jóven solicitada en esta forma accede á las pretensiones del mancebo, arranca la estaca y la clava en un lugar más inmediato á la habitacion.

Si las desprecia, arranca la estaca y la arroja hácia fuera con desdén.

Al amanecer del siguiente dia, ya estaba Simplicio Temeroso detrás de la puerta de golpe, su miradero habitual, aguzando una enorme estaca de ausubo y lanzando indescriptibles miradas contra una cortina de *chuí*, que se extendía por delante de un ventanillo en el cuarto de las dos hermanas. A través de aquél rústico lienzo le parecía distinguir vagamente la sombra de un rostro femenino.

—¡Es ella!—murmuraba de vez en cuando, con expresion de regocijo.

Y entónces era de ver con cuánta ligereza y ardimiento aguzaba el palo, sin dejar de mirar en aquella direccion y procurando que le viera Linda; porque, segun sus ilusiones de enamorado, era evidente que el rostro que se dibujaba á través del lienzo del ventanillo no podía ser otro que el de la hermosa hija menor de Juan *Achote.*

Aquél dia no comieron ni bebieron las reses que tenía Simplicio á su cuidado. ¡Buena tenía él la cabeza para pensar en cosas extrañas al adorado objeto de su amor!

Llegada la noche, y cuando ya la família de Juan se había entregado al plácido reposo, oyéronse algunos golpes secos y acompasados en el *batey*.

Era que Simplicio estaba formalizando su declaracion de amor.

*
* *

Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Tristeza y alegría, esperanza y rezelos, calor y escalofríos, deseo de que amaneciera y temor de que llegase el dia demasiado pronto para su mal; todo esto sintió alternativamente el enamorado Simplicio, revolviendo sin cesar ideas contradictorias en su confusa y acalorada imaginacion. Ya cerca de amanecer se quedó dormido y soñó con celestes apariciones, todas las cuales concluían por parecerse á Linda, como dos flores gemelas abiertas en un mismo dia y bañadas por un mismo rayo de sol.

. . . .

Cuando despertó era ya bastante tarde.

Corrió al cercado, llegó frente á la casa de Juan *Achote*, miró por entre los *almácigos* de la palizada y . . . no pudo contener una exclamacion de alegría.

La estaca había sido clavada junto á la misma escalera.

¡Oh felicidad!

*
* *

La costumbre en estos casos obliga al favorecido á demostrar su alegría y su agradecimiento á la jóven, pasando repetidas veces de noche y á caballo por delante de su casa, ora cantando alguna copla galante y amorosa, ora tocando en el *tiple* ó la *bordonua* algun son agradable del país.

Simplicio no estaba *en voz* aquella noche, ni entre todos los cantares que sabía pudo hallar uno que expresase toda la intensidad de su amor y que le pareciese digno de Linda. Por lo que respecta á música no sabía ni siquiera *trastear* un tiple *aguilandero*, que es el más fácil y sencillo de todos los instrumentos de cuerda.

No había, pues, que pensar en serenata, que por otra parte hubiera sido peligrosa, dado el carácter áspero y nada filarmónico de Juan *Achote.*

Al oscurecer de aquel mismo dia, aparejó Simplicio su yegua con banastas chicas, capa roja de bayeta y jáquima de mamey; encendió luego un *jumaso* de á cuarta, montó de un brinco, agitó con violencia el *Juan caliente* y empezó á dar carreras por delante de la casa de Hermelinda ó Linda, como la llamaban en el lugar.

Algun tiempo llevaba ya en este ejercicio sin hacer demostracion alguna de galanteo ni atreverse á dar siquiera las buenas noches desde el *batey*, cuando en una de sus pasadas por allí se aventuró á toser, y notó con agradable sorpresa que tambien tosía álguien en el interior de la casa.

—Es ella que me contesta y me anima,—dijo para sí lleno de gozo.

Despues cuando se disponía á pasar de nuevo por aquel sitio, iba diciendo para su cabalgadura:

—Pues lo que es en este viaje me atrevo y *jablo.*

Y apagó intencionalmente el cigarro, á fin de aproximarse á la casa de Linda con el usual y socorrido pretexto de pedir candela; pero luego no se atrevió.

Había oido desde léjos la voz desentonada de Juan *Achote*, que juraba y maldecía, dando evidentes indicios de mal humor.

Por fin, á eso de las ocho, cuando el silencio reinaba en toda la vecindad y los rústicos habitantes estaban ya entregados al sueño bienhechor, se detuvo Sim-

plicio en frente de la casa de Linda, para despedirse de ella imaginariamente y respirar por un instante en aquella atmósfera embalsamada por su aliento.

Pocos minutos hacía que se hallaba entregado á sus dulces meditaciones, cuando percibió un leve ruido en la puerta de la casa y vió salir luego un bulto que bajó cautelosamente hasta la meseta.

Desde allí le hizo señas á Simplicio para que se aproximase.

Este vaciló al principio, como luchando con las diversas emociones que le conturbaban el ánimo. Despues se acercó al lugar donde le llamaban, murmurando entre dientes con extraordinario regocijo:

—¡Cuándo digo que soy feliz!

La meseta se elevaba cerca de dos varas sobre el nivel del suelo, como es costumbre en estas casas de campo, de modo que el tímido jinete se encontró casi á la misma altura del bulto que le había llamado, y á pesar de las tinieblas de la noche pudo notar desde luego que era ó parecía una mujer. Simplicio comprendió en medio de su turbacion que era preciso decir algo, y que á él le tocaba; pero no sabía por donde empezar.

Por último hizo una exagerada reverencia y dijo:

—Buenas noches.

—Dios se las dé buenas,—contestóle una voz algo cascada y desigual.

La de Linda era generalmente más armoniosa y suave; pero Simplicio se explicó bien pronto esta diferencia, atribuyéndola á la emocion.

El mismo sentía alterada su propia voz en aquel supremo instante.

Despues que hubo meditado sobre esto, volvió á decir:

—Pues yo vine.... es decir, pasé esta *talde*.... pues, por la mañana, á la hora *é muar*:... *¿usté mentiende?*

—Si *usté* no se *desplica*....

—Este.... pues yo....

—No *jable* duro, que se dispierta *pápa*.

—Pues como decía, este.... este....

—Siga, hombre, siga.

—En fin, pues yo vine.....; vamos, esto......, pues......

—¡Cristiano, siga y *ajile* derecho, que no *jase* más que *corcobiar*!

—Es que.... pues, se me *atora* la lengua, y luego el susto y el *aquel*....

—¡Vamos, Simplicio, no te *aturruyes*,—dijo entónces la tapada, dulcificando el tono y aproximándose algo más á su interlocutor.

Luego extendió la mano y le dió dos palmaditas en el hombro, como para animarle con esta prueba de confianza y familiaridad.

Simplicio se estremeció de gozo al contacto de aquella mano, y exclamó con apasionado acento:

—¡Linda!

—Gracias por el favor, contestó la mujer de la meseta con afectada dulzura.

A este punto del diálogo llegaban cuando se oyó ruido en el interior de la casa, acompañado de un "juro á Dios" que hizo temblar de espanto á la trasnochada pareja.

—¡Sálvame! dijo la jíbara dejándose caer sobre Simplicio, que la sostuvo maquinalmente con un brazo, miéntras que con el otro ponía en movimiento la yegua azotándola sin piedad.

En el momento en que el extraño grupo ecuestre cruzaba á galope tendido por el *batey*, destacábase en la meseta la temible figura de Juan *Achote*, blandiendo un enorme *sol y luna* de vara y tercia.

—¡Juro á Dios que lo rajo como un *marimbo*,

gritó con voz de trueno el airado padre, y siguió tras de los fugitivos desapareciendo al instante en medio de la oscuridad.

*
* *

No bien había llegado Simplicio con su amorosa carga á la choza que le servía de habitacion, cuando se oyeron por allí cerca los gritos y juramentos de Juan *Achote*. Nuestro Tenorio por fuerza, sólo tuvo tiempo para dejar á la jíbara medio desmayada en el pavimento ó *soberado* de la choza, cerrar instintivamente la puerta y llamar á su anciana madre para que hiciera luz.

—¡Abre ó *jundo* la casa!—gritaba Juan *Achote* desde el *batey*, con voz ronca y alterada por la ira.

Simplicio estaba como anonadado, sin atreverse á tomar ninguna resolucion.

Una mujer de avanzada edad encendió un mechon de higuereta, alumbrando escasamente el mísero bohio, á tiempo que la débil puerta de yaguas cedía al empuje de Juan *Achote* y entraba éste furioso y ciego, levantando el terrible *sol y luna* con ademan amenazador.

—¡Perdon!—balbució el jóven humildemente,—lo hice sin....

—¡De rodillas, *indino*, y reza el credo, que te voy á *dividil*.

—¡Me caso!—dijo Simplicio en tan apurado trance.

—¡Nos casamos!—añadió la jíbara incorporándose y descubriendo el rostro, que hasta entónces había permanecido casi oculto entre los pliegues de un ámplio pañuelo de Madrás.

Al verla palideció Simplicio mucho más de lo que estaba.

Aquella mujer con quien había prometido casarse y por la cual se hallaba en tan grave peligro no era Linda, sino la hermana mayor, la fea, la horrible, la displicente y antipática Salomé.

Ella era la que—creyéndose pretendida por Simplicio—había mudado la estaca, y había tosido, y había hecho todo lo demás que aquel atribuía al adorado objeto de su pasion.

Simplicio no pudo contener un gesto de repugnancia, que no se escapó á la perspicacia de Juan *Achote.*

—Pero.... esta mujer.. no.......

Antes de que Simplicio acabara de formular su excusa, el terrible machete del tio Juan se había levantado sobre la cabeza del afligido jóven, y brillaba á la escasa luz de la mecha con siniestro resplandor.

—No admito *peros*— gritó de nuevo el padre montado el cólera, y Simplicio se ratificó humildemente en su promesa de casamiento, sin aventurarse á replicar.

***

Al siguiente dia fueron los novios acompañados del padre á *cogerse los dichos* ante el cura de la parroquia, y una semana despues habían consagrado ya su matrimonio con todas las formalidades del ritual.

Hasta el dia en que regresaban de la iglesia, despues de recibidas las bendiciones, el tio Juan no se apartó del lado de su yerno, llevando siempre en las banastillas el consabido machete que Simplicio miraba con terror.

En cuanto al desposado, se conformó, á lo ménos en apariencia, con su mala suerte.

Sólo cuando se hallaba léjos de su consorte se le oía repetir á media voz estas ó parecidas palabras:

—Como yo llegue á quedar viudo, juro á Dios que no he de pasar de noche por casa *e naide*, ni vuelvo á declararme por estaca *manque* reviente de amor.

EN LA PUERTA DE LA IGLESIA.

El hombre es generalmente inclinado á los contrastes, á las anomalías, irregularidades, en el sentido recto de la palabra.

Llevado de esta inclinacion, demostrada ya en el paraiso por el primero de los Adanes, suele apetecer lo prohibido, codiciar lo ajeno, pedir peras al olmo, curarse en salud y hacer ó pretender otra porcion de cosas extravagantes y contrarias al órden natural.

Por eso le vemos, verbi-gracia, fumar en las visitas, hablar de política en los bailes, reir en los entierros, amargar con cerveza las grandes alegrías y murmurar *en la puerta de la iglesia.*

Esta última irregularidad daba ya bastante que decir á los moralistas contemporáneos de Quevedo y

Tirso, que inmortalizaron con el nombre de *mentidero de Madrid* las famosas Gradas de San Felipe el Real.

No sé á la verdad cómo ha podido mantenerse y aclimatarse tan impía costumbre, en pueblos que se precian de religiosos; pero el hecho es que en Puerto-Rico se encuentra casi tan arraigado como en Madrid el hábito de formar corrillos en las puertas de los templos, y de ejercer allí sin miramientos de ninguna clase el detestable vicio de la murmuracion.

No hace muchos dias que pasaba yo por junto á uno de estos *mentideros* de la ciudad, á caza de asunto para escribir un articulejo, de malas costumbres, cuando advertí que se aglomeraban varias personas en torno del famoso narrador de ocurrencias locales, Don Facundino Sabelotodo, y le escuchaban con marcado interés, á tiempo que algunas damas iban saliendo de la iglesia.

Acerquéme y escuché con atencion:

—Esa,—decía señalando con disimulo á la señora A.—es la heroina de la temporada.

Por mostrarse demasiado complaciente con un amigo suyo que la obsequiaba, disgustó á cierto jefe un tanto absolutista, que se creía con mejor derecho por motivos de antigüedad, y.... ¡tras, tras! Dos pedazos de cartulina que se cruzan, dos miradas feroces que se cambian, cuatro padrinos que se reunen, charlan, fuman y beben anís del mono, y luego....

—Y luego ¿qué?—se apresuró á preguntar uno de los concurrentes.

—Luego una cena en La Zaragozana, compuesta de pato en *fricassée,* con vinos generosos al final.—¡Brindo á tu salud!—¡Brindo á la tuya!—¡Brindo á la de ustedes!—¡Brindo á la de élla!—¡Bien!—¡Muy bien!—¡Que viva!....

Cuando fueron á pagar, contestó el mozo que todo estaba satisfecho.

El marido de la dama en disputa, sabedor del lance y sus condiciones, habíase anticipado á pagar el pato *y lo demás.*

Un coro de carcajadas siguió á tan picante relato, y Don Facundino—despues de haber hecho una breve pausa para tomar aliento—continuó su revista señalando á la señora B.:

—Esa qué sale ahora con rosario de oro y libro de nácar en la mano, es la misma de quien hace poco les hablé. Despues acá sólo se supo lo del oficial y lo de......

—¡Chit....! El marido se acerca.

—No haya cuidado de que me oiga; toda su atencion está concentrada en la señora C., aquella dama de arrogante porte que baja las gradas con paso lento y como abstraida en religiosa meditacion.

Vedle cómo procura situarse de modo que ella le vea, y observad si en el saludo que ahora se hacen no hay algo de misterioso y singular.

De la señora D. que sale ahora, sólo han circulado las vagas noticias que ustedes saben y otras que yo me reservo hasta otro dia, porque no soy amigo de la murmuracion.

—En cuanto á la señora E. ya es diferente. Aquel que la ofrece el brazo y á quien dirige la palabra con notable zalamería, es un empleado de Hacienda que no se cuida más que de cobrar la nómina y de servir á la señora E. El marido pertenece al gremio feliz de los mansos, y há tiempo que tiene todos sus sentidos concentrados en el descubrimiento de la péndola horizontal.

Grandes risas en el corrillo de los oyentes, que aplauden y felicitan al orador.

Este prosigue:

—La que ahora se persigna y baja con el velo

calado y los ojos á medio cerrar, es la señora F. de quien hablamos el otro dia.

Lleva la vista fija en el suelo, y ni se atreve á mirar al ayudante que la hace seña con el baston. Sabe que la vigilan y es prudente hasta cierto punto. Su marido es una fiera......

—*¡Intendo, intendo!*—dijo con cierta sorna un cantante de la ópera italiana, que formaba parte del corrillo.

—Ese de los lentes que sube ahora, despues de terminada la misa, es un tenedor de libros de tercera clase, como si dejéramos libros de barbería, bodega ó cosa así. Gana escasamente cuarenta duros, tiene una esposa jóven y dos hijos que gimen en la miseria, y persigue entre tanto á una jamona *cursi* y casquivana que se burla de él. Su madre (la del tenedor de libros) vive acogida en la Casa de Caridad.

Pero andemos un poco hácia allá para dejar el paso franco á la señora H., dama de gran influjo, de quien tal vez tengamos que valernos algun dia para obtener una buena recomendacion. Su intimidad con un elevado funcionario la permite hacer buenas obras y favorecer no pocas pretensiones principiando por su marido, como es lógico, puesto que debe empezar por casa la bien entendida caridad. Poco más de lo que ya saben ustedes pudiera decirles hoy acerca de esta mujer de fama; pero en medio de todo no deben negársele dos cualidades meritorias, que consisten en su alteza de miras y su amor al principio de autoridad.

....

A más de la mitad del alfabeto llegaba en sus murmuraciones el intrépido y mordaz Don Facundino, cuando me alejé horrorizado de aquel lugar, y aún me figuraba que seguia resonando despues en mis oidos la voz de aquel terrible cronista del escándalo.

patriarca Leví, ó algun indivíduo de su numerosa tribu.

Tambien puede considerarse la levita como una consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, viniendo á ser un fragmento de la histórica hoja de parra, ingeniosamente ordenado segun el gusto y las necesidades de la moderna generacion. Y hé aquí, lectores mios, un asunto de interés que, tratado por algun sastre moralista, podría ofrecer bastante paño donde cortar.

Mas como yo no soy hombre de *tijera*, será preciso que renuncie á ocuparme de la levita en términos generales, haciéndolo únicamente en cuanto se relaciona con una costumbre muy generalizada entre los campesinos del país.

Hablaré, pues, de *la levita del barrio.*

II

Todo aquel que haya observado el carácter particular de nuestros *jíbaros*, no podrá ménos de reconocer y admirar la encantadora sencillez de sus costumbres y la moderacion extremada de sus deseos.

Una mezquina y *ventilada* choza, un duro lecho, una frugal comida y una mascadura de tabaco, es cuanto el *jíbaro* necesita para llegar al término de la humana felicidad.

Dadle esto, y lo vereis alegre y satisfecho, sin curarse de averiguar si habrá en el mundo mayores comodidades, y placeres más incitantes y halagüeños. La vanidad, el lujo y la ambicion no han venido aún —¡Dios sea bendito!—á turbar la sedentaria paz del labriego puerto-riqueño.

Tampoco la moda ha podido hallar en nuestros campos esa adoracion estúpida y servil de que es objeto en las grandes poblaciones del viejo y aún del nuevo continente.

El *jíbaro* de hoy (salvo algunas rarísimas excepciones), viste del mismo modo que vestía el *jíbaro* de hace un siglo: pantalon de dril ó de *coleta*, camisa de *listado* y sombrero de palma de yarey; hé aquí el traje habitual con que se cubre, desde que adquiere uso de razon, hasta que muere.

Hay, sin embargo, un dia solemne, trascendental, en que el *jíbaro* escoge las tres mejores piezas de su ropa, se viste con más esmero, pone su cuello en tortura con un ajustado corbatin, y, por último, se cuelga de los hombros una antigua y respetable levita, conocida en la vecindad con el nombre de *la levita del barrio.*

Este dia grande y memorable para él, es el dia de su casamiento.

Fuera de este dia, ya no vuelve á ponerse *la levita,* á ménos que no sea para reincidir en otro *caso* semejante.

De aquí que—en el lenguaje especial de nuestros *jíbaros*—ponerse la levita es sinónimo de contraer matrimonio.

¿Habeis visto alguno de ellos con levita? Pues ya no hay necesidad de preguntarle si es casado.

III.

La levita del barrio suele ser propiedad del Comisario del mismo, ó bien de algun otro vecino acomodado que la compró en una venduta para celebrar sus bodas, si no es que la obtuvo por herencia de sus progenitores,

Otras veces suele ser comprada á escote por los vecinos casaderos del barrio, y en este caso se designa uno entre ellos para que la guarde, la cepille y pegue los botones siempre que sea necesario.

Pero ya sea propiedad particular ó del comun, *la levita del barrio* está siempre á la disposicion del que quiera tomar estado.

Es una especie de túnica ó albarda de Himeneo, indispensable en las bodas de nuestros campesinos.

Por eso cuando algun enamorado trata de ablandar el corazon de su desdeñosa Filis, la dirige el *ultimatum* concebido—poco más ó ménos—en los términos siguientes:

—¡Juro á diez, prima Simona, que te quiero más que á *máma* y que á la yegua sabina de tio Juancho! Conque si me quiés querer, jabla, pa dil agora mesmo donde el Comisario á jilo de *la levita*...... si nó, mal rayo te palta.

Y la *jibarita* más esquiva suele rendirse al escuchar estas tiernas y convincentes razones.

IV.

Siempre que los vecinos de un lugar ven *la levita del barrio* puesta al sol, ó que álguien la estira y la sacude cuidadosamente, dicen en seguida para sí:

—Novios tenemos.

Y así es la verdad, puesto que algunos dias despues sale á relucir aquella prenda ceñida al cuerpo de un *novillo* (*) más ó ménos afortunado.

(*) Diminutivo de novio: palabra cariñosa y muy usual entre los campesinos puerto-riqueños.

¡Y qué orondo y satisfecho se presenta éste á los ojos de la novia, con el talle rígido, el pescuezo agarrotado y los brazos entreabiertos á guisa de alas en actitud de alzar el vuelo!

Nadie sería capaz de describir el entusiasmo y gozo de un *novillo* al verse metamorfoseado bajo los pliegues bienhechores de aquella histórica *levita.*

Yo sé de uno que al verse tan garrido y elegante con la nupcial vestidura, quiso llevar á cabo el sacrificio de ponerse unos zapatos, que es cuanto se puede decir.

No recuerda la historia un sólo caso en que el novio se haya encontrado feo y mal vestido despues de haberse puesto *la levita.* Cierto que ella posee la *unidad* de la *variedad*, (que al decir de algunos filósofos es una de las cualidades esenciales de lo bello) pues siendo *una la levita* y *única* su forma, á unos les viene estrecha y á otros ancha, á unos larga y á otros corta; éste la lleva como chupa, aquél como levita, el otro como capote ó sobre todo, &.ª

V.

En una de mis últimas excursiones por el campo, he tenido ocasion de ver una *levita* que cuenta por centenares los novios que se han vestido con ella. Es un objeto raro y curioso, muy digno de figurar en un museo de antigüedades.

Fué comprada allá por el año de 1812, sin que se haya podido averiguar nada respecto de sus servicios anteriores.

Su color es parduscо atabacado, aunque á juzgar por el forro y la solapa, conócese que ha debido ser negra en sus mejores tiempos.

La extraña confusion de sus adornos, su cuello acartonado y prominente, sus estrechas mangas y la forma irregular de sus hiperbólicos faldones, dan á la expresada *levita* un aspecto tan lóbrego y sombrío, que más parece prenda funeraria que gala ó vestidura nupcial.

En toda ella se encuentran indicios más ó ménos claros del uso á que se destina.

Tiene en la parte posterior de sus faldones una mancha de carácter extraño y sospechoso, debida á la torpeza de un *novillo* que, habiendo comprado unos merengues para regalarlos á su consorte, los guardó en los bolsillos de atrás, sentándose despues sobre ellos inadvertidamente.

Otro que se hallaba muy abstraido en la contemplacion de su novia durante las velaciones, dejó caer gota á gota la mitad de una vela de cera sobre la *levita*, que aún conserva las señales de aquella erótica distraccion.

Tambien le falta un pedazo de una de sus puntas delanteras, el cual fué arrancado por un perro que pisó cierto novio distraido.

Por último, hácia la parte inferior de uno de sus bolsillos laterales, hay un agujero formado por un raton hace 26 años. El pobre animalito no pudo sacar de otra manera un pedazo de queso que otro novio (por olvido tambien) había dejado dentro del bolsillo.

Por estas y otras muchas señales que en *la levita* se advierten, y que son otras tantas hojas de servicios, se vé con claridad que no hay nadie más torpe y distraido que un *jíbaro* en el dia de su casamiento.

Júzguese, pues, cuántas inconveniencias hará un novio desde que se apareja con *la levita del barrio* hasta que la restituye el día siguiente á la casa de su dueño ó poseedor.

Y si *la levita* hablara.... ¡Cuánto suceso ignorado,

cuánta anécdota curiosa, cuánta singular escena contaría!

Sólo ella pudiera referir punto por punto sus nupciales aventuras, y las veces que ha sentido palpitar bajo sus pliegues el corazon de un *novillo*, más ó ménos agitado por el placer y la emocion......

En cuanto á la opinion que suelen formar de *la levita del barrio* aquellas personas que se la han puesto alguna vez, no puede ser más diversa.

Hay algunos que la quieren bien, otros que la miran con rezelosa prevencion y otros que la maldicen y la detestan, jurando no volvérsela á poner aunque la suerte les depare una ocasion oportuna para ello.

Alguno de estos últimos ha debido ser el autor de la siguiente copla, que es una de las más conocidas y cantadas en los campos de Puerto-Rico:

Aunque tu padre me diera
Los bueyes con el arado,
No me adornaria de nuevo
Con *la levita del barrio.*

LAS FIESTAS DE CRUZ.

I.

Cuentan que el dia 2 de Mayo de 1787 hubo un grande temblor de tierra que llenó de consternacion á todos los habitantes de esta Isla. Y en verdad que tuvieron razon para asustarse aquellas buenas gentes, puesto que—segun dicen—fué el temblor más violento y prolongado de cuantos registra la historia de Puerto-Rico.

Como los hombres de aquel tiempo eran muy poco aficionados á las observaciones *temblométricas*, no se ha llegado á saber con exactitud los minutos que duró el tal fenómeno, la fuerza y direccion de sus movimientos, los grados que á la sazon marcaba el instrumento de Reaumur, y otras muchas circunstancias que hoy no pasan desapercibidas.

Pero lo que está fuera de duda es que durante el terremoto se cayeron algunas casas, se derramaron las ollas de la comida, con gran contentamiento de los gatos, y si hubiera durado un poco más......no sé lo que hubiera sucedido.

Ello es que á las pocas personas de aquella época que aún viven entre nosotros, todavía se les eriza el cabello, si lo tienen, al hablar de tan memorable suceso.

Dicen que aquello fué un temblor de padre y muy señor mio.

Tuvo lugar, como queda dicho, el dia 2 de Mayo, ó sea la víspera de aquel en que la iglesia celebra la invencion de la Santa Cruz; y esta circunstancia no pudo escaparse á la perspicacia religiosa de nuestros abuelos, cuya devocion crecía, como es natural, en los momentos del peligro.

Con tal motivo se hicieron entónces grandes fiestas para la adoracion de aquel signo cristiano.

Y no paró aquí el fervoroso entusiasmo de aquellas devotas gentes, sino que cada cual procuro tener en su casa una cruz bendita para dedicar á ella más particularmente sus oraciones.

Los habitantes del campo, que no podían concurrir á las Iglesias, reuníanse por las noches en la casa de algun anciano venerable, donde rezaban devotamente el rosario de la Cruz, y concluían cantando unas coplas que por entónces circulaban munuscritas con gran estimacion.

Para que sirvan de muestra, copiaré algunas aquí, con permíso del dios Apolo y de mis pacientísimos lectores:

¡Qué linda que está la cruz
Con su vestido amarillo,
Que se lo dió el buen Jesus,
Corona, clavo y martillo!

Las cuentas de mi rosario
Son balas de artillería,
Que todo el infierno tiembla
En diciendo—Ave María.

Paloma negra,
Paloma blanca,
Aquí cantamos
Tus alavanzas.

El lobo astuto
Ya me llevaba,
Pastora mia
Crucificada.

Sale la aurora
Á media noche,
Libranos madre
Del *turrumote.*

Esta última estrofa que es muy *cuca*, y que todavía se canta en las actuales *Fiestas de Cruz*, da á conocer que éstas en su origen fueron como á manera de rogativas para que no se repitiera el terremoto indicado.

Luégo aquella devocion siguió en aumento, y bien pronto se generalizó en toda la Isla. Hé aquí el orígen de las expresadas *Fiestas.*

Dos años despues ya se celebran en todas las poblaciones importantes, inclusa la misma Capital.

Pero las *Fiestas de Cruz* no eran ciertamente en el siglo XVIII, ni aún á principios del XIX, lo que con desdoro de la moral han venido á ser en nuestros dias. *In illo tempore* se designaba con anticipacion una casa para celebrar en élla las *Fiestas de Cruz*, y allí se iban reuniendo al anochecer las personas de ámbos sexos que

habian de tomar parte en aquel acto religioso. Luégo se daba principio á este, arrodillándose todos delante de un modesto altar vestido de blanco y adornado con flores naturales, y se llevaba á efecto con el mayor órden y compostura posibles.

Allí no habia pellizcos, señas ni risotadas durante el rezo; allí no fumaban los pollos, ni se dormian los viejos, ni cuchicheaban las niñas, ni las mamás se hacian las disimuladas; allí en fin, no se *capaba* (1) á nadie despues de terminada la funcion, ni se daba otra bebida que la clásica mistela ó el *agua-loja* dulce y refrescante, costeada por el dueño de la casa.

Yo no diré que durante las oraciones estuvieran todos los pensamientos fijos en la Cruz, porque habiendo allí jóvenes hermosas, como es fama que lo eran las de aquel tiempo (mejorando lo presente), y habiendo tambien mozos enamorados y galantes, no seria muy dificil que entre salve y padre nuestro se colara algun pensamiento profano sin poderlo remediar. Pero prescindiendo de estos pecados menudos, en los que incurriria tal vez el santo más escrupuloso, no podia darse un cuadro más sencillo y honesto que el que ofrecian aquellas inocentes reuniones.

¡Lástimas que hayan ido perdiendo poco á poco el carácter que en su orígen las recomendó, *y lo que ántes era una devota costumbre haya venido á ser con el tiempo una costumbre de bota!!*

II.

Trazado ya el bosquejo á grandes pinceladas de lo que fueron en su principio las *Fiestas de Cruz*, cumple

(1)—*Capar*, echar la capa ó poner banderilas á las personas que deben pagar los gastos de la funcion siguiente.

á mi propósito presentar el cuadro de lo que son en la actualidad.

Para ello ruego á mis lectores que me acompañen á una de dichas *Fiestas*, y nos divertiremos un rato.

Es la novena y última funcion, y por lo tanto no hay peligro de que nos *echen la capa.*

Hé aquí la casa: ramos en la puerta de entrada, ramos en la escalera, ramos en el interior...... verde, mucho verde por todas partes.

La Fiesta no ha empezado todavía: el oratorio está completamente desierto.

Observemos.

La *escena* representa algo parecido á un escaparate de quincalla.

Bajo un rico dosel de damasco guarnecido con profusion de flecos, borlas y colgaduras, hay un altar en forma de gradería, provisto de nueve escalones para indicar que esta noche se representa por novena vez la misma *pieza.* A todo lo largo de las gradas se extienden otras tantas filas de elegantes candelabros, alternando en perfecta simetría con varias figuras de yeso cristal y porcelana, que representan hombres, mujeres, perros, gatos, lechuzas y otras animalitos por el estilo. Entre todos estos objetos, así como en el fondo del altar y en las cortinas laterales, hay una multitud de joyas de oro y plata, puestas allí sin más objeto que la ostentacion y el vano alarde de riquezas. Por último, en la parte más elevada del altar y en medio de dos graciosas estátuas representando á Baco y la diosa de Citéres, se divisa una pequeña cruz cargada de cadenas.... de reloj, y medio escondida entre collares, prendedores, brazaletes, anillos con y sin cifras, relicarios con y sin pelo y otros objetos de devocion.

Con tan extraño disfraz no la conocería el mismísimo Nazareno si volviera al mundo.

Al lado izquierdo, y apoyando uno de sus extremos en el altar de la Cruz, está el altar de la gula, ó sea lo que en lenguaje devoto se llama *mesa de refresco*, verdadera exposicion universal de dulces y licores.

¡Linda manera de adorar la Cruz y cumplir los preceptos del que murió en ella.!

Ved aquí la idolatría de los sentidos confundida con la religion del alma; el vicio mezclado con la virtud; el altar junto á la taberna; derás de la Cruz, el diablo....

Pero tate; ya los devotos llegan en tropel y suben precipitadamente la escalera.

Veamos.

Entra en la escena un jóven imberbe y peripuesto, dando el brazo á una señorita que sería bella si no llevara moño y polisson. Ambos jóvenes visten con arreglo al último decreto de la moda, y cada uno lleva prendido un gran lazo de cintas en el pecho.

Son los *capados*; esto es, las víctimas *paganas* de esta católica saturnal.

Sigue despues un gran número de personas de diversa edad y de sexos y estado diferentes. Padres y abuelos; maridos y amantes; viudas y reincidentes; solterones recalcitrantes; jamonas en conserva, muchachas disponibles, pollos sietemesinos, etc. etc.

¡Cuánto almidon en caras y vestidos!

¡Cuánta cintura en prensa! ¡Cuánto cuello agarrotado! ¡Cuánta cabeza monumental!

A medida que van entrando, se agrupan en torno de la Cruz y entablan conversaciones por el tenor siguiente:

—Esta Matilde tiene unas manos divinas para vestir altares. Mire V. qué bien le ha quedado el de esta noche.

—Pues yo hallé mejor el de Luisa.

—¡Bah! si aquella Cruz estaba horrorosa; luégo el

altar tan pobre y desairado.... Allí no había más prenda de valor que aquel reloj de perro que habría y cerraba los ojos, y el collar de perlas de Anita, que le regaló Don Pascual; y apropósito de este regalo, dicen..... (aquí bajan la voz y despues hacen gestos de admiracion y de sorpresa).

Oigamos lo que dicen en este otro grupo.

—Á mí no me gusta la Cruz vestida de amarillo. ¡Jesus, si parece un catafalco!

—El azul *pega* mejor en estas cosas.

—Pues yo estoy por el encarnado.

—Yo por el lila.

—Y á usted, Don Lucas, ¿cuál le gusta más?

—El turron.

—Pero, hombre, !si estamos hablando de colores!

—¡Ah!.... entónces el verde.

Más allá un discípulo de Baco está pasando revista á las botellas, cuyos rótulos examina con avidez:

—Brandy, ajenjo, champagne, malvasia, rosolí, curazao.... ¡Bien, todo es legítimo y de buena calidad! ¿Así ya vale la pena de venir un rato á la *Fiesta de Cruz*, y no como el lúnes pasado que....en fin, se conoce que este Cárlos es un muchacho que lo entiende.—¡Lástima que ántes de rezar no se destapara eso!

....

Despues de un rato de charla se dá principio al acto religioso: las mujeres se arrodillan; los hombres se sientan; los pollos fuman y se componen el lazo de la corbata.

Hace mucho calor y huele á almizcle.

Estamos en plena funcion.

No hay que tener á mal que haya su poquito de ri-

sa y algazara; porque esto es cosa admitida, y además, ¿para qué se hacen las *Fiestas de Cruz?*

Las oraciones y alabanzas nó ofrecen nada de particular. Son las mismas que se cantaban en tiempo antiguo, bien que ahora se cantan peor y con acompañamiento de orquesta.

En cambio se han añadido algunas estrofas que di cen así:

"El demonio carita de mico,
Barbas de conejo, *besos* de candil,
Con la espada del santo rosario
Delen á ese perro que salga de aquí.

"Los soldados de Cristo amoroso
Con armas al hombro se van á Belen,
Y la Virgen va de capitana,
De cabo segundo Señor San José.

"El demonio como es tan perverso
Tiró una piedra y rompió un farol,
Y salieron los friles domingos....
Y aquí se acabó la funcion."

En efecto; la funcion religiosa concluye aquí para dar principio á la funcion de las mandíbulas. De la mística pasamos á la bucólica.

Esto es muy santo y muy bueno, y así no se dirá de nosotros lo que dijo Tirso de aquel cura rechoncho y comilon que

Nunca á Dios llamaba bueno
Hasta despues de comer.

Pero ahora la cosa va de veras. ¡Qué ruido de co

pas y de platos! ¡qué destapar de botellas! ¡qué tragos y qué tajadas! ¡Oh!.... esto parece una merienda de frailes. Unos comen, otros beben, y todos charlan y vociferan sin dejar por eso de comer y beber. Cuál apura una copa de anisado, cuál agota un frasco entero de marrasquino, cuál discurre sobre el modo de beber, sin arrugar la cara, un repugnante vaso de cerveza. Este se engulle un plato de alfajores, este otro devora una sopa borracha, aquél se traga devotamente una cruz de almendrado y un Simon Cirineo de mazapan.

Aquí brindan, allí cantan, acullá vocean, y todo es bulla, movimiento y confusion.

Por fin la orquesta se encamina hácia una sala inmediata, y detrás sigue una gran parte de los convidados: van á bailar.

El baile es cosa precisa en esta clase de reuniones.

Ya no hay *Fiestas de Cruz* sin baile, desde que Pezuela prohibió que se bailara en las *Fiestas de Cruz.*

Para terminar este cuadro y dar una idea de ciertos accidentes que trae consigo la costumbre de bailar despues de las frecuentes libaciones alcohólicas, indispensables en una *Fiestas de Cruz,* referiré á mis queridos lectores cierto episodio que presencié en una de éllas, cuando yo pecador tomaba parte en tales divertimientos.

Habían terminado las funciones de altar y de banquete, tal como quedan descritas en los párrafos anteriores, y era llegado el momento de dar principio al baile ó la *jarana de cruz.*

La orquesta, que minutos ántes acompañaba el canto religioso, había empezado á tocar los vagos pre-

ludios de la danza, y los bailadores corrian de un lado á otro en solicitud de sus respectivas parejas.

—¡Falta el *capado!*—exclamaron algunos de los concurrentes. Esta voz se repitió como un eco por todos los ámbitos del salon.

En tanto una señorita condecorada con un caprichoso lazo de cintas, clara señal de que había sido la compañera de *capa* del jóven que echaban de ménos, permanecia sentada pero inquieta, mirando á todos lados con vivas muestras de temor y desasosiego.

La orquesta continuó tocando y las parejas empezaron á bailar.

Breves instantes de terrible inquietud para la señorita del lazo.

—¡Eh, téngase allá.—¡Cuidado!—Usted dispense. —¡Bruto!—¡Ay, mi cola!—¡Canario!—No hay de qué. —Dios le perdone, que me ha hecho perder el compás.

Á estas y otras exclamaciones daba lugar la entrada de un señorito que, despues de atropellar algunas personas, llegó con paso torpe y mal seguro al lugar donde estaba la jóven impaciente. Era el protagonista de la funcion, que se habia rezagado algun tanto para tomar la *última copa* á la salud del que inventó los alambiques.

La jóven daba muestras de estar bastante airada por la tardanza de su Gaiferos, á quien dirigía algunos apóstrofes nada caritativos. Las palabras *pavo* y *desaire* se oian con frecuencia en su conversacion.

Por último se levantó dando el brazo al aturdido pollo, y ámbos empezaron á bailar, confundiéndose con las demás parejas que daban vueltas por el salon.

Pero no sé si por una de esas desgracias casuales, ó (lo que es más creible) por el efecto que causan los vapores alcohólicos cuando se suben á la cabeza, lo cierto es que nuestro lechuguino dió en medio de la danza

un tropezon, vaciló un instante, buscó un punto de apoyo en la pareja, que era delgada y flexible como un junco, y, perdiendo por fin el equilibrio, ámbos rodaron por el suelo con dolor propio y con asombro de los concurrentes.

Acto contínuo se suspendió el baile, cesó la música, levantaron á los caidos, desmayóse la jóven y la llevaron en procesion hácia una pieza inmediata.

El héroe de las *Fiestas* quedó tambaleándose en medio de la estancia, sin darse cuenta exacta de lo que acababa de suceder, hasta que el padre de la *capada* vino á pedirle una satisfaccion, y la madre le llenó de insultos, y los hermanos y parientes se empeñaban en tirarle por la ventana.

Y aquí el chillar de las mujeres, y el maldecir de los hombres, y el requerir los abrigos, y el tomar unos por otros, y el despedirse con precipitacion.

Despues, aquel conjunto de personas se fué dividiendo en grupos, los grupos se subdividieron en familias, y así dispuestos emprendieron todos la retirada.

Detrás de los convidados bajó tambien el dueño de la casa con semblante afligido y taciturno, siguió con ellos hasta dejarlos en la calle, y, atrancando luégo la puerta con doble cerradura, exclamó al fin, dando libre rienda á su mal disimulando enojo:

—¡Mal haya el que invento los banquetes, los licores y hasta los bailes *de cruz*, y plegue á Dios que esta viciada costumbre se destierre por siempre de entre nosotros, aunque para ello sea menester otro terremoto como el que ha servido de orígen á tan malhadadas FIESTAS!

CARTA DE JUAN A PERICO

SOBRE LOS INCONVENIENTES DE LAS PEQUEÑAS POBLACIONES.

Mi querido Perico: hace cabalmente mes y medio que recibí tu apreciable carta, cuya contestacion he venido aplazando, como de costumbre, de un dia para otro, diciendo siempre lo que un buen español suele decir en casos tales: "escribiré mañana."

Esta frase, que ha servido de tema al dulce Campoamor para escribir una de sus más amargas producciones, es indudablemente una de las más *gastadas* de nuestro rico idioma.

Dicho esto á manera de confesion ó de disculpa, voy á entrar en materia acerca del contenido de tu carta.

Permíteme ante todo que me admire de tu resolucion. ¡Dejar la Capital para venir á un villorio como este, más solitario que una biblioteca pública, y más triste que el porvenir de un maestro de escuela....!

Tú, jóven todavía (aunque casado), amigo de la bulla, de los placeres y de la disipacion; tú que desempeñas ó más bien disfrutas un empleo cómodo y lucrativo, que vives como un príncipe, y huelgas como un canónigo, y comes como un fraile ó un sibarita; tú que charlas en el Café, y aplaudes en el Teatro, y juegas en el Casino, y no pierdes baile, sarao ni diversiones de ninguna especie, ¿cómo es posible que te acostumbres á la vida tranquila y sedentaria de este humilde ó desdichado caserío?

Presumo que en todo esto hay un misterio que me ocultas y que yo no alcanzo á comprender.

Dime la verdad, Perico, acerca de las causas que han motivado tan peregrina determinacion. ¿Estás enfermo? ¿Te has vuelto misántropo? ¿Te han dejado cesante? ¿Te has enamorado de tu mujer? ¿Te persiguen los *ingleses*? ¿Hay temblores? ¿Háse declarado la ciudad en estado de sitio ó de viruela?

Si nada de esto sucede, preciso es confesar que soy un zote ó que tú eres el hombre más extravagante de la tierra.

Cualquiera diría que te has dejado seducir por las églogas y descripciones de algun poeta bucólico, si ya no fuera tan notoria tu enemiga hácia los libros en general, excepcion hecha del clásico de las cuarenta hojas. Mas por si acaso has concebido alguna idea equivocada acerca de la vida que se pasa en estas pequeñas poblaciones, quiero yo desengañarte á fuer de amigo, para que nunca puedas decir de mí que te he ocultado la verdad.

Quiero suponer que salgas de esa Capital despues de haber empaquetado el equipaje y todos los enseres necesarios para arreglar tu nueva vivienda, y que sucede el milagro de que todas estas cosas llegan á su destino siquiera sea hechas pedazos, que es del único modo

que pueden llegar. Quiero suponer tambien que tú y toda tu familia saben montar medianamente á caballo, pues no hay que pensar en coche ni aún en carretas, dada la *inverosimilitud* de nuestros caminos. Quiero suponer todavía,—y esto es ya demasiado suponer,—que llegas á este vecindario prodigiosamente, sin más novedad que un brazo roto y dos ó tres chichones en el frontispicio de la cara, y que tu mujer ha sido conducida en hamaca ó parihuela desde la mitad del camino, por cuya razon llega viva aunque desmayada, y que tus hijos llegan tambien, gracias al esfuerzo, solicitud y diligencia de los peones conductores.

Todavía quiero avanzar más por el camino aventurado de las hipótesis, para suponer que encuentras á tu llegada un médico ó un practicante que te cure las *ma-taduras*, si ya no es un curandero que te rompe el otro brazo y le corta una arteria á tu mujer por administrarla una sangria. Tambien quiero suponer que te resignas gustoso á vivir en una jaula de madera en vez de casa, lo cual es abusar ya demasiado de las suposiciones.

Una vez instalado en tu nueva habitacion, necesitarás una cocinera y no hallarás sino una *cocinadora* que te hará por la mañana arroz con carne y huevos revueltos, y por la tarde huevos revueltos y carne con arroz. La criada se encargará de dar al traste con la vajilla y los pocos muebles que te quedan; vendrá la lavandera con su *coco* para echarte á perder la ropa blanca, y la niñera tendrá á tus hijos en contínuo sobresalto, amenazándolos con el alcalde, con el *cuco* y con la guardia civil.

Cuando tú empieces á notar estos y otros inconvenientes preliminares, y empieces á rabiar y á darte al diablo, entónces empezarán á darte músicas para contrastar más y más la situacion. Y vendrá el comisario con su tiple, y el rapista feroz con su guitarro, y el sa-

cristan con su güiro, y el maestro de escuela con su flauta, y el mayordomo de las ánimas con su violin.

Como vienes de la capital y tienes cara de persona decente y bien acomodada, es indispensable que al llegar pases tarjeta á los vecinos, y ¡ay de tí si por ignorancia ó por descuido dejas á uno sólo sin el pedazo de cartulina! Al instante se dará por ofendido en su amor propio, y tomará como desaire lo que sólo ha sido incuria ó distraccion. Estas enemistades suelen ser muy peligrosas.

Luego vendrán las visitas, y es necesario que tengas agrado y buen humor para recibirlas, paciencia para aguantarlas y cerveza para despedirlas, y sobre todo un registro cronológico para pagarlas con escrupulosa puntualidad. La más leve omision en este punto te proproporcionaría disgustos y enemistades.

Acontece tambien en estos pueblos pequeños, que como no hay siempre cosas públicas de qué tratar, la atencion de los vecinos se fija más de lo que debiera en los asuntos privados, y así no debes extrañar que á los quince dias de tu residencia aquí, conozcan todos tu historia, tus cualidades, tus vicios (que no son pocos), tus costumbres, tus amistades, y hasta las amistades y costumbres de tu mujer.

Pero demos por sabidas todas estas cosas, y por pasadas todas estas penalidades. Figúrate ya vecino de esta poblacion, con tu cédula de á peso *sin enmienda*, tu atestado de empadronamiento y domicilio, y todos los demás documentos de policía y seguridad. Héte ya convertido en una especie de *materia imponible* para toda clase de cargos é incomodidades.

Si se enferma el juez de paz, el comisario del barrio ó el muñidor de alguna cofradía, "venga Perico"; si queda vacante la plaza de un concejal, "venga Perico" ; si hay que redactar una acta y el secretario no puede, no sabe

ó no tiene tiempo para ello, "venga Perico"; si hay que iniciar un sumario y hace falta algun testigo de asistencia, "venga Perico."

Y Perico para la Junta de enseñanza, y Perico para la Comision de Exámenes, y Perico para llevar el palio en las procesiones, y Perico para la Junta de festejos, y Perico para las suscripciones voluntarias, y Perico para despedir el duelo, y Perico para la distribucion de cédulas, y Perico para el reparto de la contribucion.

Y no hay que pensar siquiera en evadirse de estos y otros cargos *honoríficos* que pesarán sobre tí constantemente, porque el cura dirá entónces que no eres muy católico (en lo cual no creo que vaya equivocado), y el alcalde dirá que eres desafecto al gobierno de la nacion. Este último calificativo debes evitarlo á todo trance, que no hay cosa más ocasionada á disgustos y sinsabores que ser político de oposicion en un pueblo de escaso vecindario.

Aparte de estos que llamaremos cargos públicos, hay otros no ménos pesados é ineludibles, por más que sean de carácter puramente particular.

Como aquí todos somos compadres unos de otros, y apénas hay ya padrinos y madrinas para tanta criatura humana como va naciendo, claro está que en cuanto llega al pueblo una persona extraña de buen porte y de fisonomia simpática, con barruntos de dinero y con aire de proteccion, nos apresuramos todos á buscarla para que apadrine los niños, haciéndola víctima inocente de nuestra fecundidad. Tiempo tendrás de averiguar prácticamente lo que cuesta un compadrazgo, y lo gracioso y divertido que es sacar un niño de pila.

Ese mismo despejo que tú tienes, y ese barniz de sabio que aparentas,—y que no es más que *barniz*, acá para entre nosotros,—será ocasion de otros muchos inconvenientes; pues te tomarán al instante por un

hombre de capacidad é inteligencia, y en este concepto tendrás que ser consejero de todos los tontos, abogado de todos los reos, componedor de todas las discordias, memorialistas de todos los pretendientes y hombre bueno de todos los litigantes.

Otra de las mil y una calamidades que tendrás que sufrir con paciencia y resignacion, es el hijo del alcalde, especie de diablillo ó zahorí que todo lo vé, lo toca y lo destruye impunemente, lo mismo en la oficina pública que en la casa particular. El padre suele ser rígido, regañon y hasta impertinente; pero el hijo es por todos conceptos insufrible. El primero desempeña un cargo, el segundo constituye una verdadera *carga*. Aquel es un hombre más ó ménos racional, y este es una especie de Mefistófeles pequeño.

Interminable y difuso habría de ser por fuerza mi relato, si tratara de indicarte uno por uno todos los inconvenientes de la vida en este lugar, por cuya razon me abstengo de enumerarlos en su mayor parte, persuadido de que si á pesar de mis indicaciones te decides á venir, ya los conocerás por tu desdicha.

Pero no creas que has de sufrir solamente los males propios, oriundos — digámoslo así — de estas pequeñas poblaciones, sino que vendrán además otros males exteriores, como si no fueran bastantes aquellos para causar la desesperacion del mismo Job.

Despues que te halles ya instalado en este pueblo, no pasará por él ninguna persona de esa capital ó de sus alrededores que no se aloje en tu casa, haciendo de ella una especie de meson ú hospedería. Tendrás asímismo que proteger ó auxilar á cualquiera de estos transeuntes, sirviéndole de fiador si anda sin cédula, y facilitándole caballos, guias, dinero y lo demás que hubiere de menester. Luégo si tu huésped anda (como es regular) en busca de dinero, ya encalidad de *inglés* contra algun co-

merciante en vísperas de quiebra, ya en calidad de buscon vendiendo billetes de alguna rifa más ó ménos dudosa ó problemática, ó bien en forma de poeta *colocando* ejemplares de algun menguado folleto, tendrás tú que acompañarle á casa de las víctimas é influir todo lo posible para que suelten la *mosca* en beneficio de tu recomendado, siendo para éste el dinero y para tí ¡oh Perico! la vergüenza.

Verdad es que en cambio de todas estas cosas podrás vivir en este pueblo con más economía que en la ciudad, y hé aquí por qué te preguntaba al principio si te habían dejado cesante.

Por las dos terceras partes de lo que gastas en esa Capital te indigestará aquí la cocinera, y te abrirá una herida el practicante, y te envenenará el boticario, y te disfrazará el sastre, y te desollará el barbero, y el albéitar te sacará una muela con mandíbula y todo sin dolor.

Y aún puede ser que te sobren cuatro reales de vellon para estricnina, si ajustas bien las cuentas y procuras evitar los despilfarros.

Tales son, en compendio, los inconvenientes y las ventajas de la vida en estos pueblos.

Medita con calma acerca del pró y el contra de la determinacion que manifiestas, y si estimas en algo mis razones, si no te has vuelto misántropo, ni te persiguen los *ingleses*, ni te has enamorado de tu mujer, ni hay viruelas ó temblores en la ciudad, ni te han limpiado —á Dios gracias—el comedero, vuelve en tí, desiste de tu propósito y no vengas jamás á este menguado caserío, donde hace tiempo que pena sus pecados tu amigo—*Juan.*

CARTA DE PERICO A JUAN

SOBRE LOS INCONVENIENTES DE LA CAPITAL.

Largamente he meditado, querido Juan, acerca del contenido de tu carta, y si bien conozco la verdad de todo lo que me manifiestas, no por eso estoy ménos decidido á fijar mi residencia en esa poblacion.

Déjame, pues, que vaya á compartir contigo los inconvenientes de que me hablas en tu citada carta, que por muchos que ellos sean no podrán compararse con los que se sufren en la Capital.

Bien sé que tú has vivido en ella mucho tiempo y que tiénes una idea bastante clara de sus calles accidentadas y tortuosas, de sus mal alineados edificios, de sus muros encumbrados y de su topografía particular. Tambien debo suponer que conocerás prácticamente los andurriales del *Matadero* y *Canta-gallo;* que habrás

peleado á cachete limpio en las hondonadas de la *Cantera*; que te habrás bañado en la *Poza de los frailes*; que habrás jugado al chico en la *Garita del diablo*; que habrás pescado más de un tabardillo en los arrecifes de *Peña-parada*: que habrás bajado alguna vez de bruces los peligrosos callejones del *Hospital*, las *Monjas*, *Moro-ris* y *Hoyo-vicioso;* que te habrá dado algunos culatazos el centinela del *Polvorin*, y que habrás respirado á pesar tuyo el aire mefítico y repugnante del barrio de la Marina y de la calle de Tetuan.

Pero entónces estabas tú en esa edad venturosa de las ilusiones, en que todo nos parece bueno y agradable, porque sólo alcanzamos á ver el lado derecho de las cosas que nos rodean. Eras libre y feliz como puede serlo un jóven de 22 años; huérfano, soltero, exento de todo gravámen, como dicen los escribanos, y en posesion ó usufructo de un empleo de ciento cincuenta duros cada mes.

Con todas estas comodidades y ventajas, ¿cómo no había de parecerte agradable la vida de la Capital?

Tambien yo llegué á disfrutar aquí una temporada como la tuya, y te juro que entónces me parecían los dias más agradables, y las noches más serenas, y las calles ménos empinadas, y las casas ménos incómodas y el aire ménos corrompido, y. . . . . ¿querrás creerlo? hasta me parecía más elegante la Plaza y ménos nauseabundo el sumidero de la puerta de San Juan.

Luégo cambiaron las cosas como cambian de casaca los políticos vividores, y como cambia todo en esta vida fugaz y deleznable.

Tú te enamoraste perdidamente y—lo que es peor—te casaste con una jóven romántica y desidiosa, que no sabía pegar un boton ni remendar unos calcetines, y pasaba la vida suspirando sin saber por qué, mirando al cielo con los ojos entreabiertos y el rostro apoyado en el índice de la mano derecha, ó bien repasando con

avidez alguna novela de Jorge Sand, algun cuento maravilloso de Hoffmann ó algunas de las terroríficas narraciones de Ana Radcliffe.

Y como si no fuera suficiente esta primera desgracia, sobrevino poco despues tu cesantía; por convenir al mejor servicio de un cuñado de la sobrina segunda del portero del ministro.

En tan lamentable situacion, ¿qué remedio tenías sino dejar la ciudad, vender las alhajas y muebles ménos necesarios, y refugiarte en un pequeño caserío á llorar tus desdichas presentes y evocar el recuerdo de las pasadas venturas?

Por eso no me admiro de que te parezcan tan malas todas esas cosas que me cuentas, suponiendo cándidamente que la Capital es tan bella y tan deliciosa como la pintan en tu imaginacion las falaces reminiscencias de la pasada juventud.

Ya he dicho que en la edad más florida y venturosa de de mi existencia, apénas echaba yo de ver ninguno de los inconvenientes que hoy deploro, y que me hacen de todo punto insoportable la vida entre estos altos y denegridos murallones.

Y és que con los años suelen venir los achaques, y despues de estos la reflexion y el cálculo, llegando al fin y al cabo á convertirnos en filósofos cuando ya no servimos para otra cosa; bien así como las coquetas que suelen volverse santurronas ó beatas cuando no encuentran hombre alguno que las haga caso.

Pocos habrá de aquellos inconvenientes que tú citas que ya no los tengamos aquí en mayor ó menor escala, sin que podamos disfrutar en cambio muchas de las ventajas propias de esos pueblos del interior.

Por de contado tenemos aquí una poblacion abigarrada y confusa, que habla y duerme la siesta á la española viste, come y se engaña á la francesa; toca el vio

lon y canta á la italiana; se aburre á la inglesa, y se acuesta á la turca ó á la bartola.

Aquí nadie es puerto-riqueño, ó por lo ménos nadie lo parece.

En vez del pantalon blanco holgado, el gaban corto de la misma tela, la camisa de batista y el ancho sombrero de panamá, que es el traje más cómodo y adecuado para estos países tropicales, usamos en todo el rigor del verano pantalon de lana oscuro, chaleco negro de solapa y doble forro, cuello levantado, corbata descomunal, hiperbólica, que tapa la pechera por completo y llega desde la garganta á la cintura; levita negra, abrochada y de larguísimos faldones, botines de charol, medias tupidas y sombrero de copa monumental.

Dime, querido Juan, ¿quién no se muere despues de amortajado de esta manera, bajo una temperatura media de 40 centígrados?

Luégo aquí no tenemos rio, ni fuentes, ni casas de baños, ni más agua que la que cae de las nubes, ni más vegetacion que el musgo del Coliseo, la malojilla del *Jardin Botánico* y la calabaza de la caleta de San Juan.

En cuanto á las bebidas cotidianas, no son tampoco las más propias para calmar los ardores del estío. Por la mañana café, ginebra, ajenjo y *rabo de gallo;* á medio dia café y *brandy;* á la tarde café y espíritu de caña, y por la noche café y aguardiente de doble anís.

Las casas por su parte son oscuras, calorosas y mal distribuidas, y tan atestadadas de gente que más bien parecen nichos de cementerio ó celdillas de colmena que habitaciones de personas racionales.

Con objeto de aprovechar todo lo posible el pequeño recinto amurallado que constituye la ciudad, los constructores de casas no encuentran ya más extravagancias ni más incomodidades que inventar. Su principal empeño consiste en reunir, bajo un mismo tejado ú azotea,

el mayor número de inquilinos; y así tenemos comunmente inquilinos en el mirador, inquilinos en el piso principal, inquilinos en el entresuelo, inquilinos en todos los departamentos del piso bajo, inquilinos en el cuarto de baños, inquilinos en la despensa, inquilinos en la cochera, en la carbonera, y hasta en la perrera que está situada debajo de la escalera.

Y todo esto sin contar con las muchas casas que hay de tres, cuatro y cinco pisos, queriendo salirse de la Capital hácia el cielo, ya que no pueden extenderse por otra parte.

A tal punto llega ya el exceso de poblacion, que cada casa viene á ser aquí una pequeña ciudad, con su aristocracia, su clase media y su *pueblo*, y quizás no iré muy equivocado si te aseguro que hay edificio particular que encierra más vecinos que esa poblacion en que tú habitas.

En cuanto á la higiene.... pero no; dejemos la higiene por ahora, que sería el cuento de nunca acabar.

Las comodidades públicas corren pareja con las comodidades domésticas.

Para andar á pié (que es como se anda aquí generalmente) es necesario resignarse á domar los *chinos* siempre que algun bulto ó animal de más ó ménos patas obstruye el paso por las menguadas aceras, sufrir el mal olor en la Marina ó tragar polvo en el camino de Puerta de Tierra.

Aquí no hay más biblioteca que el garito (1) ni más diversiones públicas que los volantines, ni más caza que la de gangas, ni más pesca que la de novios, ni más plaza que la de armas, ni más jardines que los de tejas arriba, ni más caballos que el de Santiago, ni más coches de

---

(1) Este artículo fué escrito ántes de haberse establecido la Biblioteca Municipal.

alquiler que esas matracas locomovibles que vienen de la Carolina y Rio-piedras á escandalizar las calles de la Capital.

Otro de los inconvenientes más notables que aquí tenemos son las alcantarillas. ¡Dichoso tú una y mil veces, que no llegaste á conocer ni á *sentir* los efectos de estas célebres cloacas! ¡Bienaventurados los que se han ido de la Capital ántes de que se *inventaran* las alcantarillas sin acueducto!

Y si de los inconvenientes inanimados pasara á enumerar los inconvenientes vivos, las calamidades de carne y hueso, ¿qué piensas tú que te diría de los chiquillos mostrencos, de los vagos de levita, de los empleados zánganos, de los zánganos sin empleo, de los vendedores ambulantes, de los rateros, de los políticos que se hacen la barba, de los barberos que *hacen* política, del hombre-papagayo, del hombre-mono, del hombre-esponja, del hombre-anfibio de dos bocas, del hombre-lagarto y del hombre-tiburon?

Y respecto de las mujeres.......... ¡Ah! las mujeres....... pero dejémoslas para otra vez, á fin de no prolongar demasiado la presente carta.

Ya ves, querido Juan, como en todas partes hay peligros é inconvenientes que sufrir, y que en esta ciudad los contamos por *partida doble.*

Dirásme tú que en cambio de estas y de otras calamidades tenemos varias casas de enseñanza y un asilo de beneficencia, y que acaso no trascurra medio siglo sin que tengamos un Hospital y un Instituto de Cangrejos; todo lo cual no obsta para que haya un gran número de tontos, y de locos sueltos, y de enfermos desvalidos, y de muchachos sin educacion.

Tambien me dirás que aquí siquiera tenemos médicos, cirujanos y boticas en abundancia; pero acaso por eso mismo he notado yo que se muere aquí más

gente que en cualquiera otra parte. Raro es el dia en que no encuentro por estas calles de Dios un cuerpo humano, bien vestido, eso sí; bien acomodado en un féretro de lujo, muchas velas encendidas al rededor; mucho penacho negro, mucha gasa y muchos acompañantes...... pero muerto al fin.

Ello es, querido Juan, que ya el municipio tiene proyectada la construccion de un nuevo cementerio.

Me voy Juan, me voy; alquílame una casa de madera junto al rio, búscame un par de hamacas, un *chiringo*, un perro, una escopeta y una vaquita de leche, y cuando esté todo preparado avisa por el telégrafo á tu amigo,—*Perico.*

LA MORAL DE ANTAÑO.

Achaque de mojigatos es el declamar constantemente contra la corrupcion social de nuestra época, lamentando la ausencia de aquellos *buenos tiempos* de antaño, en los que (al decir de dichas gentes) todo era beatitud y moderacion, todo ingenuidad é inocencia, y casi nadie hacía cosas malas "ni rompía siquiera un plato' (como dice un refran), aunque esto último consistiría tal vez en que los platos de aquel tiempo eran ménos delgados y quebradizos. Aún no se había inventado la loza de Talavera ni la porcelana del Japon.

En cuanto sucede algun amoroso exceso, ó aparece siquiera alguna moda que permita á las mujeres mostrar las delicadas formas de su cuello, ó la micros-

cópica punta del pié (y perdónenme este exceso de hiperbólica galantería), ya los tienen ustedes haciendo cruces, invocando los *buenos tiempos* y contando cómo se vestían, cómo andaban, y con cuánto recato y compostura se presentaban los femeninos pimpollos del siglo pasado, á la codiciosa vista de los *Adanes* de aquel tiempo.

Y.... claro está; todo lo de ahora es para éllos deshonestidad, extravío, descoco y otras muchas frases con que motejan tal cual exageracion en el escote (nunca tanta como la que se permitian *in illo tempore*), y algun caprichoso encogimiento de la falda, siempre menor que el que se llegó á usar ántes de la tormenta de San Mateo..

Y detrás de cada sermoncito sobre la corrupcion de las costumbres, la falta de moralidad y la sobra de desenvoltura que alcanzamos, viene siempre la obligada y constante muletilla de: "¡Oh qué tiempos aquellos! ¡Oh qué mujeres las de aquella venturosa edad!"

Á los que tal dicen por ignorancia, por malicia ó por flaqueza de memoria, les recomendamos la lectura del documento que sigue, publicado en esta ciudad hace más de cien años, y copiado textualmente del libro de Pastorales del Obispado, junto con otros varios documentos analógo que conservo en mi archivo de Indias, con objeto de hacer un estudio histórico sobre el *aquel* de la moralidad.

Dice así:

Nos el Dr. D. Fray Manuel Gimenez Perez, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de San Juan de Puerto-Rico y sus anexos del Consejo de S. M., &.

A vos los fieles cristianos y moradores, en esta

nuestra diócesis, salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Por personas piadosas que viven sujetas á los preceptos de nuestra Santa ley, se ha notado no sin intenso dolor de su corazon, el *abominable aseo* y traje deshonesto con que muchas mujeres se atreven á andar por las calles públicas y entrar en la iglesia, llevando la saya tan sumamente corta y el pecho tan descubierto, que no sólo escandalizan, sino que al mismo tiempo son causas de muchos y graves pecados; y habiendo llegado á nuestra noticia, deseamos el remedio de tan peligroso abuso, y para ello ordenamos y mandamos en virtud de Santa obediencia, que ninguna persona de cualquier estado que sea use de dichos trajes deshonestos, ni ménos tome asiento alto en la iglesia, bajo la pena de ocho reales que se le *sacarán* de multa por la primera; y por cuanto asímismo, estamos noticiados que hay muchas personas, así hombres como mujeres, que olvidadas de sus principales obligaciones, no solamente dejan de oir misa en los dias de precepto, sino que sin el menor reparo trabajan en los domingos y otras festividades en que se prohibe, ordenamos y mandamos á nuestro Alguacil de vara, que siempre que verifique haber incurrido en este delito alguna persona de cualquier calidad que sea, le *quite* ocho reales de multa y la ponga inmediatamente en la cárcel pública y nos dé parte de ello, para aplicar las demás penas que por bien tuviéremos. Dado en Puerto-Rico, á 23 de Enero de 1773 años.—*Fray Manuel*, Obispo de Puerto-Rico.—Por mandado de S. S. I. el Obispo mi señor, *Don Felipe Joaquin Ramirez*.—Secretario."

Júzguese hasta qué extremo llegaría la *enseñanza* plástica en aquellos buenos tiempos, cuando el Padre Gimenez Perez, de natural tolerante y bondadoso, se vió en la precision de mandar al alguacil de vara que

sacase á cada mujer nada ménos que ocho reales de multa, por cada exibicion en la iglesia, con traje de aquella guisa.

Y como las mujeres en todos los tiempos y en todos los paises, al arreglar sus adornos han tenido siempre muy presente el gusto de los hombres, claro está que *éllos*, los hombres contemporáneos del Padre Gimenez, tuvieron gran parte de la culpa que motivó dicha órden.

Ni somos hoy santos, ni lo seremos seguramente en todo lo que queda de este siglo, pero no es justo que para echarnos en cara nuestra maldad se invoque la pureza de costumbres de las pasadas generaciones.

¡ Buenos pajaros eran nuestros abuelos, y buenos pájaros somos nosotros!

Es decis.... ¡ buenos pájaros son usted!

POR ENCIMA DE LOS LENTES.

No deja de ser un curioso fenómeno este de que á medida que avanza el siglo de las luces se va propagando entre nosotros la *cortedad* de la vista, hasta el extremo de que ya somos muy pocos (segun parece) los que logramos ver algo á la clara luz del sol, sin necesidad de lentes ó de antiparras.

La miopía y la oftalmía incipiente, han venido á ser de poco tiempo acá unas enfermedades contagiosas.

Antes eran mucho más raras estas afecciones de los ojos, y se dividían en dos clases, natural la una y artificial ó convencional la otra.

Padecían la primera algunas personas, muy pocas, que habían tenido la desgracia de nacer miopes ó de

sufrir en el órgano visual alguna dolencia ó menoscabo.

Disfrutaban la segunda, v. gr., alguno que otro empleado del Resguardo, que se hacía la *vista gorda* para no distinguir tal ó cual bulto, ó alguno que otro marido complaciente que solía hacerse de la *vista larga* en ciertos y determinados casos.

Hoy, sin haber desaparecido estas y otras enfermedades análogas, tenemos un sinnúmero de enfermedades más, manifestadas por el uso de los lentes.

Puede decirse que en la actualidad es de mal gusto el tener los ojos sanos, y casi no se concibe ya una nariz, especialmente una nariz de pollo, en la que no cabalguen unos lentes de marco dorado, ó unas gafas de color oscuro engastadas en alambre ó gutapercha.

Por su parte el bello sexo participa tambien de esta desgraciada enfermedad, y cuesta trabajo encontrar ya unos ojos claros, brillantes y expresivos que no estén cruelmente velados por dos pequeñas láminas de cristal.

Con este motivo el amor va perdiendo entre nosotros sus mejores y más ingeniosos medios de comunicacion.

Ese lenguaje rápido, elocuente y maravilloso de las miradas, que suelen emplear los enamorados para trasmitirse recíprocamente los afectos más tiernos y los sentimientos más delicados, pierde gran parte de su eficacia cuando se ejerce al traves de dos cristales.

No recuerdo quién ha dicho para ponderar la expresion elocuente y magnética de los ojos, que si Ciceron hubiera usado espejuelos verdes no hubiera podido destruir con una sola oracion las inícuas maquinaciones de Catilina.

Yo creo que si el travieso París y la encantadora Helena se hubieran mirado siempre al traves de un vi-

drio quemado, quizás no hubiera sobrevenido la horrorosa catástrofe de Troya.

El cristal, que está considerado por la física como un excelente aislador de los fluidos, no puede dar paso con facilidad al *fluido magnético* de unos ojos enamorados.

Por eso tengo observado con frecuencia que cada vez que dos enamorados se aproximan en el baile, en el paseo, en la tertulia ó en cualquiera otra reunion, suelen inclinar la cabeza con disimulo y dirigirse tiernas y dulcísimas miradas *por encima de los lentes.*

———

Tratando yo de averiguar en dias pasados la causa principal de esta *ceguera* que amenaza dejarnos á todos con los ojos claros y sin vista, como los santos de Francia, les hice varias preguntas á los oculistas más afamade esta ciudad, y las respuestas que obtuve son dignas de consignarse aquí por lo originales y contradictorias.

Uno de ellos, el más pesimista, me aseguró que las enfermedades de la vista, tan generalizadas entre nosotros, no podian tener otro orígen que la corruccion de la sociedad, el desórden de las costumbres, los vicios y los excesos de la juventud.

Otro, el más *guason*, me dijo que la causa de dichas enfermedades consistía en la demasiada intensidad de las luces del alumbrado público.

Otro, el más satírico, me dijo con cierta sorna que no eran tantos los miopes de la vista, como los miopes del entendimiento, y que todo el *quid* estaba en que estos últimos habían equivocado la enfermedad.

Díjome, en fin, el más grave y formal de los oculistas consultados, que el uso de los lentes en la actualidad (salvo algunas excepciones), no significaba una

enfermedad de la vista, sino una extravagancia de la Moda, á la cual hombres y mujeres solían rendir un culto demasiado incondicional y ciego, una estúpida y servil adoracion.»

Añadió que la mayor parte de los que hoy llevan oprimida la nariz con aquellos instrumentos de óptica, lo hacen por puro capricho y sin ninguna necesidad; que algunos usan los lentes sin más objeto que el de lucir el oro ó el dorado del engaste, y otros los llevan tambien porque ven que los llevan los demás, y por último, que la mayor parte de ellos tienen la vista perfectamente buena, y para ver claro no tienen más que quitarse las antiparras ó mirar *por encima de los lentes.*

No sé cual de los cuatro facultativos se aproximará más á la verdad ni es cosa que me compete el decidir sobre la opinion de los hombres doctos en materias de anatomía.

Baste á mi propósito declarar que el hecho existe, y que no hay efecto sin causa, como decía el maestro de escuela de mi pueblo cuando advertía que se iba poniendo flaco.

Ello es que el uso de los lentes se va generalizando de tal manera, que ya tenemos aquí establecimientos consagrados exclusivamente á la construccion de estos objetos, y pronto van á faltar narices para sostener tantas y tantas gafas como se fabrican.

Si esto significa una nueva epidemia que amenaza dejarnos ciegos, compadezcamos á los que así se precipitan por el camino de las tinieblas. En este caso no tardará mucho en realizarse el dicho vulgar de que

en la tierra de los ciegos
el que tiene un ojo es rey.

Si, por el contrario, somos hoy más linces que ayer, y el uso de los lentes no responde á una necesidad física, sino á un ridículo capricho de la Moda, condenemos á esta nueva deidad que nos quiere convertir en monos, para dar sin duda mayor autoridad á las famosas doctrinas de Darwin.

De cualquier manera que sea, la naturaleza tiende á emanciparse de toda clase de trabas que le impidan el ejercicio libre de sus funciones, y yo tengo para mí que es una protesta muda de la naturaleza contra la moda ó enfermedad reinante, el hecho de que las personas *enlentadas* suelen prescindir muchas veces de los cristales y mirar de una manera particular y oblícua POR ENCIMA DE LOS LENTES.

AQUELLA CASA.

"Troujours triste ou fougueux, prestant contre le jeu,
ou d'ayoir perdu trop, ou bien gagné trop peu.

REGNARD.

No se si mis queridos lectores habrán experimentado alguna vez lo que yo en la actualidad experimento, al encontrarme en una poblacion cuyos usos, costumbres y modo de ser social casi desconozco por completo. (*)

Siento un cierto malestar, una inquietud, un deseo que yo mismo no podria explicarme fácilmente.

Echo de ménos aquella tranquilidad encantadora que se disfruta en nuestras poblaciones del interior, la

(*) El autor escribió este artículo en los primeros dias de su residencia en la Capital.—1876.

franca intimidad de los vecinos, el susurro del aura perfumada, el murmullo de las fuentes, el dulcísimo canto de las aves.... pero, si á ustedes les place, dejarémos este pequeño trozo de bucólica para seguir el asunto principal.

Decía, pues, que echaba de ménos esa intimidad y confianza propia de las pequeñas poblaciones, cuyos habitantes, unidos casi siempre por los vínculos de la amistad ó del parentesco, se ayudan mútuamente en sus trabajos, comparten entre sí los placeres y los dolores, y de este modo forman (hasta cierto punto) una familia comun.

Luégo allí todo se sabe, todo es relativamente sencillo y fácil de comprender, y á nadie se le ocurre preguntar, v. gr., por qué cobra el alcalde ántes que el médico, por qué no engorda el maestro de escuela, y por qué vende aceite y cera el sacristan.

Pero en la Capital es diferente.

Aquí, como en todas las poblaciones grandes é ilustradas, la cuestion de forma suele ser con frecuencia la principal. Las personas se saludan más cuando se conocen ménos, y no pocas veces la urbanidad suple á la amistad, la etiqueta al respeto y la galantería al amor.

Atento cada uno á lo que moral ó materialmente le interesa, pocos hay que se cuiden con insistencia de fiscalizar la vida interior ó privada de sus vecinos.

Por esta misma razon y otras análogas, no es fácil averiguar aquí las cosas como se averiguan en los pequeños pueblos del interior: aquí el que quiere saber algo tiene que preguntarlo muchas veces, y aún hay cosas sobre las cuales nadie es capaz de dar una mediana contestacion.

Guiado por mi proverbial curiosidad de saberlo todo, áun cuando nada me importe, llevo hechas ya inútilmente muchas preguntas sobre cosas que en mi

simplicidad suponía yo al alcance de todo el mundo.

—¡Hé! señor vecino, ¿me hace usted el favor de decirme cuándo ponen el acueducto?

—No sé.

—Hombre, usted que entiende algo de esas cosas, ¿no me podría decir qué utilidad reportan ó á qué orden de arquitectura pertenecen los *festones* del Depósito mercantil?

—No sé.

¿Sabe usted en que parte de la isla está situado el jardín botánico que costeó el Ayuntamiento de la Capital allá por los años de 1854 ó 55?

—No sé.

—¿Por qué no arreglan ó limpian todas las calles como lo exigen la decencia y el ornato?

—No sé.

—¿Qué significan el lodazal aquel de la calle de la Tanca, y los mil desperfectos de la de Tetuan y . . . .

—No sé, no sé.

—Pues, hombre, quedamos enterados.

Algun tanto mohino y disgustado por el éxito negativo de mis investigaciones, volvía una tarde para mi casa discurriendo sobre los medios de que podía valerme para saber el *porqué* de las cosas, sin necesidad de preguntárselo á nadie, cuando al doblar de una esquina vino á chocar contra mí un indivíduo que llamó vivamente mi atencion.

Era un hombre de mediana edad y de estatura no muy alta, blanco, delgado, de rostro pálido y enjuto, ojos hundidos y mirada torva y siniestra, que indicaba bien claramente el estado de perturbacion moral en que dicho sujeto se encontraba.

Detúvose un momento á consecuencia del choque, hízome una pequeña reverencia, murmuró algunas palabras de disculpa y continuó precipitadamente su cami-

no. Poco despues le ví entrar en una casa, al parecer desierta, y subir de dos en dos los escalones que conducian al piso principal.

Detrás de dicho individuo entraron luégo diez ó doce más, que fueron llegando por vías diferentes.

Esta circunstancia vino á excitar por completo mi curiosidad.

No era fácil que todos aquellos hombres, y otros que probablemente habrían entrado ántes, pertenecieran á una sóla familia.

Por otra parte, las persianas y puertas de *aquella casa* permanecían cerradas, á excepcion de la del zaguan que no estaba del todo abierta.

¿Que había, pues, en *aquella casa?* Baile no podía ser á tales horas; ni había música ni mujeres, cosas ambas indispensables para el caso. Tampoco tenía trazas de ser fonda, hotel ú hospedería, ni había en toda ella una inscripcion ó letrero que lo indicara. Biblioteca.... pero no; si fuera una biblioteca no entraría en ella tanta gente. Además estos establecimientos instructivos son todavía muy raros en el país.

A este punto llegaba yo en mis reflexiones, cuando acertó á pasar por delante de mí un anciano á quien conozco desde hace algunos años, y cuyos sábios consejos me han sido útiles en más de una ocasion.

—A propósito, señor D. Bonifacio,—le dije,—¿sabe usted por ventura quién vive en *aquella casa?*

—Allí—contestóme el anciano,—viven el vicio y la desgracia, el escándalo y la perdicion.

—¡Malos huéspedes!—dije para mí,—y el venerable anciano continuó:

—Allí se pierden el tiempo y la fortuna, el sosiego y la salud, y á veces el honor y la reputacion. Allí suele tener tambien su cuna el crímen......En una palabra *aquella casa* es una casa de juego.

¿Ves aquel jóven alto y bien vestido que en este mismo instante penetrar por la puerta del zaguan? Pues ese es un empleado que llegó hace algunos meses á tomar posesion de su destino, y disfruta de un sueldo más que suficiente para poder vivir con decencia y desahogo. La fatalidad sin duda le trajo por primera vez á las puertas de esa casa; jugó acaso por distraccion ó por imitar á los demás; luégo jugó por costumbre, y al fin resbaló por la pendiente del vicio.... ¡Dios sabe dónde irá á parar!

Ese otro que le sigue es un jugador *pur sang*. como dicen los franceses.

Indiferente á todo cuanto en el mundo le rodea, vive sólo del juego, con el juego y para el juego. Su vida es una guerra constante contra el bolsillo del prójimo jugador; los náipes son sus armas favoritas; el tablero obalado su trinchera, y *aquella casa* su centro de operaciones. Para este ser abyecto y desgraciado, no tiene importancia la ciencia, ni belleza el arte, ni mérito la virtud, ni atractivos la familia, ni encantos la vida conyugal. Su esposa, si la tiene, será desgraciada ó criminal: en ambos casos, él seguirá siendo indiferente....

—Pero ese hombre ¿no tiene corazon, no siente como los demás de su especie?—exclamé al escuchar estas palabras.

—Sí,—repuso el anciano,—el jugador sufre y siente como los demás hombres; pero su sensibilidad, algun tanto embotada por el vicio, sólo se desarrolla bien al contacto de la atmósfera emponzoñada de una casa de juego. Allí, con el cuerpo inclinado sobre la mesa del tapete verde, y con los ojos clavados, por decirlo así, en las cartas que van saliendo, el jugador siente las más grandes y diversas emociones.

En un brevísimo instante se le ve pasar alternati-

vamente de la angustia al entusiasmo; del temor á la esperanza; de la alegría á la desesperacion.

Aquel otro.... pero ¿á que irte señalando uno por uno los muchos individuos que concurren á esta casa maldita? Básteme repetir lo que al principio de mi conversacion he dicho: "esa casa es una casa de juego; esos que en ella entran y salen, son jugadores."

Dicho esto el anciano se despidió cortésmente y continuó su camino.

—¡Gracias á Dios,—dije yo despues de meditar un breve instante,—gracias á Dios que al fin encontré quien me diera una explicacion clara y precisa sobre algo de la Capital! Hé aquí,—continué mirando de hito en hito *aquella casa*,— hé aquí un instituto ó colegio preparatorio que no dejará de proporcionar alumnos aprovechados para el presidio correccional.

Despues aparté con horror la vista de *aquella casa*, en cuya puerta me parecía leer la terrible inscripcion de que habla el Dante al describir la entrada del infierno:

" Per me si va nella citá dolente,
Per me si va nell eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente."

REVISTA DE MODAS.

No todo ha de ser rudas batallas contra escritores de lance, copleros impenitentes, políticos vividores y funcionarios mal avenidos con la ley.

Nó; algunas veces ha de publicar El Buscapié, algo que interese y agrade especialmente á sus numerosas, bellas, amables y simpáticas lectoras.

Ya se ha dicho que El Buscapié no tiene lectoras feas, así como en el sexo fuerte cuenta con un ejército de lectores *caricatos* que causa horror.

Decía, pues, que era muy justo dedicar de vez en cuando algunos trabajos á nuestras adorables lectoras, y á fin de que el proyecto no se quede para *otro dia*, como sucedió con el acueducto, ahora mismo voy á cumplir mi propósito, hilvanando una revista de modas con arreglo al último figurin.

Y entro en materia.

Llegada la estacion de los calores, nótase ya en la moda reinante cierta tendencia al uso de colores claros, y los trajes se van aligerando cada dia más. ¡Así se aligerara el presupuesto que nos abruma!

Se van desechando, con tal motivo, los colores ciruela, marron y conserva colonial, y apénas hay ya quien soporte el color *Santurce*, que pasa de castaño oscuro.

En su lugar, úsanse con notable preferencia los colores claros, indeterminados, indecisos, *incondicionales*, cuanto más indefinidos mejor. El color ante, el perla, ó de viruela confluente, el tornasolado, el gris panza de burro, el lila (sobre todo el lila), son los más aceptables en esta temporada de sarpullido y de incertidumbre.

La forma del traje sigue siendo estrecha, como la política del gobierno, ceñida al cuerpo, como los alcaldes al Bando de policía, y con abundancia de *buches*, dobleces y solapas como sistema político de Ultramar.

En los adornos reina cierta anarquía encantadora, que permite á cada cual usarlos á su antojo, tanto en la forma como en el color. En este punto, la moda es hoy tan caprichosa y variada como el criterio de los censores de imprenta.

Tanto en el adorno de las mangas y cuellos, como en la delantera de los trajes, se usan todavía mucho los encajes *valenciene.* Conviene, sin embargo, no *recargar* demasiado este aderezo, usar con cierta discrecion la *frivolité* y desechar por completo la *pasamanería*, sobre todo en las jóvenes de corta edad.

No está demás que en los trajes de paseo se suprima la cola ó se corte todo lo posible. La moda sólo autoriza este sobrante rastrero en las poblaciones donde las calles están bien limpias, y las nuestras dejan toda-

vía bastante que desear. Hay tambien por aquí mucha gente *arrimada á la cola*, y esto es un peligro constante para las damas que lleven aquella elegante y costosa prolongancion. Por este motivo, sólo se usan las *colas* en los bailes y en los templos, y sobre todo en la Intendencia el dia en que se cogen turnos para el cobro de la indemnizacion.

Entre las *confecciones* de verano, predomina el uso del *fichú*, algo ajustado al cuello como nuestro sistema tributario. Tambien se usan mucho los lazos en la garganta á lo contribuyente en estado de *ejecucion*.

El calzado se usa cada dia más incómodo y peligroso; es angosto y puntiagudo como corazon de beata, mezquino y rebajado como sueldo de maestro de escuela, y con taco agudo y contrahecho, que viene á terminar en la mitad de la planta, con menoscabo del natural equilibrio y del centro de gravedad.

El talle se lleva cada dia más oprimido, como contribuyente pobre, y las mangas estrechas y restringidas como la nueva ley municipal.

Hoy dia sólo se ve adoptado el uso de la *manga ancha*, en ciertos casos de conciencia y de administracion.

La moda de los bolsillos va pasando, sin duda porque cada dia tenemos ménos que guardar. Sólo se usa ya un bolsillo en la falda para guardar las baratijas de poco bulto, y una pequeña cartera en el lazo izquierdo del paletot ó del corpiño, para la indispensable cédula de vecindad.

Para el ribete y adorno de los extremos, se usa el viés recto á lo juzgador cesante, así como las tiras de *tussor* con relumbrones á lo farolero y el fleco fusionista á la Pompadour.

El peinado se usa generalmente postizo, como los alcaldes, y cada dia más alto, como el precio del pan

La arquitectura del moño es ya ménos atrevida y churrigueresca, y el arte bizantino va recobrando en él á paso lento su característica severidad. Sigue todavía el uso de los flequillos ó *polluzus*, que tanto oscurecen y desperfeccionan la frente de nuestras damas.

¡Ojalá que ésta se les vaya despejando, á medida que se despeja la situacion!

La moda del sombrero va muy de pasada: hoy se prefieren las capotas á la borbonesa, las cófias de muselina de Indias y los casquetes de paja de Italia, todo lo cual indica una marcada tendencia hácia la *gorra*, que es en la que vendremos á parar.

Y ya se me olvidaba decir que se considera como de muy buen gusto y de rigurosa moda, entre las puerto-riqueñas más elegantes y distinguidas, el no murmurar de nadie y suscribirse con buenas intenciones á

EL BUSCAPIÉ.

BUENAS COSAS MAL DISPUESTAS.

Con este título escribió el célebre Campoamor una dolora en verso.

En ella hizo relacion de varias cosas buenas que se hallaban mal aplicadas ó mal dispuestas; pero hay que convenir en que el poeta dejó muchas, muchísimas sin relacionar.

Y sin que tenga yo la pretension de enmendar ó añadir la plana al autor de las *Doloras*, no me parece fuera de propósito apuntar algunas de las *cosas buenas* que se hallan aquí bastante *mal dispuestas*, y de las cuales no se hace mencion en la epístola-dolora de aquel poeta.

Como el asunto es de suyo triste y lastimero, yo

no sé si me saldrá una *dolora* ó un *doloro*, en vez de un artículo adecuado á la índole característica de EL BUSCAPIÉ.

Allá veremos.

* * *

La autoridad es una gran cosa, digan lo que digan los demagogos, si es que los demagogos dicen algo contra la autoridad.

Suponiendo piadosamente que todos ustedes son personas de órden, no quiero hacerles el agravio de aducir argumentos en favor de esta innegable proposicion:

Sin autoridad no hay gobierno posible, y sin gobierno...... ¡calcúlen ustedes lo que sería la humanidad!

Quedamos, pues, en que la autoridad es de lo mejorcito que tenemos en este pícaro mundo.

Pues ahora oigamos á unos cuantos indivíduos que dan explicaciones prácticas acerca de la autoridad:

"La Autoridad amenaza á los pobres, atropella á los que alegan su derecho, y jura y patea como un condenado en la sala de la alcaldía."—*Un jíbaro.*

"La Autoridad es vengativa y cruel. Líbreme Dios de volver á contrariar su voluntad, aunque me sobre la razon."—*Un escamado.*

"La Autoridad es un hombre casado, y Dios me perdone si no le tiene buena voluntadd á la mujer del vecino."—*Una beata.*

"Cada vez que D. Fruela se incomoda, grita como un energúmeno: *yo soy la autoridad.* Esto sucede á cada instante. La autoridad es, pues, irascible, voluntariosa, terca y un poco demasiado corta de luces.

Por eso está reñida con todo el pueblo."—*Véritas.*

"Tengo reparado que cuando le hablan á papá de la razon ó de la justicia, casi siempre se incomoda, alza el grito y amenaza con *su autoridad*, poniendo la mano sobre el sable. La autoridad tiene, pues, cinco cuartas de largo, y corta y pincha. ¡Qué nombre tan bonito tiene el sable de papá!"—*La hija de un general.*

Como se vé por las observaciones precedentes, la Autoridad, con ser tan buena y tan útil, es juzgada de bien diferentes modos, y hay quien la representa como digna de un grillete ó de algo más.

Y sin embargo, la Autoridad, propiamente dicha, es *la justicia en accion.*

¿En qué consiste, pues, tan notable diferencia?

En que las *cosas buenas* cuando están *mal dispuestas* ó mal empleadas, suelen producir malos efectos, como dice Campoamor.

***

Sean cuales fueren las opiniones religiosas que ustedes tengan, habrán de convenir conmigo en que un cura, ministro de Jesús, discípulo suyo y encarnacion viviente de sus doctrinas; un cura como Dios manda, para decirlo de una vez, es una de las cosas mejores que se han podido imaginar.

¡Predicar la caridad evangélica y practicarla!

¿Han visto ustedes cosa más sublime y más santa en este mundo pecador?

De mí se decir que si no fuera porque...... vamos,

me gustan todas,
me gustan todas
en general,
y las rubias &ª,

ya me hubiera metido á cura desde hace muchos años, por lo noble, elevada y grandiosa que me ha parecido siempre esa profesion.

Pues bien; si ustedes han leido atentamente las relaciones de la última guerra civil de la madre pátria, habrán encontrado á cada instante noticias de curas que han cogido un trabuco y se han ido á cazar soldados del gobierno, sembrando en torno suyo la muerte y la desolacion en vez de predicar la paz y concordia entre los hermanos desavenidos, dándoles á todos provechoso ejemplo de amor, de caridad y mansedumbre.

Por acá, bendito Dios, no han sucedido ni sucederán estas cosas, porque el fanatismo ciego no ha logrado aclimatarse en estas regiones, y el ángel de la paz tiende sus alas protectoras sobre la fiel é inmaculada Puerto-Rico.

Pero en menor escala no deja de haber curas que fomentan la discordia en vez de suavizar asperezas, unir voluntades y predicar la union. Sin entrar en

detalles privados ni extremar demasiado los ejemplos, que de sobra conoce el lector, aún está bien presente en el ánimo del público la parte activa que tomaron algunos de aquellos ministros de caridad en las recientes luchas electorales, contribuyendo con su actitud al mayor encono y animosidad de los contendientes.

¿Cómo es que una mision tan elevada que casi llega á traspasar los límites de lo humano, produce á veces tan funesto fruto?

Sería buena que Campoamor se lo explara á ustedes en otra dolora sobre *cosas buenas mal dispuestas.* Él lo haría en verso y mucho mejor que yo.



Puerto-Rico es un conjunto de *cosas buenas.*

El clima es templado y benigno ; el mar que le rodea es relativamente apacible ; abunda en puertos y ensenadas para la facilidad del tráfico mercantil; sus terrenos son fértiles, y sus bosques riquísimos en maderas, plantas aromáticas, resinosas y textiles de notable mérito ; no escasean las minas útiles en su territorio ; el agua brota por donde quiera en clarísimos manantiales ; sus moradores son por lo general mansos, afables, hospitalarios ; las emigraciones de la Península traen constantemente á este país el espíritu emprendedor y laborioso de los catalanes, la virilidad y constancia de los vizcainos, la sencillez y moralidad de costumbres y los hábitos de ahorro de los asturianos y gallegos, y la vivacidad y espíritu público que caracteriza á los de las provincias meridionales. Todo, en resúmen, es bueno ó casi todo ; se sobran los elementos de prosperidad y de riqueza, y sin embargo hay que convenir en que estamos bastante mal.

¿En qué consiste este lamentable fenómeno que nos aflige?

En la disposicion de tantas cosas buenas, que no siempre está ordenada como aconsejan las ciencias morales y económicas, y el arte dificilísimo de gobernar.

*
* *

El sistema representativo es un sistema encantador.

El pueblo elige libremente sus mandatarios; éstos, inspirándose en la opinion y las aspiraciones de sus electores, se reunen, se cuentan, forman la mayoría y contribuyen á la formacion del ministerio. El pueblo se gobierna, pues, *por delegacion.* La *voluntad nacional,* como decía Espartero, es la que hace las leyes y las aplica.

Pues, señor; me vá gustando el sistema representativo.

Pero hé ahí que por obra de la pasion ó de la intriga se interpone una estaca, un sable ó cosa así entre el cuerpo del elector y la urna donde debe emitir su voto, y á veces hasta le obliga á emitirlo en contra de su parecer.

¿Con qué derecho se entromete así un cuerpo extraño en asuntos de tal importancia?—Con ninguno.

Y entónces, ¿por qué se entromete?—Porque el sistema representativo es una de tantas *cosas buenas* que adolecen de *mala disposicion.*

*
* *

Cosa buena es el sistema de prestaciones implantado en esta Isla para el fomento de los caminos vecinales, y por falta de *buena disposicion* se malgasta de tal manera el dinero recaudado, que dichos caminos van cada dia de mal en peor. En cambio se ha creado una nueva seccion en las oficinas municipales y como ochenta ó cien plazas de sobrestantes, muchos de los cuales vienen

á ser unos *estantes* harto pesados que gravitan *sobre* la vecindad.

Buena cosa es el profesorado de instrucion, y está *tan mal dispuesta* que no dá ni con mucho los buenos resultados que fueran de desear.

Cosa buena es el sistema tributario directo, y por la *mala disposicion* con que se lleva á cabo en esta provincia ha dado lugar á que se declaren contrarias á dicho sistema algunas personas que no desconocen por completo la ciencia de la economía fiscal.

Cosa buena es, como talabartero, mi amigo D. Carmelo Testadura, y no carece de fuerza para levantar á pulso diez arrobas ó para tirar de un carro; pero por una *mala disposicion* de su caletre ha dado en la flor de escribir versos, y ya no hay vecino ni vecina que lo soporte. Tambien le ha dado la idea de *hacer* política, sin saber lo que hace, en vez de hacer pretinas y gruperas, que las haría perfectamente.

Y sería interminable el catálogo de las *cosas buenas mal dispuestas* que dejó de incluir en su dolora el célebre Campoamor.

Cosa buena, por último, es la mision del periodista, y por una *mala disposicion* de los ánimos y otra *mala disposicion* económica de ciertos suscriptores, no sólo no ganamos para sustos, sino que muy raras veces ganamos para papel y tinta. No vayan á darse por aludidos con esto último los suscriptores morosos de

El Buscapié.

LA POLITICA EN IMAGENES.

Nótase aún en los pueblos más cultos una marcada tendencia á personificar lo abstracto, á dar forma tangible y material á las ideas, á emplear ciertos signos exteriores y convencionales para la manifestacion de creencias, afecciones y sentimientos.

Las ideas religiosas eran manifestadas antiguamente en forma de astros, frutas, flores y animales de diversos géneros.

La mitología vino despues á humanizar las creencias, los sentimientos, los vicios y las virtudes de otras generaciones más artísticas aunque no ménos idólatras.

Las religiones modernas, que hacen gala de espiritualismo, pintan al sumo bien con forma humana, provisto de largas y cenicientas patillas, traje de verano y

sandalias á lo hebreo, y representan al espíritu del mal con rabo y cuernos, con uñas de curial ó de garduña y con semblante de acreedor.

Otro tanto acontece tambien respecto de las ideas morales ó jurídicas, y así vemos frecuentemente la igualdad representada por un nivel, la muerte y el profesorado por un esqueleto, el patriotismo de boca por un turron, la infidelidad y la abundancia por un cuerno, la justicia por una balanza, y por un embudo el régimen colonial.

Diríase que la humanidad tiene horror á lo abstracto, como la naturaleza al vacío, al ver cómo tiende á exteriorizar, por medio de imágenes apropiadas y perceptibles, cualquier idea abstracta ó cualquier sentimiento inmaterial.

Pero donde se nota más especialmente esta pintoresca y divertida costumbre, es en el trato ó comercio individual de la vida política.

La historia de todos los tiempos y de todas las naciones ofrece á menudo ejemplos curiosísimos en apoyo de esta verdad.

Y con lo dicho me parece que basta ya de metafísica y de introduccion.



Puerto-Rico, pueblo español y por consiguiente impresionable, novel aún en las lides de la política y más artista que filósofo en las diversas manifestaciones de su vida intelectual, no podia sustraerse á la ley comun en esto de exteriorizar las ideas, y de usar y aún abusar de las *imágenes* para hacer pública ostentacion de opiniones y de creencias.

Desde que la Revolucion nacional de 1868 dió verdadera vitalidad á la política en estas regiones, empezó

á caracterizarse la division de nuestra sociedad en dos grupos, uno reformista y otro estacionario, correspondiendo á los dos grandes sistemas en que generalmente se divide el arte de gobernar.

A esta division de ídeas respecto de la política, siguió inmediatamente la division de los sombreros, que desde entónces se distinguieron clara y precisamente por la mayor ó menor anchura de la cinta.

Los conservadores la usan estrecha y tirante, y los liberales ancha y holgada, guardando de este modo cierta analogía con los programas y los procedimientos de cada grupo.

Una vez generalizados estos signos, fué ya muy fácil averiguar el estado de la opinion. Bastaba en un momento dado abarcar con la vista las *cabezas* electorales de cada pueblo, y ver si predominaba en ellas la cinta ancha de seda ó la tirilla angosta de charol.

Examinado el sombrero, se daba y aún se dá por examinada la intencion.

El sombrero es el hombre.

En otros tiempos y en otros lugares de la tierra, parece que era la casaca el distintivo destinado comunmente á manifestar las ideas políticas, si hemos de dar crédito á la frase proverbial que atribuye á los tránsfugas el cambio ó variacion de aquella prenda.

Aquí lo del *cambio de casaca* sólo tiene en casos tales una acepcion puramente metafórica.

—¡ Fulano cambió el sombrero !

Esta es la recta y verdadera expresion para significar que el tal ha incurrido en el feo delito de apostasía.



En los pueblos del interior, y sobre todo en los de escaso vecindario, suele tomarse aún muy á pechos la

cuestion de la cinta del sombrero, así como otros signos ostensibles de la opinion política, y ésta influye poderosamente en todos los actos públicos y privados del individuo.

Una pulgada más ó ménos en el ancho de la cinta consabida, decide frecuentemente el éxito de un negocio, el destino de un hombre, la felicidad de una enamorada pareja ó el porvenir de una familia.

Nada más eficaz que una cinta de sombrero en consonancia con el soplo de la política dominante, para conseguir un destino sin merecerlo, para evadir una pena merecida, para obtener el castigo de un inocente, ó para tomar fiado con el firme propósito de no pagar.

Si el alcalde y el juez son, v. gr., conservadores (que sí lo serán), importa mucho poderse presentar ante ellos, en determinadas ocasiones, con sombrero de *jipijapa*, cinta casi invisible de puro angosta y pronunciadísima escarapela.

Esto explica de algun modo el apego repentinamente demostrado por ciertas gentes hácia estas insignias protectoras, á las que se daba el nombre de *pararayos* en los tiempos borrascosos del general Sanz.

En las operaciones mercantiles se ha utilizado mucho y no deja de utilizarse todavia la política de sombrero, aunque ya no da resultados tan pingües como al principio. Tiempo hubo en que una cinta estrecha presentada oportunamente era carta segura de crédito, y aún se conserva el recuerdo de cintas ruinosas que han servido de malicioso reclamo en ciertos almacenes, llevando despues cifras enormes á la siniestra columna de *ganancias y pérdidas*.

La experiencia, esa gran institutriz de los comerciantes, ha rectificado notablemente la opinion acerca de aquellos signos, considerados como elementos de crédito; pero es indudable aún que, en igualdad de casos,

ciertos almacenistas consideran más especialmente á los parroquianos de cinta estrecha que á los de cinta liberal.

Por su parte los consumidores (entre los cuales son muy pocos los que llevan el escapulario de Cangrejos,) suelen preferir para sus compras las tiendas donde está en uso el sombrero de ámplia cinta, sin el más leve asomo de charol.

Por eso á nadie le extraña ver por aquí á menudo comerciantes *filósofos* de dos cintas; una estrecha para comprar en los almacenes, y otra muy ancha para despues que salen de la ciudad.

* * *

Esto que digo de los sombreros y las cintas sólo tiene sus excepciones en alguno que otro vecindario, donde por circunstancias locales no ha llegado aún la política á intervenir en la forma del vestido, y en los grandes centros donde la etiqueta propende á la igualdad por medio del *bombo* autoritario y prominente, donde la moda nivela clases y partidos por medio del *hongo* democrático, y el presupuesto impone la simétría á sus favorecidos por medio de la *gorra* oficial.



Hay además otros muchos medios adoptados y reconocidos aquí para la manifestacion de las opiniones políticas.

En cada pueblo hay por lo general dos barberías; una liberal en la que se desuella radicalmente á los reformistas, y otra conservadora en la que raspan y descañonan á los amigos del *Boletin* con navaja sin condiciones.

Tambien suele haber dos casinos, liberal el uno y

conservador el otro, en los cuales se baila el merengue segun la opinion política que representan.

Los liberales lo bailan hácia adelante, hácia adelante.

Los conservadores hácia atrás, hácia atrás.

Para la curacion (vamos al decir) de las enfermedades, hay asímismo dos médicos en cada pueblo de regular vecindario.

El uno les toma el pulso á los conservadores y el otro á los liberales, demostrando uno y otro cierta analogía entre la opinion política que sustentan y su método ó sistema profesiónal.

El conservador es partidario de las dietas, las sangrías, las sanguijuelas y el método anti-flojístico de Broussais.

El liberal es partidario del sistema heróico, resolutivo, radical.

Este corta por lo sano ó aplica seguidamente el cauterio.

Aquél acude á los parches, las unturas, las cataplasmas y los expedientes de dilacion.

Cuando llega el momento de celebrar una consulta, es cosa de oir las discusiones y polémicas de ambos facultativos, sobre el estado del enfermo y sobre las ventajas que cada uno atribuye á su método de curacion.

En los casos harto frecuentes de general desacuerdo, se busca en los pueblos limítrofes un tercero en discordia, ó sea otro Galeno empírico y neutral, sin escarapela ni cinta ancha, término medio entre Broussais y Brown, que participa algun tanto de ambos sistemas y no se decide por ninguno de los dos.

Un médico *pato*, como se dice en el lenguaje político popular.

La intervencion de este nuevo personaje en la contienda, rara vez determina un buen acuerdo entre los

dos colegas vecinos. Antes bien suele enardecerlos más ó dar motivo á que ambos se conjuren contra él aumentando la confusion.

El jefe de la casa paga despues el tiempo en tales controversias invertido, y elige entre los tres el médico de cabecera, despues de haberse cerciorado bien (por los sombreros) de la opinion política de cada cual.

—A los tuyos con razon ó sin ella, dice para su interior. Si está de Dios que se salve, que le deba la vida á un correligionario; si muere.... que cobre al ménos las dietas un médico de mi comunion.

*
* *

De igual modo suele manifestarse la política en casi todos los actos privados, sin exclusion del servicio doméstico.

El sirviente de un conservador lleva las insignias de su amo, para distinguirse del sirviente de un liberal. Ya que sisen alguna que otra vez los domésticos de uno y otro bando, á lo ménos que sea *políticamente*, llevando cada cual la cinta del sombrero en armonía con la de su dueño y señor.

Cuando el criado de un reformista deja el servicio de éste para irse con un conservador, ó vice-versa, cambia súbitamente aquellas señales, guardando en el bolsillo la cinta cesante para cuando llegue el caso de volverla á usar.

Cuando sale en busca de un amo nuevo sin saber en qué partido ha de encontrarle, guarda cautelosamente las dos cintas y va con el sombrero mondo y lirondo, para dar á entender que está á la carga ó que es materia imponible á favor del que ofrezca más.

*
* *

Cuando el pueblo es de tal importancia que pueda sostenerse en él una fonda con honores de repostería, entónces se establecen dos en competencia: una liberal y otra conservadora.

En la primera se sirve el agua en abundancia, se le da café prieto al que lo pida (*), se leen periódicos liberales, se habla y se discute con entusiasmo, y se venden y fuman cigarrillos de *La Honradez*, *La Reforma*, *La Autonomía*, *El Siglo*, *Astrea* y *Castelar*.

En la segunda se sirve rabo de gallo con pajita para beber á sorbos muy lentamente, se vende chocolate con tostadas de abajo, y se fuman coraceros *Indiscutibles* ó cigarros de *Las tres coronas*, *¿Quién vive,?* *El Momio* y *Zumalacarregui*.

***

Otro de los medios más generalizados en el país para la manifestacion de las ideas políticas consiste en el uso de los colores.

No hay más que ver las colgaduras de un casino ó de una casa particular, las cortinillas de una barbería, el aparador de una tienda, el traje de una señora, el collar de un perro y hasta los arneses y bridas de un caballo, para saber á qué partido pertenecen el casino, la casa, la barbería, la tienda, la mujer, el pero y el caballo que con tales colores se atavían.

Los ministeriales usan el amarillo (color mamey) como símbolo de sus opiniones.

Los de oposicion usan el rojo (color de contribuyente apretado), y de esta manera se dividen entre los dos los colores de nuestro pabellon nacional.

Los *patos* suelen mostrar preferencia por el color lila, que bien visto no es ni siquiera color.

(*) La leche es artículo conservador.

Hasta en materia de galanteos suele ejercer su influencia el espíritu de partido, aunque—á decir verdad—no es la política la mejor conductora del amor.

Cierto que las hijas de los conservadores se casan á menudo con novios de cinta estrecha, y las de liberales hacen lo mismo con mozos de la misma opinion; pero esta preferencia tiene su orígen en el trato continuo de las familias correligionarias, en el roce social subordinado á los accidentes de la política, en los bailes de los casinos rivales, donde se baila al son de cada partido y donde es casi un pecado promiscuar.

Pero el Amor, que no tiene filiacion política en ningun partido, y que ejerce en todos ellos un influjo caprichoso y dictatorial, suele dar muy malos ratos á las familias intransigentes, estableciendo, v. gr., mútuas y apasionadas relaciones entre una liberal de airoso talle y de mirar subversivo, y un apuesto jóven de corazon sensible y de sombrero conservador.

Y es cosa por demás sabida que cuando el travieso niño de Citéres se empeña en realizar estas fusiones, no tienen poder bastante para impedirlas el autócrata de Cangrejos ni el mismísimo Comité Central.

Hay que dejarlos prescindir por de pronto de la política, y que se concilien y se den algo así como el abrazo de Vergara.

El cura bendice luégo esta especie de *armistício*, cuya duracion puede ser más ó ménos larga, segun los movimientos ó eclipses de la luna de miel, hasta que al fin llega un dia en que por cualquier motivo se acuerdan los cónyuges de que pertenecen á dos distintos partidos, de que han vivido entre sombreros de diferentes cintas, y que han bailado en casinos adornados con distinto color.

Desde aquel dia empiezan á recobrar uno y otro sus antiguas inclinaciones políticas, aunque sin gran detrimento de la paz doméstica ni de la armonía conyugal.

Él se suscribe al *Boletin Mercantil*, y ella adquiere por igual medio el periódico predilecto de las damas puerto-riqueñas: EL BUSCAPIÉ.

LAS FIESTAS.

A propósito de una circular del gobierno sobre la santificacion de las fiestas, publicada en los primeros meses de este año (1878), discutieron algunos periódicos de la Isla acerca de lo que debíamos hacer durante los domingos y demás dias de precepto.

Hubo, como es natural, diversos pareceres sobre la circular y el asunto á que se refería. Negaban unos al gobierno la facultad de intervenir en cuestiones que son privativas de la conciencia; defendían otros la conveniencia de que los capitanes generales se cuidaran eficazmente de la salvacion de las almas de sus administrados, y no faltó quien dijera que el mayor agravio que le hacíamos á Dios en Puerto-Rico era trabajar en los dias de fiesta.

Dios me perdone la jactancia; pero si este último dicho es una verdad, pocos tendrán tanto derecho como yo á ser canonizados, puesto que por mi gusto me abstendría siempre de trabajar en los dias de fiesta, y aún creo que llegaría mi piedad hasta el extremo de santificar á menudo los dias de labor.

Por lo que respecta al país en general, paréceme que tampoco es merecedor de los nuevos cargos que se le han hecho.

Creo, por el contrario, que Puerto-Rico es el país de las fiestas.

Pocos almanaques habrá que señalen tantas festividades como el nuestro, y pocos pueblos que dediquen tantos dias del año á las conmemoraciones religiosas.

Como estoy poco versado en asuntos de liturgia y teología, no respondo de que aquí se santifiquen bien las fiestas; pero de que se guardan y se celebran estoy yo bien seguro y doy fé.

Y se celebran muchas más de las que exige la Iglesia y señala con una crucecita el almanaque.

En vano el Gobierno de la metrópolí pide y obtiene de S. Sª la reduccion de los dias festivos; en vano se hace presente en libros y periódicos que ya las Pascuas no tienen más que un dia de fiesta y que asímismo se han suprimido las de San Matías, San Felipe, La Invencion de la Santa Cruz, San Antonio, Santa Ana, San Bartolomé, San Miguel, Santo Tomás, San Andrés, los Inocentes y San Silvestre; en vano se ha dicho que para celebrar el Santo patron de un pueblo, bastan dos ó tres dias de jolgorio ó diversion: el pueblo sigue impertérrito en sus antiguas costumbres, sin cuidarse mucho de las innovaciones indicadas.

Las últimas páscuas de Navidad duraron tres dias y se celebraron como siempre, con magníficos alardes de gastronomía y otros excesos.

Terminadas las pascuas vinieron los dias de Inocentes, en los cuales es de mal gusto trabajar, y sólo deben hacerse inocentadas, simplezas, tonterías, sobre todo tonterías.

Siguió después San Silvestre y se celebró.

¡Pues no faltara más sino que dejáramos de celebrarle por ser el último santo de la temporada!

Después de San Silvestre vino.... ¿Qué dirán ustedes que vino despues del último dia del año 1877? Pues vino el año nuevo con su indispensable chaparron de versos infames y felicitaciones pedigüeñas, que no hicieron ninguna gracia á las personas contra quienes iban dirijidas.

Y hénos ya en plena temporada de *trullas*, de *corridas* y de aguinaldos.

Nuestros aguinaldos no tienen nada que ver con los *streœ* autorizados por el famoso rey de los sabinos, ni con los *etennes* de los franceses, ni con el *guineldun* de los árabes, ni con el *guininaldo* de de los griegos, ni con otras muchas palabras por el mismo tenor, de las cuales pretenden los eruditos que se deriva el *aguinaldo*.

Nosotros—¡bendito Dios!—todavía no hemos entrado por la moda de regalarnos recíprocamente libros de mérito, piezas de música, dibujos, pinturas, estátuas y otros artísticos objetos.

En cambio damos y recibimos pavos, lechones, perniles, quesos y mazapanes en las Páscuas; mariposas el dia de los Inocentes; dinero, joyas y cartulina impresa el dia de la Circuncision del Señor.

Luego el *aguinaldo* cambia de aspecto y de forma, pero no termina hasta que llega la época del Carnaval.

Antes de Año Nuevo *se dan* de aguinaldo los objetos antedichos; despues de Año nuevo *se piden* de aguinaldo licores, pasteles, bizcochos, *cazuela*, *manjarete y arroz con perico.*

La época de *dar* es siempre mucho más corta que la de *pedir*.

Para conjugar este último verbo y para ampliar algun tanto el catálogo de las fiestas, hemos inventado una porcion de pretextos que sólo constan en nuestro añalejo ó calendario particular.

Así, despues de la Epifanía ó fiestas de Reyes celebramos la *octava*, la *re-octava*, la *octavita*, la *re-octavita*. &ª hasta llegar á las de carnestolendas.

Si esto no es celebrar bien las fiestas, venga y dígalo aquel religioso alcalde de San German, que publicó en meses pasados un edicto señalando treinta y seis dias para la celebracion de las fiestas de Navidad.

Los tres dias de Carnaval los celebramos alegremente lanzando cascarones y baldes de agua sobre las personas de nuestro aprecio, y untándonos mútuamente el rostro con algunos puñados de tizne y almidon.

Entra despues la cuaresma, y la celebramos como de costumbre, sin olvidar el baile de *piñata*, el domingo de Lázaro, la corrida de Iscariotes, las carreras del *encuentro* y los tiros de la Resurreccion. Para el luto de los dias santos acostumbramos usar los trajes más lujosos, y las joyas de más brillo y estimacion.

En seguida viene Mayo y con él la antígua y popular costumbre de los *bailes de Cruz*, y ántes dejaríamos de pagar al maestro de escuela que privarnos de celebrar en el templo de Baco y de Terpsícore el signo glorioso de la cristiandad. Estas fiestas tan populares y antíguas en el país, no suelen durar, sin embargo, arriba de un mes.

A la terminacion de ellas, empiezan las de San Juan, que por ser el patrono ó tutetar de la Isla es necesario celebrarlas con la mayor pompa y solemnidad.

Al efecto, se declara la Ciudad en estado de fiesta desde los primeros dias del mes de Junio, y acto con-

tínuo se coloca una cucaña y un palo ensebado en la Plaza Principal, para que el pueblo se divierta viendo como algunos infelices exponen la salud y acaso la vida para ganarse una moneda ruin, un queso de bola ó una botella de aguardiente.

Despues siguen las corridas de caballos y otros animales, y por último se organizan las mascaradas, que duran desde San Juan á Santa Rosa, desde Junio hasta Setiembre. Me parece que esto es bastante durar.

En el intermedio se celebran tambien con bailes y jolgorios las fiestas San Pedro, Santiago y otros santos de nuestra devocion.

Vienen luégo los meses de los huracanes y los terremotos, y apénas si tenemos tiempo para conmemorar la tormenta de los Angeles, la de San Mateo, la de Santa Ana, la de San Narciso, la de San Felipe y otra infinidad de tormentas y terremotos que en diversas épocas llenaron de terror y de ruinas este país.

Y no bien hemos pasado la última fecha de triste recordacion, cuando hé aquí que se nos acercan de nuevo las Páscuas de Navidad, con todas sus larguísimas consecuencias.

Añádase despues á todo esto que en Puerto-Rico hay unos setenta y tantos pueblos, con otros tantos patronos, á cada uno de los cuales se le dedica una fiesta de quince dias, y díganme luégo si habrá muchos paises que inviertan tantos dias como nosotros en la celebracion de sus cultos.

En verdad, en verdad les digo á mis queridos lectores, que bien considerado el asunto creo que nos falta ya muy poco para que hagamos una fiesta de todo el año, y no sé cómo nos sobra tiempo para cultivar un poco de tierra, pagar los derechos y pensar en el modo de ir extinguiendo las sanguijuelas, los *caculos*, la *changa* y otras sabandijas que se han empeñado en vivir có-

modamente á expensas de nuestra menguada propiedad.

Júzgüese, pues, cuán aventurado será el dicho de que ofendemos á Dios con nuestro trabajo durante los dias festivos, cuando más bien parece que nos inclinamos al extremo opuesto, dejando pasar en vano, como si fueran festivos, no pocos dias de los ordinarios ó de labor.

EL JUEGO DEL CARNAVAL.

Si como afirma una apreciable señora vecina mia, el juego de Carnaval es una prueba de mútua estimacion entre las personas que lo practican, nunca se han estimado más que ahora los pacíficos habitantes de esta Capital.

Lo digo porque este año (1879) ha rayado ya en locura el entusiasmo carnavalesco, y no satisfechos los jugadores con los medios empleados anteriormente, han inventado nuevos instrumentos hidráulicos, y hasta se han visto funcionar algunos mata-fuegos Bañolas por esas calles de Dios.

¡Calculen ustedes si nos profesaremos estimacion!

Yo, que soy algun tanto incrédulo y positivista, no he podido apreciar aún las ventajas de un balde de agua,

más ó ménos limpia, aplicado por sorpresa y en momentos en que pueda causar un constipado ó alguna otra enfermedad de consideracion.

Pero el hecho es que mi citada vecina sigue poniendo en práctica sus extrañas teorías, y no se halla satisfecha miéntras no empapa los vestidos de todas las personas de su aprecio, sin dársele un ardite de cierto vecino regañon que—parodiando á menudo un pasaje de *El tanto por ciento*—suele decir á propósito de las mojaduras de Carnaval:

"Una cosa es la amistad
Y ese juego es otra cosa."

Y quien dice mi vecina, dice una grandísima parte del vecindario.

A todas horas y en todas las calles de la Ciudad se se veían grupos de personas entregadas á ese retozo insensato, que inútilmente han tratado de modificar las censuras de la prensa y los reglamentos de la policía.

Los hombres cargados de harina, tizne y cascarones, corrían como locos, mirando de hito en hito hácia las puertas de las casas, y dabánse por muy satisfechos cada vez que lograban ensuciar la cara ó el vestido de alguna dama, romper algun espejo, manchar un cuadro, mojar un mueble, echar á perder una cortina ó cometer, en fin, cualquier estrago ó imprudencia por el estilo.

Las mujeres, parapetadas detrás de cortinas ó colgaduras, lanzaban á su vez sobre los individuos del sexo feo puñados de almidon, proyectiles de gallinas y grandes chorros de agua de dudosa procedencia, valiéndose á menudo de un instrumento muy usual en las enfermerías y cuyo nombre no hay necesidad de mencionar.

Y ¡cosa rara! el caballero más galante y mejor educado, el que en otras ocasiones se apresuraría á ce-

der su abrigo y su paraguas para preservar á una dama culquiera de la lluvia ó del rocío; el que sería capaz de ofrecer su levita por alfombra, para impedir que el lodo de nuestros baches manchara el diminuto y gracioso pié de una puerto-riqueña, ese prescinde en estos dias de toda galantería y delicadeza, hiere groseramente con un huevo el rostro angelical de una doncella (vamos al decir), ensucia sin piedad su aterciopelado cútis con un puñado de plovo y lanza sobre su cuerpo un abundante chorro de agua fria, que en circunstancias dadas puede ocasionar un resfriado, un pasmo, una pulmonía.... tal vez la muerte de tan bella cuanto delicada criatura.

Ellas por su parte intervienen de una manera idéntica en semejantes juegos, y la jóven más tímida, virtuosa y recatada suele venir á las manos con los hombres y luchar cuerpo á cuerpo para tiznarse, empolvarse ó mojarse recíprocamente.

Así es que las mujeres andan estos dias más empolvadas que nunca, y los pollos andan hechos unos *pollos mojados*.

¿En qué consiste, pues, este fenómeno *ético*, que se observa en nuestra culta sociedad durante los tres dias de carnestolendas?

¿Dónde está la explicacion ó la disculpa de estos imprudentes juegos que se toleran y se practican, áun entre las mismas personas de *gran cultura?*

La costumbre.... el uso de todos los años. Hé aquí lo único que se podrá alegar para decir algo en defensa de semejante vulgaridad.

Pero toda costumbre que no esté en consonancia con la moral, la urbanidad, ó la higiene, es una mala costumbre, es un *vicio*; y todo uso vicioso y perjudicial, constituye un *abuso* censurable.

Tiempo es ya, por lo tanto, de que vayamos corrigiendo esta viciada costumbre, á propósito de la cual

decia un hijo de Mahoma con no escasa dósis de razon:

"*Todos se vuelven locos durante tres dias, y al cuarto recobran el juicio con un polvo de ceniza que les ponen sobre la frente.*"

CUADROS Y ESCENAS
DE LA CAPITAL.

EL ARTE DE EXPEDIENTEAR.

Algunos periódicos de esta Isla han publicado una exposicion que fué presentada al Ministro de Hacienda por un gran número de comerciantes, almacenistas de frutos coloniales, navieros y consignatarios de Barcelona, pidiendo que se declare libre de derechos la introduccion de los azúcares de Cuba y Puerto-Rico en los mercados de la madre pátria.

Esta peticion, que es justa y está fundada en razones de alta conveniencia, me hace recordar la historia de otra solicitud idéntica, presentada tambien por varios comerciantes de Barcelona allá por los años de 1865, ántes de la invencion de la trichina, de las cédulas de á peso y de los derechos de exportacion.

Recibióla el Sr. Ministro que gobernaba en aquel

tiempo, y hasta se dice que la leyó, cosa que bien pudo suceder, dada la importancia de dicho documento y el proverbial interés que inspiran siempre en Madrid los asuntos relativos á estas Colonias.

Ello es que al cabo de algun tiempo fué remitida dicha exposicion al Sr. Intendente de esta Isla, para que informara sobre el particular.

Recibióla dicho funcionario y siguiendo una antígua costumbre, de la cual conservamos aún algunas reminiscencias, mandó coser la tal solicitud con el oficio que la acompañaba, puso en el márgen de éste la palabra *visto* seguida de una rúbrica y un sello, y cáten Uds. un expediente en ropas menores. Rodó luego por encima de varias mesas, tomó el plovo necesario para adquirir ese color indefinible del papel viejo. y por último fué á parar á un antíguo armario, especie de tumba donde reposaban en paz una porcion no escasa de expedientes.

Algunos años permaneció en aquel lugar sin que nadie turbara su reposo ni le dijera "por aquí te apolillas," hasta que una nueva solicitud de la Diputacion Provincial de Puerto-Rico, unida á un imforme ó memoria de la Sociedad Económica, dió lugar á que el gobierno de la metrópoli mandara activar el curso del expediente consabido. Sucedió esto allá por los años de 1872, cuando ya se habian inventado los derechos de San Narciso, la derrama de la Provincia y el reparto supletorio.

Luégo el Intendente, que ya no se llamaba Intendente, sino Jefe de la Aministracion Económica, dispuso que se buscara el tal legajo, y se buscó y se encontró, por más que esto no parezca muy verosímil.

Antes de dar su dictámen, quiso el expresado Jefe Económico saber la opinion de las juntas de Agricultura y Comercio, y en tanto que éstas informaban quedó cesante aquel, vino otro Jefe nuevo, hubo cambio de

personal y se traspapeló el expediente, como es uso y costumbre en toda oficina colonial.

Despues de mucho tiempo se volvió á encontrar ¡oh prodigio! el expediente; pero entónces se habían perdido los informes, y cuando éstos parecieron se ha bía traspapelado aquél.

En esto vino el huracan de San Felipe, y se declaró la enfermedad de la caña, y bajó el precio del azúcar, y subieron las contribuciones; y en tal situacion quedó la agricultura puerto-riqueña, que el general La Portilla se vió en el caso de llamar sériamente la atencion del Gobierno sobre el lamentable estado del país. Por su parte la Sociedad de Agricultura de Ponce y algun Diputado por esta Antilla, pidieron con insistencia la entrada libre de nuestros azúcares en los mercados de la Península.

Con tales motibos volvieron á recordar desde Madrid el mencionado expediente, el cual se busco en los diversos armarios del reposo y.... ¡querrán ustedes creer que lo encontraron!

Pues sí, señores; lo encontraron para vergüenza y confusion de los que desacreditan nuestro sistema de *expedienteo.*

¡Estaba de Dios que no se había de perder! Verdad es que el expediente en cuestion lleva más de doce años en América sin ningun provecho, y que los solicitantes barceloneses habrán esperado en vano ó se habrán muerto quizás aguardando el resultado de su peticion; pero en cambio el expediente existe, gracias á Dios.

Ahora se le agregará la nueva solicitud de los navieros barceloneses, y se pedirán nuevos informes á la Junta de Agricultura y de Comercio, y se le agregarán nuevos autos, y se pondrá *visto* al márgen de los oficios, y rodará el legajo por encima de las mesas, y

pasará á poder de varios Diputados provinciales para que informen, y se volverá á traspapelar y aparecerá de nuevo.... si Dios quiere.

Y cuando ya la *changa*, el fisco, las sanguijuelas y las demás alimañas hayan acabado con las pocas haciendas que nos quedan; cuando ya no haya dulce en Puerto-Rico ni tengamos nada que introducir en los mercados de la metrópoli, aún puede ser que conservemos el expediente, como testimonio histórico de que aquí hubo cañas de azúcar y en Barcelona comerciantes interesados de nuestra prosperidad.

¡Bien haya, pues, el que inventó los expedientes coloniales y dió las primeras reglas del arte incomparable de *expedientear!*

LA NOCHE-BUENA.

> Es la gran época en que la holganza es un mérito, la gula una virtud, el despilfarro una necesidad, el alboroto una armonia, la locura sensatez, el trabajo crímen.
>
> ALCALÁ GALIANO.

Varias veces me he puesto yo á considerar por qué la *Noche-Buena* ha de ser una noche de locuras y de excesos, y cómo es que para celebrar el nacimiento de Jesucristo, que siempre recomendó el ayuno y la continencia, hemos de echar la casa por la ventana, darnos un atracon de pavo ó de algun otro sabroso animalillo, tomar á jarros llenos el licor espirituoso, andar por esas calles como persona sin juicio, y convertir, en fin, una conmemoracion cristiana, en una verdadera bacanal.

Mis investigaciones sobre este punto no han sido muy provechosas que digamos, puesto que no he podido averiguar aún quién fué el inventor de la *Noche-Buena*, y desde cuándo data la costumbre de tomar una indigestion ó una *turca* á la salud de Nuestro Señor Jesucristo.

En casi todos los pueblos católicos se sigue la misma práctica desde tiempo inmemorial, y hasta los más antíguos almanaques que he podido haber á la mano, rezan que el dia 24 de Diciembre se abre la boca y se cierran los Tribunales.

Para ciertos moralistas anticuarios que preconizan sin reserva alguna las costumbres de nuestros antecesores, y juzgan de su bondad por los años que llevan de existencia, ni más ni ménos que si se tratara de una empolvada ejecutoria ó de una barrica de Jerez, claro está que la fiesta de *Noche-Buena* debe ser una gran cosa, puesto que la celebraban ya en el siglo anterior nuestros abuelos.

Pero yo, que he dado en la manía de llamar malo á todo lo que está en abierta contradiccion con los sanos principios de la moral y de la higiene, no puedo llamar *buena* á una noche en que la Gula invade los dominios de Morfeo, y en que todo fiel cristiano lleva la devocion en los dientes, y rinde un estúpido y exagerado homenaje á la deidad *pagana* de las chuletas y el turron.

Ved si no, como quince dias ántes de Navidad empiezan á llenarse los aparadores de las confiterías y tiendas de comestibles con mil variadas golosinas, destinadas solamente á la celebracion de la *Noche-Buena*.

Ved en las mismas calles, en frente de los almacenes de provisiones, ora una barricada de vino seco, ora una batería de sabroso y delicado cariñena, ora un jigantesco muro de cajones de conserva y mazapan.

Ved en la primera y cuarta plana de los diarios, cómo menudean los anuncios de artículos gastronómicos de Navidad, para mortificacion de los profesores incompletos y demás personas de escaso haber.

Id, por último, á la plaza del mercado el dia 24 de Diciembre, y allí dareis con un numeroso ejército de pavos destinados al último suplicio, como víctimas inocentes de nuestra católica Saturnal.

Yo no sé qué clase de relacion puede existir entre las fiestas de Navidad y los pavos, para que así se conjure nuestra sociedad contra esos pacíficos animalitos, con exclusion casi absoluta de otros más delicados y sabrosos; pero es el caso que para celebrar el nacimiento del Mesías, hacemos con los pavos casi lo mismo que hizo el rey Heródes con los niños inocentes.

Llegada la noche que se ha convenido en llamar *buena*, es cosa de ver cómo andan las gentes de aquí para allí, cargadas de botellas, paquetes, panes, cucuruchos y otras provisiones de boca más ó ménos incitantes y nutritivas.

Entre tanto los chiquillos se lanzan á la calle provistos de chicharras y tamboriles, y corren á la plazuela más inmediata á tocar sus instrumentos y á contarse unos á otros lo que hay que cenar en sus respectivas casas.

Los *pilletes* recorren constantemente la ciudad, pregonando con insistencia inusitada y en todos los tonos del diapason, *pasteles calientes*, *maní tostado*, *espadas y galletas*, *rosquitas y pan de huevo*, *palos de Jacob*, *sopa borracha y dulce fino*, etc., etc.

Los *guagüeros* [que tambien hay *guagüeros* de banquete] aguzan el ingenio y ponen todo su conato en averiguar donde se prepara mejor cena, y de qué medios convendría valerse para gozar las prerogativas de convidados.

Los caballeros y demás personas de buen tono [como ahora se dice], acuden á los cafés para murmurar del prójimo y *tomar algo*, á buena cuenta de lo que ha de venir despues.

Las *pollitas* se atusan el moño, y se adoban y se acicalan para lucirle á los *pollos* en la misa del *gallo*.

Las amas de casa córren, traginan y disponen, y no se dán punto de reposo miéntras no dejan la mesa puesta, el pavo en el hornillo, el mazapan en tajadas, las botellas sin bonete y dispuesto y arreglado el tirabuzon.

Luégo empiezan las *trullas* y las serenatas gastronómico–humorísticas de la gente del bronce, y empiezan los bailes de aguinaldo, y se come, y se bebe, y se alborota, y se arman de vez en cuando algunas cachetinas de padre y muy señor mio.

Y en medio de las voces del concurso y de la desarmonía de los instrumentos, se escucha por intérvalos alguna voz descompasada y bronca que repite:

Esta noche es *Noche–Buena*,
Y no es noche de dormir.

En efecto, ¿quién que conserve alguna sensibilidad en la trompetilla acústica del oido, ha de poder conciliar el sueño y entregarse al cotidiano descanso en medio de tan infernal algazara?

No faltará sin duda algun cesante, algun maestro de escuela ó algun otro infeliz *desarraigado*, que no teniendo cena ni medio alguno legal y decoroso de proporcionársela, se holgaría de poder dormir en paz y en gracia de Dios, siquiera se le presentasen en sueños todas las provisiones de *El Colmado*, todos los dulces de *La Zaragozana* y todos los manjares y golosinas del Hotel de San Millan.

Pero vano empeño.

La noche del 24 de Diciembre no se ha hecho para dormir, segun anuncia la popular cantaleta.

Los hartos no duermen porque han cenado.

Los hambrientos se despiertan con el olor de los codiciados manjares y la algazara del ajeno festin.

Estos sufren *dentera;* aquellos sufren indigestion.

Y aunque por opuestas causas, unos y otros se levantan al siguiente dia con los ojos encarnados, el semblante mústio, el cuerpo pesado y la cabeza adolorida, señales inequívocas de haber pasado una *mala noche*, que tal es á todas luces la que impropiamente se designa con el título de Noche-Buena.

EL CEMENTERIO.

Boato de blason, mando envidiable
Y cuanto existe de opulento y pulcro,
Todo tiene su fin inevitable:
La senda de la gloria va al sepulcro.

TOM GRAY.

Acababa yo de comer el juéves último (que tambien solemos comer aquí los periodistas) y me disponía á escribir un artículo inocente, simple, inofensivo como un celador de policía ó como los fúsiles de chispa de la ex–milicia provincial. Así quería yo que fuese el tal artículo, á fin de que llegara sano y salvo á poder de mis queridos lectores, y no desfigurado y maltrecho por la implacable mano del Censor.

Sentéme, pues, á la mesa, abrí el cuaderno de me-

morias y empecé á repasar el largo catálogo de epígrafes que en él tengo anotados, y que serán el gérmen de otros tantos artículos que escribiré yo y leerá el cajista y á veces el fiscal de imprenta; pero que acaso no tendrán la fortuna de pasar el *estrecho* de la ley vigente, para lanzarse á los dominios de la publicidad.

Este no es mal asunto,—decía yo para mí repasando la mencionada lista,—se presta á largos comentarios y á consideraciones oportunas, pero tiene su busílis: dejémosle para otra ocasion. Este otro no sería malo si no se rozara con aquel asunto que está prohibido tratar. Este vendría ahora como pedrada en ojo de censor, pero.... en fin, todos tienen su *pero* que los obliga á permanecer *non natos* hasta que Dios sea servido de proporcionarnos una mediana ley de imprenta.

Hacía rato que estaba entretenido en esta especie de escrutinio, que suelo hacer una vez por lo ménos cada ocho dias, cuando las campanas de la vecina iglesia de San Francisco empezaron á tocar á muerto.

Entónces recordé que era víspera del dia de los difuntos.

Quise continuar mi tarea y escribir algo aunque fuera sobre la *creciente* del presupuesto, la influencia comparativa del sol y del gobierno en la compostura y conservacion de los caminos, ó el visible encanijamiento de los profesores de instruccion; pero ¿quién es capaz de pensar ni de escribir nada oyendo á su lado el monótono retintin de unas campanas como las de San Francisco.

Además, aquel melancólico sonido que anunciaba sin cesar á los vivientes la conmemoracion de los que ya no existían, hizo su natural efecto en mi ánimo, tan inclinado y propenso á la travesura como á la tristeza y la meditacion.

Resolví, pues, hacer una visita á la mansion de

los difuntos, y puse luego por obra mi pensamiento.

El camino de nuestro Campo Santo es, si bien se considera, un trasunto fiel y verdadero de la vida humana.

La mitad de él es cuesta arriba y la otra mitad cuesta abajo. Cuando no se sube, se baja indispensablemente.

Subí, pues, por la empinada calle del Santo Cristo hasta llegar á lo más alto de ella, como si dijéramos á la cumbre de la Capital; bajé al instante por una callejuela anónima que hay entre el caserío de Ballajá y el antíguo convento de los frailes domínicos, y seguí despues por el plano inclinado que conduce expresamente á la eternidad, es decir al Cementerio.

¡Y qué fácil es la bajada por aquella suavísima pendiente que suele terminar en una fosa, en un horrible nicho boquiabierto, ó en un aristocrático panteon!

Esta y otras observaciones análogas iba yo haciendo, en tanto que mis plantas se deslizaban por aquella superficie dura y lisa, de un rojo caprichosamente jaspeado como pasta de salchichon.

Pasé luego el pequeño túnel que atraviesa la muralla y pone en comunicacion la ciudad de los vivos con la ciudad de los muertos, y bien pronto vine á parar enfrente de la verja del Cementerio.

A mi derecha se agitaba el mar en impotente y sempiterna lucha con los arrecifes del *matadero;* á mi izquierda se agitaba tambien el mar.... de las pasiones; sólo en el Campo Santo había tranquilidad y sosiego.

No había llegado aún la hora en que los parientes de los difuntos suelen visitar las tumbas de estos, para colgarles tal ó cual corona ó encender alguna vela *á su salud.*

Entré, no sin recelo, en aquel tétrico y solitario re-

cinto, y me dirigí por entre cruces y panteones hasta la *galería de los emparedados* que se extiende hácia la parte S. E. de la Capilla, por delante de la muralla que circuye este otro animado cementerio que llamamos la Capital.

Compónese la expresada galería de un grueso paredon lleno de agujeros simétricamente practicados en forma de celdillas de colmena. En unos 75 metros de longitud por cuatro de alto que tendrá próximamente el indicado muro, hay 480 nichos, inclusos los de la planta baja, con lo cual dicho se está que allí yacen los muertos casi tan hacinados y oprimidos como los que vivimos de milagro en las casas de la Capital.

Cerca de una hora estuve examinando los letreros de las lápidas, entre los que leí con sorpresa el nombre de algun antíguo amigo, ó de alguna otra persona querida, cuyo recuerdo hizo brotar á mis rebeldes ojos más de una lágrima de dolor

Despues visité uno por uno los panteones que se extienden en doble fila desde la entrada del Cementerio hasta más allá del edificio central, y examiné con no ménos cuidado y atencion el gran número de señales, rótulos y epitáfios que sobresalen más ó ménos por encima de aquel suelo rojizo y arenoso que cubre las sepulturas de la multitud.

El cansancio, la emocion, y más que todo la influencia de los rayos solares que hieren con toda su fuerza en aquel lugar, donde no hay un sólo árbol que preste sombra y frescura á los sepulcros, me obligaron á refugiarme luego en el corredor de la Capilla.

Desde allí pude abarcar con la vista aquella pequeña *colonia* donde reinan el perpétuo sosiego y la igualdad más legítima y practicable, que es indudablemente la igualdad ante la tumba.

—Hé aquí,—decía yo hablando conmigo mismo,

—hé aquí las dos cualidades esenciales que distinguen á los muertos, de los que están por morir. Fuera de ellas no deja de haber bastante analogía entre este vecindario mudo y el pueblo bullicioso que se agita allende la muralla. Aquí tambien se reflejan los vicios y las virtudes del pueblo vivo, tambien se manifiestan claramente los grados de civilizacion y cultura que alcanzamos, nuestro amor á la ciencia y á las artes, y el aprecio y consideracion que tributamos á nuestros antecesores. Aquí hay tambien su literatura y se escribe algo bueno, aunque muy poco, y abundan los malos versos y la prosa vulgar y detestable. Verdad es que en punto á libertad de imprenta parece que se disfruta más aquí, donde se escribe lo que se quiere, sin que haya por todos esos alrededores el menor asomo de Fiscal.

Tambien aquí se cobran contribuciones á los muertos *acomodados*, y si no hay quien pague por ellos dentro del tiempo señalado por el Ayuntamiento, les allanan la morada, los *ejecutan*, es decir, los tiran en un hoyo que hay detrás de la mencionada galeria, declarando luego los nichos en alquiler y los contribuyentes *fallidos*. Por lo que respecta á religion, allá se van entrambos vecindarios, y poco tendrán que echarse en cara el uno al otro: por de contado, aquí hay proporcionalmente tanta cruces como allá arriba, y apénas si queda ya en una y otra parte algun pecho ó sepultura sin cruzar....

A este punto llegaba yo en mi soliloquio, cuando percibí un ruido de voces hácia la entrada del Cementerio, y no tardaron en penetar algunos criados con cirios, candelabros, coronas, guirnaldas, lázos de gasa y otros adornos fúnebres por el mismo tenor. Despues fueron llegando personas de ambos sexos y de todas edades y categorías, desde el humilde sirviente al rico propietario, desde la mujer del pueblo á la señora más

encopetada, desde el soldado raso hasta el jefe de sueldo pingüe y alta graduacion.

Uno de esos amigos que se encuentran en los cafés, en los paseos, en los bailes, y en todas partes, ménos en donde uno los puede necesitar, se acercó á mí, y saludándome con un tremendo golpe en las espaldas,

—¡Hola! señor Fulano,—me dijo—¿tambien anda usted por este lugar?

—Sí.... ya usted me vé.

—Pues yo he venido tambien á pasar un rato.

—Ya....

—Y me parece que nos vamos á divertir. La tarde está despejada, el viento sopla, la concurrencia crece y.... mire usted ahora acaban de llegar dos coches.

—Sí, ya los veo. Usted, por supuesto, habrá venido con objeto de visitar la tumba de algun pariente....

—¡Cá! no, señor; yo no tengo parientes de ningun género. Soy primo de todo el mundo y nada más. He venido aquí, como venimos casi todos; á ver, á curiosear, á divertirme como otros años; y sobre todo he venido porque vino ella. ¡Ah, si viera U. qué mona está con el traje negro! Pero á usted, ¿quién se le ha muerto? ¿Qué se le ha perdido, que le veo por aquí tan triste?

—La esperanza.

—¡Esperanza! Esperanza ¿de qué? Como yo he conocido á tantas....

—Esperanza de que se acaben los necios, y se moderen las costumbres, y se propague la instruccion, y.... en fin, sería muy largo de contar

—Usted siempre con sus bromas.

—¡Plugiera el cielo que bromas fuesen! Abur.

Y me aparté de aquel Tenorio á la moderna, que había ido á fumar, á charlar, á divertirse y á *hacer el amor* en el sagrado recinto de la muerte.

Y en tanto la tarde se oscurecía, y la concurrencia

aumentaba, y se iban formando corrillos, y se promovían disputas, y aquello era una verdadera confusion.

Y luego música religiosa, y canto fúnebre, y cuerpos que se rozan y se oprimen, y vestidos que se rasgan, y risa, y bullicio, y animacion.

Y junto á un grupo de personas sensibles y piadosas que rezan, meditan ó recuerdan, pasa un despreocupado y lanza un dicho que repite con pena el eco de la muerte en las oscuras concavidades de un panteon....

Cansado de contemplar aquel extraño conjunto de personas reunidas con tan diferentes objetos, me dirijí hácia la puerta del Campo Santo; pasé—no sin trabajo—por entre la apiñada multitud de vendedores de dulces y refrescos, que convertían en un verdadero mercado aquella mansion bendita; anduve luégo por entre una larga fila de velocípedos y coches, y atravesé por fin el sombrío *túnel de la muerte* que separa la ciudad de los difuntos de este otro animado cementerio que llamamos la Capital.

EL TEATRO.

Hále tocado el turno por esta vez al viejo *caseron* que se levanta en uno de los extremos de esta ciudad, colindante por el Norte (estilo notarial) con la plazuela de Santiago, por el Sud con una batería en desuso que sirve ahora para lavadero y para otros malas usos, por el Este con la muralla de Puerta de Tierra y por el Oeste con la calle de O'donell, conocida con el antíguo nombre de callejon de la Estrella.

Es un edificio de aspecto raro y de construccion especial, que tiene impreso—por decirlo así—el sello característico de la época en que se construyó. La solidez extremada de sus muros que tienen más de dos metros de espesor, el sistema de planos inclinados en vez de escaleras en los pasillos laterales, lo estrecho

y abovedado de sus puertas, los disimulados pasadizos, las minas y comunicaciones más ó ménos estratégicas, y las almenas ó torrecillas que coronan la parte posterior del edificio, le comunican un aspecto militar bastante acentuado, miéntras que la simétrica arquería del soportal, la forma de sus ventanas y enrejados, el techo de doble vertedera y el remate triangular de la fachada, llaman notablemente la atencion del curioso viajero que le examina, el cual suele escribir luégo en su cartera algo parecido á la siguiente nota:

"Puerto-Rico.—Teatro.—Edificio de forma antígua y particular, término medio entre convento y fortaleza, que ofrece á la vista del observador el caprichoso conjunto de una gran jaula con honores de polvorín.

Tal es, queridos lectores, el local que aquí tenemos destinado al culto de Melpómene y Thalía, y que de vez en cuando suele servir tambien para bailes, reuniones, ejercícios gimnásticos, juegos de mágia, y exibicion de pulgas, ratas, perros y otros animales sábios de más ó ménos piés.

Pero si bien es verdad que en su parte exterior no presenta señal ninguna que dé á conocer el objeto á que dicho edificio se destina, bastará solamente asomarse á una de sus puertas para sospechar que es un teatro, aunque no sea más que por la lectura de algunos cartelones que dicen así:

Se suplica no fumar ni escupir en el escenario.

Más adelante se descubren otros varios indicios que no dejan duda alguna respecto del particular, tales como las estrechas filas de *lunetas* algun tanto desvencijadas, eso sí, pero casi siempre llenas de polvo y oxido de hierro, enemigos irreconciliables de la ropa blanca; la figura particular del *anfiteatro* y los *palcos principales*,

embutidos ó más bien pegados á la pared como nidos de golondrinas; la humilde y económica *platea;* el incómodo *tornavoz,* y el encopetado *paraiso,* toda lo cual se encuentra distribuido económicamente bajo un *cielo* más ó ménos *raso,* tachonado de clavos y estrellas, y adornado con varias figuras doradas que representan un toro, un chivo, un escorpion, un cangrejo, un par de peces y otros animales significativos.

Sigue luégo el telon de boca, álias el *trapo,*—como han dado en llamarle los cronistas y gacetilleros,—aunque este apodo pudieran tambien reclamarlo con mucha justicia las decoraciones interiores.

Entre otras varias particularidades tiene dicho telon la de ostentar el retrato del célebre D. Francisco de Quevedo, que sobresalió en casi todos los ramos de la literatura excepcion hecha del género dramático, en el que sólo compuso algunos entremeses de escasísima importancia. Verdad es que al lado opuesto se distingue el busto de D. Pedron Calderon, y en medio de ámbos se destaca la noble y circunspecta figura del gran Quintana, como para intervenir en cualquier altercado ó diferencia que pudiera tener lugar entre aquellos dos clásicos de tan distinto carácter.

Y ya que insensiblemente hemos llegado hasta el telon de boca, bueno será que mis lectores me acompañen hasta el escenario, para que hagamos un ligero exámen de las decoraciones, armaduras, máquinas, muebles y todo lo que en el lenguaje escénico se llama el *alma del teatro,* y de este modo veremos qué alma tiene el teatro de esta Capital.

Aquel lienzo de color indefinible que se extiende desde el tablado hasta el extremo superior de las bambalinas, es el *telon de horizonte:* la pequeña faja oscura que se observa en su parte superior es.... la mar. No hagan ustedes caso del aspecto ceñudo y tempestuoso del

expresado horizonte, que puede ser muy bien achaque antíguo ó particular *idiosincrasia*, y tal podrá parecernos terrible y amenazadora nube, que no sea sino mancha de gotera, costuron importuno ó miserable remiendo de papel.

El otro que le sigue es un *telon de selva larga*. Consideren ustedes si será larga la tal selva cuando la vista del espectador no alcanza á distinguir en ella más que agujeros, lamparones y garabatos.

Aquel otro es un *telon de jardin*, y puede servir todavía para el efecto, con tal de que le pongan delante un enverjado, algunas estátuas y fuentes, varios arbustos y flores naturales, y un letrerito que dé á conocer lo que todo aquello significa. Sigue despues otra decoracion que en un tiempo ha debido representar la gran plaza de los Mártires, y que ahora sólo representa el *martirio* de sí misma, llevado á ejecucion por la implacable mano del tiempo.

Por delante de la expresada plaza se descuelga de vez en cuando un vetusto telon de *sala gótica*, llamada así no tanto por la forma especial de sus columnas como por la multitud de goteras que la *adornan*.

Este otro que ahora se descubre, bastante desmantelado y ruinoso, fué *salon régio* en épocas de mayor prosperidad y ventura. Ahora, bendito Dios, ya no tiene nada de régio ni suntuoso, y más parece casa de *girones* que digna habitacion de un soberano.

Aquel otro es un *telon de convento* que suele servir de vez en cuando para taberna, castillo, casa rústica, cementerio, portal de Belen, jaula de locos y otras cosas por el estilo.

Sigue luego un telon de color pardo cuya aplicacion legítima se ignora, pero que se usa indistintamente para representar una tempestad, un bosque lejano, una calle oscura, etc., y cuando es necesario se le pegan algunas

tiras blancas de lienzo ó de papel, y entónces representa la mar con olas y marullos.

Hay además una decoracion de *sala corta*, dos de *sala cerrada*, una de *bosque* y otra de *plaza larga* en tan lamentable estado, que hace recordar la destruccion de Troya ó el ruinoso huracan de San Felipe. Por lo que respecta al menaje y á las decoraciones accesorias, no desdicen en nada del aparato principal, y su inventario se reduce (salvo error ú omision) á las partidas siguientes:

Una fachada de torreon con alta reja.

Un cancel en forma de muralla, para representar *La conquista de Lorca* y el último acto de *Guzman el Bueno.*

Un cajon largo y angosto dispuesto en forma de sillar ó banco de piedra, el cual sirve tambien en casos dados para representar *la tumba de doña Inés.*

Media docena de árboles ficticios, figurando camuesos y alcornoques.

Cuatro *cuchillos de selva.*

Una puerta de sala pobre, que sirve tambien para reja de jardin y celosía de monasterio, y que vuelta del revés representa una chimenea, un auto de fé y el suplicio de las benditas ánimas.

Un par de mesas de *pintado pino.*

Cuatro marcos de espejo con lunas de carton aplomado.

Dos sillones góticos de *pichipen.*

Media docena de escabeles.

Cuatro tiendas de campaña.

Una tarima.

Una silla de mano con honores del parihuela.

Y un carro de cartulina y de hoja de lata triunfal, perdonando la trasposicion.

Item más: dos estátuas de lienzo en mal estado, dos como jarrones de idéntica materia, cuatro tumbas figuradas, dos cruces, una columna y un pelele en puntillas,

formado á imitacion del dios Mercurio, con su tarima de lienzo y su hiperbólico cadúceo, más grande que la cachiporra de un tambor mayor.

Ved aquí el teatro de Puerto-Rico en cuerpo y *alma*.

Hace algunos años que el Municipio tiene en proyecto un *proyecto* de reforma para el expresado edificio, y por si acaso algun dia llegara á realizarse tal proyecto, he querido proporcionar á mis lectores este menguado rasguño, siquiera sea para que conserven la memoria del teatro primitivo y sus decoraciones, que vienen sirviendo hace más de cuarenta años.

¡Quiera el Ayuntamiento y quiera el cielo que ántes de terminar el 77 haya pasado este cuadro á la categoría de recuerdo histórico!

NOTA.—Este artículo fué escrito ántes de la reforma del edificio á que se refiere, hecha en 1879, merced á la cual se halla hoy trasformado por completo en su parte interior.

Con esta reforma, hábilmente dirigida por el ilustrado ingeniero D. Tulio Larrinaga, ha ganado tanto el viejo coliseo, que hoy puede figurar dignamente entre los principales teatros españoles de segundo órden.

A pesar de esta favorable reforma nos ha parecido oportuna la reproduccion del anterior artículo, considerándole como un recuerdo de lo que fué el teatro en San Juan de Puerto Rico hasta poco ántes de la citada fecha.

LA PLAZUELA DE SANTIAGO.

Uno de los lugares públicos de esta ciudad que más han dado que hacer al Excmo. Ayuntamiento, es sin duda alguna la Plazuela de Santiago. Y no solamente ha dado mucho que *hacer*, sino mucho que *deshacer*, como lo prueba su carencia de obras de arte ó de utilidad, que representen siquiera una centésima parte de lo que en ella ha invertido la mencionada corporacion.

Plazuela de Penélope suelen llamarla muchos por mal nombre, aludiendo á lo que en ella se ha tejido y destejido por cuenta del Tesoro Municipal.

Allá por el año treinta y tantos, época en que se construyó el Teatro situado al extremo Sud de la Plazuela, se le dió á esta la forma de tal, dividiéndola en

cuarteles por medio de pequeñas vías de ladrillos que la cruzaban, y plantando algunos almendros en las orillas. Tambien parece que había entre estos árboles algunas palmas de coco, si no miente un cuadro que se conserva en la Casa Consistorial, y que representa la Plazuela en aquella forma, varias palmeras tan altas como el Teatro, y entre éste y aquellas el general Don Miguel de la Torre descollando como un coloso, al lado del cual parecen juguetes de mano el edificio y los árboles de la Plazuela.

Sin duda creyó el artista que era irrespetuosó en aquellos tiempos pintar un gobernador más pequeño que una palma de coco y que un edificio de cuatro pisos, que son los que tiene el teatro en la pintura indicada. Por eso la figura del general la Torre se eleva á muchos codos sobre el nivel de la palma gigante y del tejado del coliseo, quedando de esta manera muy elevado y bien puesto el principio de autoridad.

Algunos años después, se notó que los almendros habían atraido tal número de hormigas *bravas* á su alrededor, que no era posible pasearse por aquel sitio sin sentir las picaduras de estos industriosos insectos.

Por la misma causa se hicieron casi inhabitables las casas de por allí, y aún hay algunas de las cuales no se han podido desalojar las hormigas por completo.

Se decretó, pues, el derribo de los almendros, y poco despues el de las palmas, considerando que éstas tambien fomentaban las hormigas, que no daban apénas sombra y que en cambio podían matar con un coco á cualquier paseante, como ya habían estado en peligro algunos de ellos, de resultas de unos *cocotazos* al natural.

Volvió á quedar la Plazuela monda y lironda por espacio de algunos años; se le pusieron losas de Canarias en vez de ladrillos por los lados, y aquí la crónica

no enumera los trabajos y trasformaciones que en aquella se hicieron hasta fines de 1868. En esta época y con motivo de unos festejos á favor de no sé qué santo, se mandó desyerbar la Plazuela y se construyó en el centro una barraca, destinada primero á exposicion de calabazas y despues á sala de baile. Pasada la fiesta se destinó á otros varios usos aquel extraño local, y por último se derribó con gran aplauso del vecindario. Por entónces la yerba había tomado gran incremento en aquel lugar, y los carretilleros del muelle le habían elegido para pasto de sus rocines: el Ayuntamiento cayó en la cuenta de que una plaza pública no debía permanecer en aquel estado, y acordó—despues de varias sesiones—convertirla en un *jardin inglés*. Dieron principio las obras, empezando por allanar todo lo posible el plano inclinado de la Plazuela, solándole á trozos con hormigon encarnado y formando caprichosamente círculos, semi-círculos, elipses, y otras figuras geométricas.

En esto y en la siembra de algunos arbolillos por el rededor, se gastaron algunos miles de duros; y despues que la obra del *jardin inglés* se hubo terminado, resultó que no era *jardin* ni *inglés*.

Entónces el Ayuntamiento volvió á emprender nuevos trabajos en la Plazuela, para *desinglesarla* por completo y ponerla el piso igual y firme en toda su extension. Nuevos y repetidos gastos; nuevo tejer y destejer en la Plazuela de *Penélope*.

Se taparon y revocaron los círculos, semi-círculos y demás figuras del pavimento, pero despues de seco el hormigon ó sea la mezcla empleada para aquél trabajo, se advertía que no era de color igual á la que se había usado anteriormente, y quedaban siempre las señas ó reminiscencias semi-inglesas del semi-jardin.

Y vuelta á deshacer lo hecho, y vuelta á componer

nuevo hormigon, y vuelta á resaltar la diferencia, hasta que por último—perdida la esperanza de conseguir un piso enteramente igual—el Ayuntamiento resolvió dejar la obra en aquel estado, y ahí la tienen ustedes con todas las señales de círculos, semi-círculos, elipses y otras figuras geométricas, como para decir á la nueva generacion que parece haber elegido la Plazuela como teatro de sus infantiles juegos:

—En esas manchas que ves,
Remiendos de esta explanada,
Se invirtió mucho *parnés*
Haciendo un jardin inglés,
Y por fin.... no se hizo nada.

II

—¿Adónde van tantos niños vestidos de gala, reunidos en bulliciosa turba y caminando todos en una misma direccion?

Van á la Plazuela de Santiago, lugar predilecto donde se junta todas las tardes, y muy especialmente los dias festivos, la flor y nata de la sociedad infantil puerto-riqueña.

¡Vayan benditos de Dios, y que corran y brinquen y jueguen, ejercitando su incansable actividad en esa gimnasia natural que tanto favorece el desarrollo físico de las tiernas criaturas!

¡Eh, apártese usted y deje libre la acera á ese coche de mano y á esos dos velocípedos que le acompañan: en el primero va una dama de cinco abriles, con pantalon y traje corto, y en los segundos un par de galanes con mameluco y chichonera, dando guardia de honor á la bella del carruaje....

¡Paso al elemento jóven!

Y si á usted le parece sigamos detrás de los niños y pasaremos un rato divertido. A bien que ahora, como casi siempre, no pueden estar aquí más escasas las diversiones. Por de pronto no vaya usted halagando la idea de que encontrará un asiento, porque despues le será más triste quedarse de pié. Aparte de que aún nó esta resuelta la duda sobre si aquellos bancos se han puesto allí para descanso nuestro ó de los agentes de policía, son tan pocos (los bancos, nó los agentes) en comparacion de la gente que allí concurre, que sólo por una gran fortuna podrán tocarle dos ó tres pulgadas de asiento, aunque sea en medio de dos cesantes rabiosos ó de una niñera casquivana y su correspondiente cabo de artilleros ó de gastadores.

En cambio se distraerá usted y pasará un rato delicioso contemplando aquel infantil concurso.

¡Cuánta animacion! ¡Cuánto bullicio! ¡Cuánta actividad!

¡Aquello es la vida! Yo me entretengo viéndolos corretear, ir, venir, mezclarse y confundirse en vertiginoso torbellino.

Porque ha de saber usted que á mí me gustan mucho los niños.... sobre todo viéndolos jugar desde léjos en la Plazuela de Santiago.

Y las niñas todavía me gustan más.

Un profundo pensador ha dicho que la niñez no es igual en los dos sexos, y hasta sostiene que sólo existe aquella para los varones, asegurando que las que llamamos niñas son más bien *mujeres pequeñas*. Convengamos en que hay mucho de verdad en esta afirmacion.

Hay generalmente en las niñas más esmero y más gracia en el vestir, más reserva y discrecion en los juegos, más dulzura, más expresion, más ingenio, y deseo más persistente de agradar.

Vamos, confieso que los juegos infantiles me di-

vierten y traen dulcísimos recuerdos á mi memoria. Por eso gusto siempre de ir á pasar un rato delicioso, todos los domingos por la tarde, á la Plazuela de Santiago......

Pero héla ahí.

Poco á poco llegamos hasta ella, entretenidos con la conversacion.

Y á fé que esta tarde hay extraordinaria concurrencia.

¿No le dije á usted que era cosa difícil hallar asiento?

Situémonos por de pronto al lado de aquel banco donde una niñera descuidada retoza con un pollo *cursipelon.* Ella es la encargada de custodiar aquellas tres criaturas que corren frenéticamente en sus velocípedos. Cuando una de ellas se caiga, que sí se caerá [aunque bien sabe Dios que no le deseo mal á nadie], la niñera volverá en sí de su entretenimiento é irá á prodigarle tardías atenciones, cuando nada se pueda remediar. Entónces podrá usted sentarse si le dan tiempo los que seguramente esperan por ahí la misma ocasion.

Entre tanto, mire usted aquella nube de angelitos con ruedas, que despiden á la vez sus velocípedos desde lo alto de la esplanada y se dejan rodar cuesta abajo, llevados por su propio peso. Vea usted con qué habilidad se sostienen y se afirman en los estribos, echando el cuerpecito hácia atrás como para atenuar la carrera. Y note usted como las niñas mueven los velocípedos con un sólo pié, y ántes que á la velocidad de la marcha atienden á la compostura de su vestido y á la posicion honesta y elegante de su cuerpo. Mire con qué expresion más encantadora y picaresca se rien aquellas dos de la otra que se acaba de caer con vehículo y todo sobre una batea de merengues. Es de notar la cara que pone aquel billetero descalzo, por encima de cu-

yo pié acaba de pasar un velocípedo de los mayores. ¡Cómo ha de ser.... !

Ya concluyeron aquellos su expedicion y vuelven á subir á lo alto de la Plazuela, llevando de mano sus velocípedos. Observe usted como los alinean para emprender la carrera á un mismo tiempo, sin reparar en la multitud de gente qué se halla agrupada en el tránsito.. ¡Sus.... ! Ya están haciendo la señal de marcha. ¡Sálvese el que pueda!

Y cuidado que arman barullo y algazara al empezar la carrera!

¡Hombre, mire usted que lastima! Aquella señora que va corriendo para dejar libre el paso á la turba infantil, dejó caer su abanico de nácar y ya le han pasado por encima ocho velocípedos. ¡Así habrá quedado él.

Bien es verdad que ésta es la Plazuela de los muchachos; las personas mayores no deben andar por el centro de élla á estas horas, y mucho ménos con abanicos de nácar.

Y entre tanto la *caravana* velocípeda llega á su término, despues de los saltos, choques, rozaduras, y demás incidentes de la corrida....

Pero, ¿qué diantre ha pasado allí, que corre y se aglomera tanta gente.... ?

¡Ah, ya sé! Uno de los velocípedos fué á dar contra la columna de aquel farol; los que seguian detrás han ido tropezando unos con otros y un *jinete* de poca fuerza que no pudo atenuar la violencia del choque, ha ido á parar al medio de la calle. Ahora le recogen y le cuentan las rozaduras y los cardenales de la frente. ¡Angelito de Dios, cómo se ha puesto!

Mire usted, ahora se levanta la niñera del banco y corre precipitadamente al lugar de la caida. El niño de los chichones es uno de los que ella tiene á su cargo.

Siéntese usted en seguida, ántes que venga otro y ocupe el lugar vacante. ¡Pobre chico!

Note usted como ahora se aquietan un poco los niños, y las niñeras van dejando los bancos y hasta los novios para correr en busca de las pequeñas criaturas encomendadas á su cuidado. Todo esto es cuestion de un momento. En cuanto haya pasado el susto, niños y niñeras volverán á las andadas.

Entre tanto vea usted como se apiña la gente en aquella esquina: es que pasa el general. Mire como pugnan aquellos señores para ponerse en primera fila á fin de que los salude. Vea usted cuánto sombrero en movimiento.

Aquél señor obeso que corre apresurado desde un extremo á otro de la fila, anda á caza de un saludo de S. E., que no le vió al pasar por donde estaba. Ahora le saluda y él se muestra muy satisfecho. ¡Vaya, hombre, sea en hora buena.

Esos dos paseantes tan entregados en cuerpo y alma á su conversacion, que no ven la niñera que se ha inclinado allí para limpiar el rostro de un pequeñuelo, y chocan con ella y la hacen caer de bruces sobre la tierna criatura, apuesto á que van hablando de política al por menor. Es una de las cosas que más ofuscan y encandilan á ciertas gentes.

Allá vuelven los niños otra vez, ya repuestos de la emocion que les produjo la última descalabradura, y se disponen á continuar sus carreras de velocípedos. ¡Si no escarmientan! ¡Qué generacion más intrépida y revoltosa!

Pensando estoy yo en lo que será la sociedad futura el dia en que estos ciudadanillos se nos suban á las barbas y pongan sus manos en lo que hemos dado en llamar la *cosa* pública. Verdad es que nosotros no éramos ranas cuando teníamos esa misma edad; pero á mí

me parece que va progresando el *género diablejo*, como diría Campoamor....

Aquí llegaba la conversacion, ó mejor dicho el monólogo por mí sostenido ante el forastero que había tenido la complacencia de acompañarme, cuando un fuerte y súbito chaparron vino á interrumpirme, obligándonos á buscar abrigo en el zaguan de una casa vecina.

Cuando salimos de allí, el agua había inundado todos aquellos contornos, y no quedaba un sólo individuo en la Plazuela de Santiago.

LA PLAZA DE ARMAS.

No puedo disponer hoy de mucho espacio para mí artículo crítico, ni me encuentro dispuesto á lidiar por esta vez con poetastros y copleros al por menor.

Quédese esto para otro dia.

Necesito llenar, sin embargo, poco más de una columna de impresion y no se me ocurre nada que pueda ofrecer materia suficiente y libre de peligro para escribir seis ó ocho docenas de renglones.

Ello es que tengo el compromiso ineludible de llenar este hueco, y ya que no siento ahora inspiracion bastante para el caso nadie tomará á mal que la busque en los objetos exteriores.

Observemos.

Precisamente estoy en el lugar más céntrico y concurrido de la poblacion.

Hállome situado en la plaza de armas, que es como si dijéramos el corazon de la Capital; bien que en este caso sería preciso convenir en que la Capital tiene un corazon muy feo.

Y si me fuera permitido prolongar esta especie de metáfora, diría que la ciudad de Puerto-Rico tiene un corazon de cal y canto.

Esta formidable *víscera* tiene una extension de ochenta varas de largo por veinte y cinco de ancho, poco más ó ménos; es de forma cuadrilonga y está situada [sin que hasta hoy se haya sabido porqué] á una altura de noventa y tantos centímetros sobre el nivel medio del piso de la calle.

Tiene todas las apariencias de una gran tumba, por lo cual, y porque está enfrente del Ayuntamiento, han dado en llamarla el panteon de los proyectos.

Pocas plazas habrá en el mundo que tengan tantos y tan apropiados nombres como esta.

Durante el dia permanece desierta y solitaria.—*Plaza de la soledad.*

Al oscurecer la invaden los chiquillos y la convierten en teatro de sus juegos y travesuras.—*Plaza de los muchachos.*

Poco despues llega la tropa y la toma por asalto.—*Plaza de armas.*

A las ocho empieza la música: llegan algunos caballeros y otros que lo parecen; entre ellos vienen algunas damas, aunque pocas; dan principio los paseos, los saludos, las sonrisas, los choques, las pisadas, la confusion....—*Plaza de la retreta.*

Hablan dos:

—Yo *pienso* dar al asunto la misma solucion que ántes le dije; si U. se manifiesta conforme....

—Ya sabe U. que yo aquí y en cualquiera parte *pienso* con U., como U. y para U.; y si U. *pensara* de

otro modo tambien yo *pensaría* de la misma manera que U.—*Plaza de la cebada.*

Dan las 9½; la banda militar se va con la música á otra parte; las damas desaparecen; los caballeros se dispersan.... Sólo quedan algunos cuchicheando de dos en dos. Aquel acciona, éste murmura, el otro enseña papeles, el de más allá se encoge de hombros y calla.—*Plaza de las intrigas.*

Suenan diez campanadas en la torre de enfrente; todos los *mochuelos* se van poco á poco en direccion á su *olivo;* sólo queda en la plaza algun beodo ó algun personaje *baldío* que, no teniendo casa donde dormir, se dispone á pasar la noche al raso, tendido á la bartola sobre algun banco.—*Plaza de los mostrencos.*

Et sic de cœteris.

Por lo que respecta al arbolado, está sustituido, como es uso, con pilares de mampostería; en lugar de flores hay tiestos y faroles mortecinos, y si bien es verdad que no se distingue fuente alguna en el medio de la tal plaza, nadie que tenga olfato podrá negar que hay allí por lo ménos un sumidero.

Hay tambien cuatro estátuas de mármol, tres de las cuales están desnudas hasta la mitad del cuerpo, como para darnos á entender el estado á que hemos llegado las tres cuartas partes de la poblacion puerto-riqueña, y que los descamisados estamos en mayoría.

Algo hay tambien de notable en los alrededores de la consabida plaza ó sepultura.

Hácia la parte Sud tenemos, entre otras cosas, dos imprentas, signos de ilustracion y de progreso; una elegante y rica joyería que representa el lujo de la los vivos, y un almacen de túmulos y estátuas funerarias que representa el lujo de los muertos.

Al otro lado está la casa de la ciudad ó del Ayuntamiento, con sus antíguos soportales, su balcon del ór-

den *toscano*, sus dos torres en forma de garitas, y sus dos relojes, uno de movimiento y otro en calma de, esos que apuntan y no dan.

En este último ha querido simbolizar sin duda el Municipio la *inamovilidad* de sus expedientes y proyectos, miéntras que el otro (el reloj movible) tiene la mision de señalar el curso natural del presupuesto al *pasivo* contribuyente, como para advertirle que detrás de un año viene otro, y no bien ha pagado la contribucion del presente, cuando ya la inquieta manecilla le va indicando la proximidad del nuevo plazo y de la nueva contribucion.

Hácia la parte del poniente se eleva el palacio de la Intendencia, eterna pesadilla del contribuyente campesino, y más allá se distingue parte del edificio que fué en un tiempo templo de Minerva y luego lo hemos destinado á casa de banca ó juego de Lotería.

Y con estos renglones hay ya para llenar el hueco.

Otro dia seguiré mostrando al lector otras varias vistas de este variado *panorama*.

EL PASEO DE LA PRINCESA
Y EL JARDÍN BOTÁNICO.

En verdad, en verdad que es empresa más árdua y peligrosa de lo que á primera vista parece, la de escribir un artículo ó sátira jovial para cada número de EL BUSCAPIÉ, á más del *fondo*, los *sueltos*, las *gacetillas* y otras cosas más ó ménos picantes ó agridulces, que de domingo en domingo tengo la obligacion de presentar á mis apreciables suscriptores.

Todos los demás trabajos del periódico me parecen fáciles y sencillos, comparados con el artículo de esta seccion.

Los versos abundan siempre, sobre todo los versos malos, y nunca falta un colaborador poético *ad honorem* que dé materiales para el relleno de la seccion de renglones cortos. La seccion *bibliográfica* sólo ofrece alguna

dificultad cuando se publica un libro nuevo en el país, cosa rara y notable por demás. Las *gacetillas* ya no exigen ingenio, agudeza ni travesura. ¿Qué mozo de taberna ó qué aprendiz de bodegonero no escribe en un instante media docena de *gacetillas?* Oficio es este que le puede desempeñar cualquier pinche, medianamente iniciado en el arte de la *cocina*. Por lo que respecta al *fondo*, puede decirse que "se escribe él sólo," segun la expresion de un célebre *fondista*, amigo mio.

Pero el artículo crítico es por todos estilos diferente.

Hoy que no se *hace* política, porque ya nos la mandan hecha, y no tenemos siquiera una menguada compañía de comediantes contra quien esgrimir la péñola festiva y juguetona, me veo precisado á ejercer mis críticas en el campo de las letras ó en el teatro de las costumbres. En el primer caso, viene sobre mí, como consecuencia inevitable, el odio y la enemistad de los autores criticados y el de todos sus parientes, amigos, cofrades y simpatizadores. En el segundo, corro el grave riesgo de que se den por aludidas muchas gentes, si critico ó señalo algunos de los vicios más generales de nuestra sociedad.

Mejor sería que en vez de continuar por esta senda difícil y escabrosa por demás, siguiera yo el camino fácil y trillado por donde se deslizan mansamente mis ya experimentados compañeros, y así pudiera llenar con ménos trabajo la segunda seccion de mi periódico, ya con noticias y recortes sobre política extranjera, ya con listas nominales de las personas que dan dinero para el Papa, ya, en fin, con apuntes sobre la situacion del mercado ó con extractos de la *Gaceta* oficial.

Estas ó parecidas reflexiones iba yo haciendo ayer tarde miéntras bajaba por la calle de San Justo con direccion á la Marina, donde me dirijía en busca de ma-

teria para un artículo ameno, interesante y sobre todo inofensivo, que no pudiera ser objeto de vanos comentarios ni de malignas interpretaciones.

Seguí, pues, por la calle mencionada, pasé luégo la puerta de San Justo y me encaminé hácia el descuidado bosquecillo que se titula *Paseo de la princesa.*

Llamáron desde luego mi atencion dos rústicos pilares de mampostería situados á la entrada del paseo, y que servían de base á dos cómo columnas de cal y canto en estado de ruina, en una de cuyas columnas se conserva todavía la mitad de un escudo nacional de yeso, como indicio de lo que todo aquello había sido en época más afortunada. (*)

En la parte inferior del pilar de la derecha hay una lápida de mármol, partida en pedazos, que contiene la siguiente inscripcion:

El Excmo. Ayuntamiento
DE ESTA CAPITAL
COSTEÓ ESTE PASEO
Y JARDIN BOTÁNICO
QUE EN MEMORIA DE S. A. R.
LA PRINCESA DE ASTURIAS
SE CONSTRUYÓ
BAJO LA DIRECCION
DEL COMANDANTE DE ARTILLERÍA
D. MANUEL URRÉJOLA.
—1854.—

—¡Ya pareció aquello!—dije al instante para mí, leyendo por segunda vez aquel renglon que anunciaba la existencia de un *Jardin Botánico*,—hé aquí un mag-

(*) Estas columnas y algunos otros detalles apuntados en el presente artículo, desaparecieron con motivo de las reformas que luego hizo el Ayuntamiento en aquel lugar.

nífico asunto para mi artículo de mañana. Hablaré de los vegetales, y así ninguna persona se dará por aludida, siempre que me abstenga de mencionar ciertas flores ó plantas homónimas de personas, como rosa, hortensia, margarita, narciso, jacinto, don Diego, don Tomás y Juan Caliente, ó bien algunas otras cuyos nombres pudieran convenir á ciertas gentes, como mastuerzo, camueso ú alcornoque.

Tomada esta resolucion seguí caminando por entre aquellos árboles sombríos, en los que aún se notan con frecuencia los estragos del último huracan, y de cuando en cuando tendía la vista en todas direcciones para ver si distinguía á lo léjos el mencionado *Jardin.*

Largo rato anduve de esta manera sin hallar nada que me indicara la proximidad de aquél. A mi derecha quedaba la muralla de la Capital y un pequeño huerto sembrado de maiz, pimientos y berengenas, entre cuyas plantas descollaba de trecho en trecho algun árbol de *papaya*, alguna mata de plátanos ó algun estéril y copudo *flamboyant.* Más adelante.... cardos, malva silvestre, verdolaga y hierba, mucha hierba....

¿Será este quizás el *Jardin Botánico?* No; porque en este caso tambien tendrían derecho á llamarse así la mayor parte de las plazas, calles y cementerios de la isla.

Por el lado izquierdo se extendía la calle de la Princesa, con sus casas polígonas y de construccion irregular, sus innumerables baches, su FONDA POZADA BILLARY TABAQUERIA, su F ONDA LA ESPERANZA, su CAFÉ Y BILL ARDE LA MARINA, su pésebre, su lodo y sus inmundicias......

¿Será esto, por desdicha el *Jardin Botánico?* Entónces no sé por qué se le ha de negar el mismo nombre á las inmediaciones del cuartel Nuevo y del Mercado, al recinto Oeste, á los fosos de Puerta de Tierra, al

pozo de la gallina, á las alcantarillas de San Justo y al sumidero de la calle de Tetuan.

Pero nó; un *Jardin Botánico* costeado por un Ayuntamiento Excelentísimo, y dedicado á una Princesa Real es ó debe ser otra cosa: busquémosle.

Llegué poco despues á una especie de glorieta situada en medio del que fué *Paseo de la princesa*, y ahora—bendito Dios—ha venido á ser pasto de animales, arboleda inculta y camino del presidio.

Allí me detuve un rato á contemplar cuatro estátuas de fea y sospechosa catadura, puestas sobre unos pedestales de ladrillo, no sé si como espantajo de gorriones ó como artísticos adornos de aquel lugar de recreo.

Distínguese la primera y principal de aquellas figuras de barro, por un pequeño bulto á manera de excreencia córnea sobre el lado siniestro de la frente, por lo que me pareció ser la estátua de la *Predestinacion.*

Otra de rostro escuálido y marchito, con la cabeza inclinada, la túnica rota y un perro tendido á los piés, parecióme la estátua de la *Canina.*

La tercera es una figura descamisada, mústia y cariacontecida, sin asomos de bolsillo ni cosa que se le parezca, y con una caña ó sarmiento muy nudoso que le sirve de cayado. Esta no puede ménos de ser la estátua de la *Yuca.* (*)

La cuarta, que tiene un cetro en la mano y la boca entreabierta por una sonrisa estúpida, claro está que debe ser la estátua del *Rey. . . . de los papamoscas.*

Proseguí despues mi camino en busca del anhelado *Jardin*, y bien pronto me hallé junto á la capilla del *Instituto* correccional sin haber encontrado lo que buscaba.

A un lado estaba el presidio; á otro una caballeriza; enfrente algunas carretadas de basaduras y des-

(*) *Yuca*, en su acepcion popular puerto-riqueña, es signo de *necesidad*

pues.... la mar. Nada de esto podía considerarse como *Jardin Botánico.*

¿En dónde estaba, pues, el que costeó el Ayuntamiento, es decir el pueblo, allá por los años de 1854?

Algun tanto mohino y disgustado por el éxito negativo de mis investigaciones, me dirijí hácia un hombre de tez morena y rústica vestidura, que á la sazon cruzaba por aquel sendero:

—Me hace usted el favor,—le dije,—de informarme acerca del lugar que ocupa el *Jardin Botánico* de esta Capital, costeado por el Ayuntamiento y construido bajo la direccion del Comandante de Artillería D. Manuel Urréjola?

—*Jay jal migo lé tuy kin ibol,*—respondióme al instante el interrogado, y continuó tranquilamente su marcha en direccion á la puerta de San Juan.

Era un chino.

—¡Valiente respuesta!—dije yo para mí, girando sobre los talones y emprendiendo el camino de la Capital, donde me interné luégo meditando tristemente acerca de las obras públicas de este país, que son pocas, cuestan mucho, y una vez concluidas ya no nos cuidamos de conservarlas.

¿Qué se ha hecho el edificio H, el puente B ó las carreteras X y Z que le han costado tantos millones de duros á la provincia?

—*Jay jal migo lé tuy kin ibol.*

Esta respuesta ú otra no ménos confusa y embrollada, le daremos quizás dentro de poco á todo el que nos dirija aquella ó parecida interrogacion.

LA PLAZA DEL MERCADO. (*)

Creía yo, simple que soy, que las cosas de la Capital por fuerza habían de ser mejores que las de cualquier otra poblacion de la Isla.

Y esta creencia estaba de tal manera arraigada en mí, que daba por falsa toda demostracion en contra de ella, sin tomarme siquiera el trabajo de examinar la fuerza ó validez del argumento.

Sucedíame lo que á esos desgraciados séres que, aferrados á una opinion cualquiera, así en el órden moral como en el político ó religioso, pretenden hacer de ella una verdad absoluta y no conciben que pueda haber

(*) Despues de la época en que escribí este artículo se han hecho algunas reparaciones en la Plaza del Mercado, merced á las cuales han mejorado un poco las condiciones higiénicas de aquel edificio.

persona alguna en su cabal juicio que de buena fé sustente lo contrario.

Así, cuando yo disputaba con algun *pollo* amigo mio, respecto de la bella forma de mi sombrero ó del elegante corte de mi vestido, acudía luego al grân argumento de Aquiles, con el que muy á menudo solía tapar la boca á mi contrincante:

—¡Qué sabes tú lo que dices, hombre! ¿No ves que todo esto ha sido comprado y hecho en la Capital?

Lo mismo me sucedía con los edificios públicos y aún con las casas particulares.

Recuerdo que allá por el año de 1861, yendo yo para los baños de Coamo, me detuve dos ó tres dias en la hermosa villa de Ponce. Estrenábase á la sazon el precioso teatro que lleva por título "La Perla" y no hacía mucho tiempo que se había hecho otro tanto con la magnífica Plaza del Mercado. Ambos edificios eran en aquel tiempo los primeros de su clase en Puerto-Rico.

No era yo entónces de este parecer, puesto que no había visto aún los de la Capital; y firme en mi creencia de que éstos eran incomparablemente mejores que ningunos, cada véz que oía alabar los de Ponce tomaba yo la palabra y decía que no era posible que hubiese en toda la Isla teatros, plazas, calles, alumbrado, levitas, sombreros ni otra porcion de cosas como en la Capital.

Algunos al oirme se reían de mi ignorancia; otros, creyendo que lo que yo decía era pulla, se reían tambien, y yo al verlos reir me admiraba y me compadecía de su simplicidad.

Por fin llegó el dia, tan deseado para mí, de hacer un viaje á la Capital.

¡Cuántas ilusiones me iba formando por el camino!

Todo lo que había yo visto durante mis excursiones por los pueblos de la Isla, me parecía feo y mezquino

comparado con la ciudad encantada que llevaba en mí imaginacion......

Llegué á Cataño, y mis ilusiones se vieron realizadas hasta cierto punto.

¡Qué hermosa y qué agradable parece la Capital vista desde Cataño!

La disposicion del terreno sobre el cual está cimentada, las ordenadas filas de edificios que descuellan gallardamente unas sobre otras, formando como una pintoresca gradería que arranca desde el sombrio y formidable muro que la ciñe, y se destaca sobre el clarísimo azul del firmamento; la bahía que se extienden á sus plantas y que la copia y refleja en sus tranquilas ondas; los buques de varias formas y procedencias diseminados en su alrededor, y esa infinidad de pequeñas embarcaciones de una sóla vela que constantemente van y vienen con suma rapidez, todo contribuye á dar vida, animacion y movimiento á aquel delicioso cuadro.

En ménos de diez minutos atravesé el brazo de mar que me separaba de la muy noble y muy leal ciudad.

Luego me detuve un instante sobre el muelle, tendí en derredor la vista, ávida de recrearse en la contemplacion de todas aquellas soñadas maravillas, y bien pronto hube de exclamar con el ilustre Argensola, empezando á sentir los tristísimos efectos del desengaño:

¡Lástima grande
Que no fuera verdad tanta belleza!

El mezquino aspecto de la Aduana, la tétrica figura del *ranchon* que por mal nombre suelen llamar el Tinglado de la Marina, el lodazal que allí forman las aguas pluviales que descienden por la puerta de San Justo, y otras varias circunstancias, nada conformes con el buen servicio de policía y ornato, me hicieron cono-

cer al instante lo aventurado que es el formar juicio anticipado, sin conocimiento cabal de la cosa sobre que aquél ha de recaer.

Pero ahora recuerdo que, para justificar el epígrafe de este artículo, debo empezar la narracion de mis impresiones por la *Plaza del Mercado.*

No dejará de extrañar á mis lectores el que empiece mi descripcion por donde lógicamente debiera concluir, dado el lugar que ocupa el edificio; pero á fuer de buen español gusto siempre de hacer las cosas al revés.

*
* *

La *Plaza del Mercado* de San Juan de Puerto-Rico es una especie de corral cercado de cal y canto y empedrado con adoquines y guijarros de punta. Su forma es cuadrilonga y su altura como de cuatro métros, poco más ó ménos.

No pertenece á ninguno de los órdenes de arquitectura conocidos, por lo cual puede decirse que es un edificio *desordenado.*

En dos de sus costados, á derecha é izquierda del actor—como dicen los autores dramáticos—están distribuidas con bastante irregularidad los puestos de carnes y pescados, bien que eso fuera *peccata minuta* si hubiera en ellos el aseo y demás condiciones que exigen la higiene y el bien parecer.

Pero aquellos tableros nada limpios, impregnados de grasa y otras sustancias impuras, gastados por el uso y destruidos en parte por el cuchillo del picador, sobre los cuales se deposita y vende la carne, sin losas de mármol y sin agua siquiera para lavar con frecuencia aquellos sitios, no puden ménos de llamar la atencion del viajero ménos observador que visite la Plaza, y desdicen mucho de una poblacion culta é importante como la Capital.

Los otros dos costados del edificio están divididos en pequeñas casillas que, por su forma particular, su estrechez y la escasa luz y ventilacion que en ellas hay, no dejan de guardar cierta analógía con los nichos del cementerio.

Estas celdillas están destinadas á varios usos, segun el gusto ó inclinacion de los diversos inquilinos que en ellas viven emparedados. Ya es una pequeña fonda donde

"SE SILBEN ARMUELSO
Á DOS RIALE CHICHA
RON Y FRITURA;"

ya una quincalla y bisutería donde se venden naipes, escapularios, puñales, crucifijos, aleluyas, espejos, cordones de San Francisco, cuerdas de guitarras, &ª; ya, en fin, un pequeño depósito de víveres donde las cocineras compran cómodamente todo lo que han de menester, á razon de catorce onzas por libra.

Aquí un menguado bodegon, allá una repugnante taberna, acullá el oscuro cuchitril de un usurero....

Todo súcio, todo desordenado, todo en el mayor abandono y confusion.

Por último, el patio del edificio está destinado á la venta de los productos del país, y allí concurren diariamente algunos centenares de campesinos, cargados con animales, frutos, plantas y otros varios objetos para vender. No es posible dar una idea del extraño ruido que forma aquel heterogéneo conjunto de séres más ó ménos racionales, reunidos con muy diferentes fines. Las cocineras charlan, los *gíbaros* juran y vocean, gruñen y ladran los perros, cantan los gallos, cacarean los pollos, alborotan las cotorras, &ª, y no hay tímpano que resista por mucho tiempo aquella infernal algazara.

Puede decirse, finalmente, que la *Plaza del Mercado*

es un pequeño infierno donde padecen á la vez todos los sentidos corporales, y con especialidad la visia, el oido y el olfato.

LA BIBLIOTECA

Y EL BIBLIOTECARIO.

El 3 de Marzo de 1878, á raiz de las primeras elecciones municipales despues de la restauracion, decía El Buscapié dirijiéndose á los nuevos concejales electos para el Ayuntamiento de esta ciudad:

"Señores concejales: salud y...... al grano.

Aquí se necesita una Biblioteca pública.

Es una vergüenza que la capital de Puerto-Rico—país de 750000 habitantes y que soporta un presupuesto cuyo total exacto no conozco, pero que de seguro llega á diez millones de pesos lo que satisface anualmente para el Estado la Provincia y el Muuicipio—carezca de una Biblioteca ¡á fines del siglo XIX!

Cuando viene aquí un extrajero ilustrado y pregun-

ta por las Bibliotecas, se le lleva al café de Turull ó á la Zaragozana. ¡No tenemos más que *bibliotecas* alcohólicas!

Ahora bien, señores concejales; yo—pobre periodista, obrero de las letras, que es el trabajo ménos productivo de todos—ofrezco desde luego diez volúmenes para la Biblioteca pública de Puerto-Rico.

Doy por supuesto que cada uno de ustedes dará por lo ménos otros tantos.

Y sumo:

24 concejales á 10 volúmenes *por barba*.......	240
Los de EL BUSCAPIÉ:........................	10
Total..............	250

Y ya tenemos Biblioteca.

Con ménos ha debido empezar la célebre Biblioteca de Alejandría.

Inclúyase luego en el presupuesto una partida fija, aunque pequeña, destinada al fomento de la Biblioteca; empléese anualmente en buenos libros elegidos con inteligencia y buen juicio, y el tiempo y la constancia harán lo demás."

Quince dias despues de publicadas las anteriores líneas, ya se habían reunidos más de los 250 volúmenes. Todos los concejales contribuyeron por lo ménos con los 10 libros indicados, y hubo entre aquellos quienes se excedieran en los donativos, haciendo verdaderos alardes de generosidad y de espíritu público.

La idea se acogió con gran entusiasmo, y, seis meses despues, terminados los trabajos de carpintería para la construccion de los estantes, y arreglado convenientemente el local, se abría al público la

Biblioteca de Puerto--Rico, en medio de un gentío que apénas podía acomodarse en el salon y en los alrededores de la Casa Consistorial.

Mucho contribuyó al buen éxito de esta obra memorable el Sr. D. José Ramon Becerra, alcalde de la Capital en aquel tiempo, y uno de los que más eficazmente cooperaron al establecimiento de la Biblioteca.

Aunque aquel Ayuntamiento no hubiera realizado ninguna otra obra de utilidad permanente, ésta sóla bastaría para recomendarle á la consideracion de sus administrados.

Pero el Sr. Becerra y sus compañeros hicieron más en pró de aquella civilizadora institucion.

No sólo tuvieron la fortuna de establecer la Biblioteca, sino la de dar con el hombre más á propósito para ordenarla y enriquecerla.

Aquellos primeros volúmenes, confiados á la custodia y vigilancia de un ujier, de un portero ó de cualquiea otro empleado indiferente, de seguro se hubieran apolillado y destruido ántes de que la Biblioteca se formalizara. El génio del progreso inspiró sin duda al Ayuntamiento al hacer la eleccion del bibliotecario.

Había en las oficinas municipales de esta ciudad un modesto empleado, un escribiente de vista cansada y de temblorosa mano, un hombre encanecido en la carrera civil, que había sido alcalde y corregidor de importantes poblaciones, y que había venido á ménos porque, despues de haber aprendido la ciencia administrativa y demostrado su capacidad y buenas dotes de gobierno, resultó que no sabía *fecundizar* una urna electoral, ni resucitar á un *Lázaro* cunero, ni trasegar electores, ni *filtrar* votos, ni hacer, en fin, ninguna triquiñuela de las que luego se pusieron en uso para falsificar la opinion.

No sé si por considerarle desde luego como el más apto para aquel cargo entre todos los empleados subal-

ternos del Municipio ó más bien con el humanitario propósito de proporcionarle algun alivio en el trabajo manual y rutinario de la oficina, el Ayuntamiento le nombró bibliotecario en hora feliz.

Don Ramon Santaella, que tal es el nombre del empleado en cuestion, se halló en la Biblioteca como en su propio centro.

Su cortesía, su jovialidad y la simpatía que inspiran su carácter servicial y su afectuoso trato, atrajeron en breve á la Biblioteca gran número de lectores, á quienes Santaella trata y quiere como á hijos propios.

Metódico y ordenado hasta la minuciosidad, y dotado de una memoria sorprendente, sabe con precision el sitio que ocupa cada uno de los libros que tiene bajo su custodia, facilita en el acto cualquiera de ellos que se le pida, y aún sin pedírselo sabe y recuerda el libro que lee y estudia cada uno de sus *alumnos*. Al sentarse muchos de éstos á la mesa de lectura, ya suelen encontrar abierto en ella el libro que iban á pedir.

Santaella es una especie de índice viviente, un zahorí con anteojos, un hombre con la actividad de una ardilla, con las carnes de un maestro de escuela y con la paciencia de Job.

En una palabra, es el alma de la Biblioteca municipal.

Pero tiene aún otra cualidad más rara, más característica y más meritoria.

La Biblioteca se abrió hace tres años con unos 500 volúmenes. El Ayuntamiento no tenía un cuarto cuando la fundó, ni lo tuvo despues, ni tiene trazas de tenerlo en todo lo que resta del presente siglo.

No ha podido dedicar, por lo tanto, cantidad alguna á la adquisicion de libros para aquel establecimiento. Hoy, sin embargo, cuenta con muy cerca de 5000 volúmenes. ¿Quién ha podido realizar este milagro?

Santaella.

Vedle con su nariz larga, afilada, cortante y puntiaguda como la reja de un arado inglés, corriendo y recorriendo las calles de la ciudad en las horas destinadas á la clausura de la Biblioteca. ¿A dónde vá? A caza de libros.

Aquella intrépida nariz, que parece dotada de un instinto maravilloso y de una potencia olfativa de cien perdigueros ó de cien políticos de ocasion, va sigiendo el rastro de algun personaje rural, de algun cacique de villorrio, de algun diputado de la provincia que ha llegado en el último vapor costanero. Todas estas eminencias relativas, con ó sin cruces, son materia imponible para el sagaz y diligente bibliotecario; á todos les habla de la Biblioteca, de su progreso, de sus necesidades, de lo que han regalado para ella D. Fulano y Don Zutano, y de las obras que están haciendo más notable falta.

En vano alegará el acometido que no tiene dichas obras ó que las mandará desde su pueblo: el bibliotecario sabe en dónde las hay de venta, y llevará el personaje á la librería, y se las enseñará, y le ayudará á tratarlas, y conseguirá que el librero las dé algo más baratas de su precio corriente, en atencion al objeto á que se destinan, y no descansará miéntras los nuevos volúmenes no estén acomodados en los estantes de la Biblioteca.

En cuanto á los vecinos pudientes de la ciudad, tal vez no quede ya uno sólo á quien no haya visitado el amable Santaella, y que no haya correspondido generosamente á su invitacion. Y si hubiere alguno que todavía no haya dado nada, ya dará. ¡Vaya si dará! El bibliotecario está sin duda en acecho de alguna ocasion propicia, de algun suceso favorable que exci-

te la generosidad del *cliente* y le haga ménos sensible el *sablazo*.

De este modo ha conseguido Santella llenar ya de buenos libros todos los estantes de la Biblioteca, y adornar el local con mapas, cuadros artísticos é instructivos, esferas geográficas y astronómicas, barómetros, termómetros, cronómetros y cuantos objetos útiles y propiós para la Biblioteca ha podido obtener de la generosidad del vecindario, y de los hombres acaudalados que visitan esta poblacion.

Y como es natural, á todos estos libros y objetos, debidos principalmente á la actividad y al entusiasmo de Santaella, les profesa éste un cariño verdaderamente entrañable. Él los cuida, los limpia, los preserva de cualquier daño, los muestra, los recomienda y los elogia con paternal orgullo, los besa y los abraza con amor. ¡Son sus hijos!

....

Si alguno de ustedes pasa de noche por los soportales de la Casa Consistorial y mira hácia el interior de la planta baja, en el departamento de la derecha, verá en una sala angosta de poca ventilacion y poca luz, un gran número de indivíduos de diversas edades y categorías, muchos de ellos pertenecientes á la clase de tropa, agrupados todos en derredor de una larga y bien ordenada mesa, inmóviles y silenciosos. Aquella es la Biblioteca, y éstos son sus más asíduos lectores.

Alrededor de tan interesante grupo, se mueve constantemente una sola figura humana, de estatura más que regular, extremadamente flaca, vestida de negro, que baja y sube libros del armario con una agilidad increible, y circula rápidamente como una sombra por todos los ámbitos del salon.

Es el bibliotecario.

Éntre usted silenciosamente para no interrumpir la lectura de los que estudian, y dígale al oido:

—Tengo un regalo de libros buenos para la Biblioteca.

Si al decirle esto fija usted la vista en los espejuelos del bibliotecario, verá como á través de los oscuros cristales brillan súbitamente sus ojos con indecible expresion de entusiasmo, y se animará su enjuto y perfilado semblante con una dulce sonrisa llena de ternura y gratitud.

Tomará luego al punto la nota del nombre y domicilio de usted, ó de la casa donde se hospeda, y al siguiente dia bien temprano recibirá usted la visita del siempre afectuoso, decidor y doblemente agudo Santaella.

Dele usted los libros ofrecidos, y tendrá la doble satisfaccion de hacer feliz á un bibliotecario, y de haber contribuido al fomento de una de las instituciones más útiles del país.

EL DIA EN QUE SE TIRA.

Hablo de la Lotería.

Y digo que son dignas de estudio las diversas escenas á que dá lugar esta *jugada*, sobre todo el dia en que se verifica el sorteo.

Media hora ántes de la designada para poner en movimiento los bolillos de la Lotería, ya los jugadores más impacientes y curiosos empiezan á reunirse en el pátio del Instituto Provincial de segunda enseñanza, frente á la cátedra de Psicología y Ética, provistos de lápiz y papel para ir tomando nota de los números afortunados.

Llega por fin la hora prefijada, se dá la señal, suena la música, giran los globos sobre sus ejes, y es cosa de ver cómo los *apuntadores* se aproximan todo lo posible al teatro del juego, toman las *posiciones acústicas* más favo-

rables, requieren el lápiz, lo humedecen entre los lábios y se disponen á escribir.

Desde aquel momento, hasta que termina la *jugada*, el oficioso *apuntador* hace abstraccion completa de todo pensamiento extraño á los bolos y á las numeraciones de la Lotería.

Si es zapatero, pierde en aquel instante la *chabeta*, y se olvida del trabajo, del taller y hasta del antíguo refran que dice: *zapatero á tus zapatos.*

Si es mercader, se olvida de su *negocio*, de su tienda, de su libra de catorce onzas ó de su vara de tres cuartas y media, vamos al decir.

Si es poeta remendon ó literato de viejo—que de todo hay en la viña (vulgo lotería) provincial,—se olvida de las letras para dedicarse al culto de los números; deja al dios Apolo para perseguir al dios *Premio*, y aunque al verle con el lápiz apoyado en el papel y la mirada fija pudiera creérsele sumido en una especie de éxtasis poético, yo certifico que su imaginacion no anda esta vez por las rinconeras del Parnaso en busca de un rezagado consonante, sino por las repletas arcas de la Administracion de Lotería en solicitud de un *sonante* más tangible y positivo.

Todos, en fin, desatienden sus ordinarios quehaceres, y miéntras dura la operacion del sorteo no ven más que los globos, los bolillos y los demás chismes de jugar, ni atienden á otro ruido que no sea el monótono canto de los muchachos que dan cuenta de los números premiados que van saliendo.

A lo mejor del tiempo, y cuando más entusiasmado se encuentra uno de los *apuntadores* susodichos, se le rompe la punta del lápiz, ó le sucede cualquier otro percance análogo que le obliga á interrumpir sus apuntaciones.

Y aquí empieza para nuestro hombre el mayor

de los apuros. No le valen su habilidad y presteza para aguzar el lapiz, proveerse del papel ó llevar á cabo cualquier diligencia indispensable para seguir tomando sus notas. El *juego* sigue su curso, los muchachos siguen cantando la numeracion de los bolos, sin dárseles un ardite del lápiz despuntado ni de los aprietos del apuntador; y cuando éste acaba de sacarle punta á su instrumento ya han salido tres ó cuatro premios sin que él haya podido anotarlos en su relacion.

Acude entónces el atrasado *apuntador* á uno de sus compañeros, para tomar de su lista los números premiados durante el percance; niégase aquél por temor de perder á su vez la cuenta; crúzanse entre los dos malas razones; se mientan su madre mútuamente, y ambos pierden la cuenta por completo, haciendo que á su vez la pierdan otros compañeros que los escuchan, hasta que por fin se consigue *meter la paz* entre los apuntadores contendientes.

La *paz* en estos casos suele tener la forma de un guardia municipal y de órden público.

Al anochecer del mismo dia, vénse en las inmediaciones de la imprenta de Acosta numerosos grupos de hombres, generalmente de la clase obrera ó proletaria, aunque no sería cosa extraña distinguir entre ellos alguno que otro vago de levita.

Todos miran con tenacidad hácia la puerta del establecimiento tipográfico, que—á diferencia de los demás dias—se encuentra abierto á hora tan avanzada.

Un perspicaz observador no podrá ménos de notar que aquellos hombres tienen el semblante algo alterado por la impaciencia, y que casi todos oprimen entre sus manos algunas fracciones de billetes de la Lotería.

En efecto, son *jugadores* que aguardan con avidez la lista oficial, que es la infalible, para confrontar los

pedazos de billetes que han adquirido unos dias ántes, tal vez á costa de propias privaciones, ó del necesario sustento de su familia.

¡Cuántas ilusiones se forjarán aquellos infelices, en tanto que las prensas gimen y estampan en el papel los guarismos afortunados!

¡Cuánta ansiedad en aquellos instantes decisivos, en que se sueña ó se delira con el cielo de la opulencia y se teme al mismo tiempo el infierno del desengaño!

Para estos adoradores del azar, un billete de la lotería viene á ser una esperanza que cuesta—por ejemplo—22 reales, y que dura un par de semanas cuando más.

Cierto que el premio gordo es muy apreciable, y que no es absolutamente imposible el conseguirlo; pero en tratándose de un sólo número entre 22.000, es demasiado remota esta posibilidad.

Son muchos los llamados, y pocos los elegidos, como dice el Nuevo Testamento.

Y sin embargo, ninguno de los susodichos jugadores daría en aquel instante su pedazo de billete por el dinero que le costó.

El ménos soñador y ambicioso de todos ellos, tiene instantes en que se figura ser un capitalista de agraz, un Creso en estado de canuto.

Tal es la alucinacion que causa en ciertas gentes la perspectiva del premio gordo.

Yo sé de otro premio ménos *gordo*, ménos tentador; pero mucho más seguro.

Premio demasiado modesto para alucinar, pero harto infalible y constante para satisfacer al que le busque con fé y perseverancia.

Este premio, es el premio del trabajo, el premio de la economía, el premio de.....

Pero ya sale á la puerta de la imprenta un hombre con un papel impreso. ¡Es la lista!

Los demás corren hácia él como si los moviera un sólo resorte, y todos quieren confrontar á un mismo tiempo el pedazo de billete, que parece que les palpita entre las manos.

Este cuadro es demasiado *patético* para pintado á vuela pluma en un artículo de periódico.

....

Pocos minutos despues, aquellos hombres van desfilando silenciosos por uno y otro lado, con los piés torpes, la cabeza baja y como avergonzados y confusos.

Aún llevan en la mano aquel funesto billete, en el que poco ántes tenían concentradas todas sus esperanzas de ventura, y que el fallo lacónico é inapelable de la lista oficial ha reducido en un segundo á la humilde condicion de papel mojado.

Al dia siguiente, y miéntras los niños del Asilo de Beneficencia ordenan los bolillos y los globos para la próxima jugada, se abre una puerta en el mismo sitio en donde están colocados estos instrumentos y da principio la cátedra de Moral.

LA CASA DE LA JUSTICIA.

Hay en la parte más alta de la calle del Cristo un viejo y mal encarado caseron, que forma un ángulo recto con la fachada de la antígua iglesia de los domínicos, y limita por el Norte la que ántes fué plazuela de Santo Domingo y hoy se llama de San José por obra y voluntad de los jesuitas.

Es uno de los edificios más antíguos de esta ciudad.

Su construccion dió principio allá por los años de 1520. En Octubre, de 1528 estaba edificada la mayor parte, y se habían aposentado en ella más de 25 monjes, segun consta en documentos oficiales de aquella época.

Diez años despues puso feliz remate á dicha obra D. Iñigo de la Mota Sarmiento, esforzado guerrero en la campaña de Flandes, caballero del hábito de

Santiago y natural de Burgos, que gobernó esta Isla por mandamiento real fechado en 23 de Febrero de 1635. Era un hombre tan piadoso como valiente, que así ejercitaba la tizona acuchillando adversarios políticos y religiosos, como rezaba devotamente un rosario, con la mirada fija en el cielo, la rodilla en tierra y los brazos en cruz. Un cronista eclesiástico de aquella época, el Canónigo Torres de Vargas, asegura que el tal gobernador "no dió jamás el nombre (santo y seña) que se acostumbra en la milicia para la guarda y custodia de la ciudad, sin haber hecho ántes oracion en la iglesia del señor San Juan Bautista su patron."

Consta además que gran parte de la obra de dicho edificio, destinado para convento de monjes, la hizo Mota Sarmiento á expensa de los soldados de esta guarnicion, haciéndoles creer que se trataba de erigir una capilla y cementerio para los militares.

Tal fué el orígen de aquel piadoso edificio que sirvió de monasterio más de 200 años, fué largo tiempo tribunal y cárcel de la Inquisicion, se utilizó más tarde para alojamiento de tropas, y hoy sirve por una parte para oficinas de Administracion Militar y cuartel y cuadra de mulas de artillería de Montaña, por otra para iglesia de jesuitas, y por otra para habitacion de alguaciles, madriguera de ratas seculares y *casa de la justicia.*

Como á este último objeto se destina actualmente la parte principal del edificio, cumple á mi propósito examinarle bajo este punto de vista.

Manos á la obra.

***

Por la parte exterior no ofrece más particularidad que la de su aspecto desagradable y ruinoso, la falta de

simetría y órden en la distribucion de sus puertas y ventanas, y la carencia absoluta de carácter arquitectónico. Por el lado que corresponde á la plazuela, que es como si dijéramos la fachada principal, todo se reduce á un paredon desnivelado y tosco, con una puerta grande en el extremo izquierdo. cuatro puertas más pequeñas en el resto de la planta baja, y cinco en la parte superior. Dos hileras de ladrillos que sobresalen algunas pulgadas en lo alto de la pared, mal revocadas y cubiertas con mezcla de cal y barro, forman un mísero remedo de cornisa que léjos de favorecer en nada al frontispicio, sólo sirve para hacer más sensible y manifiesto su desnivel.

Nada hay allí que revele á primera vista el alto fin á que aquel menguado albergue se destina; pues aunque de vez en cuando se ven por junto al portal escribanos y alguaciles, más bien que funcionarios en casa propia, parece que han ido allí con objeto de trabar algun embargo ó de practicar alguna otra diligencia hostil.



El aspecto interior no es ménos agradable que el de la fachada ya descrita. Desde que se entra por el portal se siente en el ánimo cierta impresion de tristeza y malestar, á causa del aspecto sombrío y cavernoso de aquellos desaliñados paredones. El piso es de tierra en la planta baja de esta parte del edificio, y la humedad extremada de sus departamentos, la falta de ventilacion y de luz que en ellos se nota, la forma particular de sus herradas puertas y hasta los grueso barrotes que cruzan alguna que otra abertura en ellas practicada, confirman en cierto modo la tradicion que señala aquella parte del local como antígua cárcel y sala de tormento del Santo Oficio.

La escalera es ancha, de poca pendiente y provista de grandes mesetas de descanso. Desde allí empieza ya á manifestarse aquella especie de holgura, aquella desordenada comodidad monástica á la que se mostraban tan aficionados los frailes en estos últimos siglos.

La galería es tan ancha como una carretera de primer órden. Por ella se paseaban los frailes despues de cada comida, y es fama que—no obstante su reverenda gordura—cabían hasta cinco de ellos alineados y marchando de frente por tan espacioso corredor.

Por supuesto que la belleza, el buen gusto y la economía y acierto en la distribucion de los departamentos, nunca han tenido nada que hacer en este local.

Los cuartos son generalmente angostos y desiguales; la luz está en ellos mal distribuida; molesta en muchos de ellos la abundancia de aire, y en otros se respira con demasiada dificultad.

Por estas desigualdades y privilegios, más aún que por su respetable antigüedad, puede considerársele como el más legítimo y caracterizado representante de la Colonia.

Es el símbolo del antíguo régimen, sostenido á fuerza de puntales, remiendos y ensambladuras.

Y para que el símil sea más perfecto y adecuado, uno y otro [símbolo y régimen] amenazan ruina y se van inclinando poco á poco, aquél bajo el peso de sus años y éste bajo el peso de sus culpas.

Del uno dió malos informes la Direccion de Obras públicas.

El otro está desahuciado por la ciencia, por la justicia y por la razon.

Y así como en la antígua Colonia había seguramente algo de inquisitorial y de monástico, en el antíguo monasterio de la Inquisicicion se nota un pronunciado

olor á trastos viejos, y todavía se advierten señales ciertas de comegén ó polilla colonial.

*
* *

Como en este edificio se han hecho variaciones y reformas desde que dejó de ser convento, no es fácil averiguar con exactitud el uso á que ántes se destinaron todos los departamentos que ocupan hoy las oficinas de la Audiencia.

Miéntras fué monasterio, rara vez la vista de los profanos llegó á traspasar aquellos santos umbrales.

Solamente los frailes conocían las interioridades de su vivienda, y há tiempo que no se encuentra por aquí un solo fraile á quien interrogar. Tampoco se conservan planos ni descripciones que puedan servir de guía cierta y segura para el caso.

Tan sólo por indicios leves ó por deducciones más ó ménos aventuradas, indica la voz pública algunos lugares del actual caseron de la justicia correspondientes al antíguo monasterio.

Dícese, por ejemplo, que el lugar que hoy sirve á la vez de sala de espera y despacho de Procuradores, correspondía en tiempo de los frailes al cuarto de la penitencia.

Se cree asimismo que las celdas de los legos ocupaban el departamento destinado á los alguaciles; que la fiscalía era la cocina; que la relatoría era el cuarto de la siesta ó del santo reposo, y que hácia el sitio en que se reunen los escribanos quedaba antíguamente la gatera de la comunidad.

Y esto es todo lo que hasta ahora se sabe ó se supone acerca del uso anterior de tales departamentos. Nada hay que acredite la suposicion de que el archivo de hoy era la antígua despensa, y el cuarto del

Presidente haya servido ántes para celda y estudio del Padre Guardian, ni hay datos conocidos para determinar claramente si los estrados corresponden al sitio que ocupaba el refectorio ó al de la sala capitular.

***

Y volviendo al asunto principal, del que me iba ya desviando mi aficion á los estudios históricos y comparativos, declaro ante todo que la justicia se halla mal aposentada en este caseron, tanto por el estado de ruina en que se encuentra, como por su mezquina facha, la pésima disposicion de sus departamentos y la pobreza de su ajuar.

Aquellas paredes ásperas, desnudas, manchadas de trecho en trecho por la humedad ó el salitre; aquel techo desigual y cuarteado, que amenaza hundirse á la menor sacudida, y aquellos millares de procesos hacinados en el piso, debajo de las mesas, y alrededor de las paredes, por falta de armarios ó estantes en donde ponerlos y preservarlos contra cualquier accidente que los destruya ó deteriore, son cosas que desdicen notablemente de la importancia de aquel centro, y de las consideraciones que merece en todo país ilustrado la administracion de justicia.

Solamente la sala de audiencia está decorada (con algo que parece percalina) en uno de sus extremos donde se constituye el tribunal. Con ser éste el mejor de los departamentos del edificio, es de tal manera estrecho é incapaz para el servicio á que se destina, que sólo caben en él los magistrados (si son pocos), el fiscal, el defensor, el escribano (si no es gordo), dos alguaciles, el reo, si el asunto fuere criminal, y como una docena de personas en la parte exterior de la valla.

Si los reos ó interesados en el proceso pasan de diez,

será necesario entónces prescindir de la audiencia pública.

Baste decir que las paredes que corresponden á la parte del local destinado á la prensa y al público, están cubiertas casi por entero con tres retratos, uno de Fernando VII, otro de María Cristina y otro de Isabel II, que en años anteriores ocuparon sucesivamente el centro del dosel que descuella por detrás de la mesa de los magistrados, y poco á poco los fueron trasladando desde allí á la sala comun, ó sea á la parte exterior de la valla. De reyes pasaron á ciudadanos, desde el trono al pueblo, desde el tribunal á la audiencia pública. Falta entre los citados el retrato del rey Amadeo, no sé si porque su breve reinado no le dió tiempo para retratarse, ó porque, efectivamente, no caben allí más que tres cuadros de tamaño regular.



Despues de lo dicho para dar una brevísima idea del estado y condiciones del local que ocupa actualmente la Audiencia de esta Antilla, fuera inútil entrar en razonamientos demostrativos de la necesidad urgente de instalar aquellas oficinas en un sitio más capaz y decoroso.

Aquí donde el gobierno civil y el militar, la Intendencia, los jesuitas, el Ayuntamiento, la Diputacion y hasta la lotería tienen palacios; donde la religion tiene ocho templos sin contar los de extra-muros; donde la vanidad tiene muebles de ébano, alfombras de Flandes, espejos de Venecia y cortinas de Damasco; donde la gula tiene bazares espléndidos y tentadores, y cualquier vicio tiene su casa cómoda y decente, es lamentable y hasta vergonzoso que se tenga en tan míseras condiciones *la casa de la justicia.*

EL COBRADOR.

[SOLILOQUIO MENTAL.]

"Van á dar las nueve de la mañana y hoy es sábado; se acerca, pues, la hora de cobrar.

Mejor dicho, de *correr* tras de los deudores ó de *embestir* contra ellos.

Porque lo que es *cobrar*....

¡Buenos están los tiempos y los deudores para eso.

Ya nadie paga.

Mi principal se disgusta cada vez que llego de mi excursion fatigado, jadeante y cariacedo, con los botines rotos, los piés hinchados y el bolsillo.... sin desplanchar.

Y digo que se disgusta porque pone una cara de lobo hambriento, y gruñe y murmura algunas frases que yo creo que se refieren á mí.

Pero bien sabe Dios que no tengo la culpa.

Demasiado acometo y persigo á los deudores. A veces me avergüenzo de ir tan á menudo á una misma casa, y si algunos créditos fueran mios sería capaz de perderlos por no insistir más.

Yo creo que mi principal no ha sido cobrador nunca, ó que los deudores de antaño no eran tan *empedernidos* como los de hoy.

El oficio está cada dia más echado á perder.

Si yo encontrara otra colocacion ménos callejera y enojosa, daría de buena gana al traste con el paquete de cuentas que tantas fatigas me ha causado, me causa y me causará.

***

Ya estoy en la calle.

Dios quiera que hoy empiece mi viaje con buen pié, y que tenga la fortuna de cobrar algo, para que no ponga mala cara mi principal.

Veamos:

"D. Máximo Tramposo."—Este no paga nunca, y cuando está de mal humor dicen que pega. No me aventuro.

"D. Escolástico Delgado."—Este es un maestro de escuela y me dirá lo de siempre: que el Ayuntamiento no le paga desde el año anterior. ¡Pobre hombre! Me dá lástima verle con el semblante escuálido, la chaqueta rota y abotonada hasta el cuello, el pantalon mugriento y los zapatos llenos de agujeros, por los cuales se asoman tímidamente los dedos de los piés. Es inútil que vaya á molestarle de nuevo. No me pagará porque no tiene con qué, y le haria pasar un mal rato como el otro dia, que estuvo á punto de llorar.

A otra parte.

"Dª Perpétua Yuca Brava."—Esta gruñe y contes-

ta siempre mal humorada, que pagará en cuanto pueda; se queja de la falta de consideracion con que la tratan, reclamándole tan á menudo una *porquería* de 200 pesos; dice que es una falta de galantería y delicadeza el molestar así á toda una señora, que está *muy acostumbrada á deber* eso y mucho más.

Y lo dice con un retintín y una altanería, que me abochorna y me obliga á salir humilde y cabizbajo, como si ella fuera la acreedora y yo el deudor. ¡Diablo de vieja!

Volver hoy á su casa es perder tiempo.

"D. Urbano Promesas."—Este es uno de los deudores más finos y zalameros que he conocido. Él mismo abre la puerta cuando me vé subir; me tiende la mano, me brinda asiento, se entera de mi salud, me dá un cigarrillo, habla un poco de política ó de algun suceso reciente, me pide á cada instante mi parecer y me dá en todo la razon: Cuando le hablo de la cuenta se excusa humildemente de no haber ido en persona á saldarla, como me había prometido en mi última *visita*, y ofrece no dar ocasion á que me moleste de nuevo en volver. ¡Qué fino es este deudor! Cuatro años y medio hace que ando con su cuenta en el bolsillo, y desde entónces me recibe, me agasaja, me promete satisfacer lo que debe y me dá un cigarrillo todos los sábados....

Hoy no tengo ganas de fumar.

De modo que en esta calle no me queda ya nada que hacer.

Doblo, pues, la esquina y .... adelante.

***

A ver este otro legajo:

"Clara, Nieves, Mamerto, Pablo, Pepita, Don Sancho Resbaloso, Doña Maravilla, Don Odon...."

"Número 23, 25, 27...."

Aquí en el entresuelo vive Gracia, la jóven de ojos grandes y azules, que iba á la tienda y cojía y pagaba pequeñas cantidades, hasta que una vez, despues de tantas vacilaciones, se aventuró á tomar aquel traje de gró......

No sé si llame ó si la deje en paz. Por ella más que por nadie detesto cada dia más mi profesion. Sé que cada visita mia le produce á Gracia un nuevo pesar y sin embargo deseo verla. Dos sentimientos contrarios luchan en mí cada vez que me acerco á los umbrales de su casa. ¡Ah, si yo pudiera verla frecuentemente, sin llevar á su ánimo esa impresion desagradable y repulsiva que debe causar la presencia de un cobrador!

Siempre me hago estas ó parecidas reflexiones al llegar aquí, y siempre, como ahora, me decido á entrar, impulsado por no sé qué dulce y misteriosa atraccion..

***

¡Tres pesos! Me ha pagado tres pesos. ¡Pobre jóven!

¡Y pensar que acaso le hagan falta para el sustento!....

Mi situacion en su presencia era por demás embarazosa.

Subí para verla, para contemplar por un instante aquellos ojos que nunca olvido, para satisfacer un afecto puro y generoso sin mezcla ninguna de interés.

¡Y ella no vería en mí, seguramente, más q[illegible] cobrador desalmado y vulgar!

Estaba, como de costumbre, sentada ante una [illegible]quina de coser. Al verme se levantó, sonrió tristemente; sacó de su caja de labor un paquetito que contenía los tres pesos y un décimo de billete de la lotería; vol-

vió á guardar éste en el mismo sitio; balbuceó algunas palabras de disculpa por lo exíguo del abono; quise yo decir una finèza para tranquilizarla, y me parece que dije una necedad....

Luégo yo no encontraba cómo despedirme, y allí me estuve como ánima en pena más de cinco minutos, sin decir una sóla frase, sin poder coordinar una sóla idea de las que se me ocurrian ántes, y de las que se me ocurren ahora cuando ya no hay para qué.

¡Pobre jóven!

Trabaja sin descanso á pesar de su constitucion delicada y enfermiza, y sufre privaciones y apuros para conservar cierto viso de riqueza, cierto lujo exterior, cierta aperiencia de bienestar.

¿Será esto orgullo ó vanidad pueril?

A veces me confundo pensando cómo pueden caber estas pasiones en un corazon tan sano como el de Gracia.

Porque yo estoy seguro de que ella es buena.

El vicio y la maldad no tienen, no pueden tener aquellos ojos azules y hermosos como el cielo de Puerto-Rico, y como él serenos y bonancibles, á los cuales se asoma un alma pura, ingénua y llena de bondad.

Lo que hay es que ella, débil mujer, no habrá podido luchar con las preocupaciones dominantes de la sociedad en que vive, en la cual el que no es rico tiene que parecerlo á toda costa, si no quiere perder ciertas consideraciones muy estimables, y exponerse á la despiadada crítica de la gente *comme il faut.*

Con las jóvenes, sobre todo, se muestra aquella extremadamente cruel. Por escasos que sean los medios pecuniarios de que dispongan, tienen que vestir como ricas, so pena de que se desdeñe su trato y no se les permita lo que se llama *hacer papel.*

Si salen á la calle vestidas modestamente, las motejan diciendo que van *de trapillo.*

Si concurren al baile sin riquísimas joyas y trajes de seda ajustados al último figurin, las llaman *charras*.

Si van al templo sin alfombra de Ambéres, silla de ébano y libro enchapado de nácar ó marfil, las llaman *cursis*.

Por cualquier signo exterior en que revelen pobreza, economía ó sobriedad, son objeto de burlas despiadadas, de ridículos motes y de injusto y pernicioso desden.

En tales circunstancias, no es extraño que abuse del crédito en las tiendas de ropa una jóven como Gracia, criada en la opulencia, educada superficialmente, reducida poco despues á un mediano vivir, y hoy huérfana y sin más haber que un mísero monte-pío y el escaso producto de su trabajo.

Tal es, con leves diferencias, el orígen de muchas cuentas incobrables que llevo encima, y de otras *trampas* que se van enjendrando insensiblemente allá en la tienda, para desesperacion y martirio del cobrador.

¡De cuántos males es autora ó cómplice sin saberlo, por medio de sus viciosas é imprudentes preocupaciones, esa que llaman culta, buena y distinguida sociedad!....

Pero ahora advierto que se me iban quedando atrás las casas de algunos deudores, miéntras iba pensando en *ella* y meditando muy formalmente sobre los vicios sociales en sus relaciones con mi habitual ocupacion.

Verdad es que esto de recorrer las calles y visitar las casas de la Capitál en busca de dinero, que rara vez se recibe, es cosa que predispone el ánimo hácia la filosofía. Bien considerado, un cobrador en tales condiciones no pasa de ser un mero inquisidor de caractéres y de costumbres privadas, un moralista por fuerza, una especie de filósofo.... *inglés*.

*
* *

Aquí vive D. Odon y esta es su cuenta, rectificada ya por quinta vez.

¡Siempre tiene un reparo ó una objecion para excusarse de pagarla!

Mucho me temo que he de subir hoy en vano, como el sábado anterior.

. . . .

Lo dicho.

Un cuarto de hora perdido.

D. Odon se estaba afeitando sólo, y era preciso esperar.

¡Y qué trabajo me costó contener la risa, al verle con el rostro cubierto de blanca espuma y las gafas en la punta de la nariz, semejante á una ridícula parodia de la estátua de D. Gonzalo el Comendador!

Luégo aquellas muecas que hacía para raparse el bozo y los carrillos. . . .

Yo disimulé todo lo posible, haciendo como que iba á estornudar, para taparme la cara con el pañuelo.

Mi visita debió contrariarle, porque en el lado de la cara que se afeitó en mi presencia noté que se había hecho más cortaduras que en el otro.

Despues de terminada su sangrienta y dolorosa labor, se levantó más fosco y mal humorado que de costumbre.

Y se reprodujo la misma escena de siempre:

La cuenta no estaba bien porque había dos ó tres partidas de 13 centavos en vez de 12½ que es la verdadera equivalencia de un real fuerte.

Había además otro *lamentable* error.

Una colcha que aparece cargada en la cuenta con fecha 17 de Noviembre se tomó el 18, dia señalado por ser el de San Odon.

Item mas: la mujer de D. Odon no había tomado la colcha, como dice la cuenta; fué una criada quien la

tomó por órden de aquella. Y aquí decía D. Odon frunciendo las cejas, que eso de llamar señora suya á una criada, podía tener su malicia.

Por último, una pieza de *grano de oro* que figura al principio de la cuenta, y de cuya partida se ha rebajado ya la cuarta parte del precio convenido, como condicion indispensable impuesta por aquél, hay que modificarla ahora poniendo *platilla* donde dice *grano de oro*. D. Odon dice que él fué empleado de Aduana y conoce las telas y sus nombres; afirma que aquella es de algodon puro, y que tiene el hilo aplanado en vez de tenerlo redondo; en una palabra, que es *platilla* y nada más.

En corroboracion de lo dicho y para mostrarme cómo ha quedado la tela despues de lavada, pide una de las camisas de la señora. Ésta se opone enérgicamente á los deseos de D. Odon, y se arma con tal motivo la consiguiente pelotera.

Por último, D. Odon montado en cólera, me devuelve el papel diciendo que no pagará miéntras no se subsanen las equivocaciones nuevamente señaladas, porque á él le gusta mucho la claridad en las cuentas.

Cuando me despedí quedaba él en plena batalla doméstica, lanzando improperios contra su esposa, sus hijas y sus criadas, de quienes decía que se habían conjurado para reducirle á la miseria, si ántes no conseguían matarle de un sofocon.

La cólera le había enrojecido el rostro, y por cada una de las cortaduras brotaban gotas de sangre que le daban un aspecto ridículo y triste á un mismo tiempo, que provocaba á la vez risa y compasion.

¡Vaya con D. Odon!

*
* *

Ahí en la casa de enfrente vive ahora Pepita, aquella jóven risueña y generosa que tan buenas compras ha-

cía sin reparar jamás en los precios. Si al fin no paga esta cuenta, bien compensada está con lo que dió á ganar en las anteriores.

Aceptaba sin regateo cuanto en la tienda le ofrecían, y luégo ni siquiera se tomaba el trabajo de examinar las partidas.

—Ya pagará *él*,—decía cada vez que yo se la presentaba.

Y efectivamente *él* iba á la tienda y pagaba sin replicar.

¡Quién como *él!*

Era un jefe de administracion, disfrutaba de sueldo pingüe y de grandes consideraciones oficiales, tenia su familia ausente y pasaba por hombre de buenas costumbres y de indiscutible honradez. ¡Como que había escrito no se dónde un folleto sobre moral!

Lo cierto es que era un buen pagador.

Y como éstos no abundan y las ventas están cada dia peores, siempre que iba Pepita á la tienda le queríamos meter las mercancías por los ojos.

Pero en esto cayó el ministerio de Cánovas, quedó cesante el consabido jefe, se embarcó para gestionar en Madrid su nuevo destino y.... no se ha vuelto á saber nada de él.

Pepita no paga desde entónces, y el último dia que le llevé la cuenta me preguntó si volvería pronto Cánovas al poder.

Yo no sé nada de eso, pero me alegraría de que volviera pronto para salir de esta *embrolla*.

Y hé aquí por cuán diversos motivos pueden coincidir dos ó más personas en una misma aspiracion política, y por qué clase de indirectas relaciones se vé un cobrador precisado á echar su cuarto á espadas en el arte de gobernar.

***

¡Nada!

A Doña Petra no hay medio de arrancarle un céntimo, y la *caña* va creciendo cada dia más.

¡Siempre aguardando un pago irrealizable, una renta que nunca viene, una herencia que nunca se acaba de liquidar!

Y entre tanto las hijas van á la tienda, entran como distraidamente y sin objeto, preguntan por algo que no hay, charlan un poco, rien con los dependientes, hablan de bailes ó de algun otro asunto pueril, y en medio de la conversacion piden los géneros que necesitan, y se despiden luégo saludando con mucha gracia y amabilidad.

Todo esto lo hacen dé tal manera, que no dan tiempo á la reflexion hasta despues que se han ido.

Y cada vez que van á la tienda en busca de algo, emplean con cierta novedad este ingenioso y amable procedimiento.

El principal reprende luégo á los dependientes, por su debilidad y excesiva condescendencia; pero el mal ya no tiene remedio, ni es tan fácil evitar nuevas *embestidas* por el estilo.

Si se tratara de un hombre, ó de la misma Dª Petra, sería ya muy diferente; pero á las señoritas no se las puede desairar.

Luego es preciso ver la cara que me pone Dª Petra cada vez que le voy á cobrar.

¡Basilisco!

***

Me parece que esta es la casa donde vive ahora D. Agapito Exhausto y Nohaytutía, el prototipo de los deudores crónicos, persistentes y consuetudinarios.

Sí, esta es; ya no me cabe duda, puesto que veo bajar á los cobradores de Sexto, Audiffred y Catalá; como

si dijéramos el sombrero, el vestido y el calzado. Traje completo.

Aquellos otros dos que bajan ahora son los cobradores de *El Colmado* y de *Las dos Antillas.* Este hombre bebe y fuma tambien.

Y hasta pleitéa, puesto que ahora sube con papeles un curial.

Aquellos dos que bajaban ántes son caseros ó cobradores de casas, y este que viene aquí con cuenta *en ristre* es el inglés del gas.

Vamos á tener otra asamblea de *ingleses* como el sábado anterior cuando vine, que estaba durmiendo el Sr. Exhausto y Nohaytutía, tardó diez minutos en levantarse, y en este tiempo nos reunimos once cobradores y aún oimos que tocaban á la puerta dos ó tres más.

No hay duda que está bien *relacionado* este impertérrito deudor.

***

No me quedan por *visitar* hoy más que las casas de esta calle.

Doña Maravilla ya no paga.

Es un misterio en figura de mujer.

Su esposo gana, como siempre, diez y ocho duros en su modesto empleo, y ella pagaba hasta hace poco, con toda puntualidad, cuentas de dos y tres onzas cada mes.

Era lo que llamamos en el comercio una buena *marchanta.*

En la tienda le fiaban cuanto quería.

Más de una vez me llamó la atencion el lujo de su casa y de su porte, su descansada vida, y el extraordinario rendimiento del sueldo de su esposo; pero al fin estas no eran cosas de mi incumbencia y no gusto de entrometerme en la vida y milagros de los demás.

Pagaba bien, y esto era lo principal.

Pero hé aquí que de pronto interrumpe la regularidad de los pagos, y desde entónces no he podido cobrarle un cuarto.

Dice que los tiempos están malos, y es muy cierto; que no cae una peseta, y tiene razon (lo más que suele *caer* es un pedrusco ó una derrama); que los diez y ocho pesos de su marido no le alcanzan para lo necesario, y es la pura verdad.

Pero, ¿cómo alcanzaban ántes y se daba el peregrino caso de que las *sobras* eran mayores que el principal?

¡Ahí verá usted....!

***

A Doña Pelaya, la esposa de aquel cesante desahuciado, no hay para qué molestarla.

Dirá, como siempre, que tiene grandes deseos de pagar, y funda sus esperanzas en un billetito de la lotería, que guarda religiosamente bajo una estampa bendita de San Rafael.

El marido se burla de esta visible mezcla de lo material y lo divino, del juego y la devocion, y promete á su vez pagar con intereses y todo cuando venga *los suyos*, que no acaban nunca de venir....

***

Y aqui termina, por ahora, mi expedicion.

Queda por presentar la cuenta de D. Gordiano que vive ahí arriba; pero éste ha dicho que no paga miéntras sea yo quien le cobre.

Me tiene mala voluntad desde aquél dia en que su mujer se enteró de unas partidas de *contrabando amoroso* que había en la cuenta que le traje.

Y sin embargo, en mí no hubo mala intencion.

Ella era curiosa y yo novicio, me pidió la cuenta, se enteró de todo y....

¡Soberbia sarrazina la que se armó!

Yo me fuí, temiendo que me rompieran algo y dejé hasta la cuenta con el recibo.

Pepe es ahora el encargado de cobrar aquí.

Volvamos á la tienda.

Llevo tres pesos por junto, los de Gracia, y además un gran dolor de cabeza, cansancio y flojedad en las rodillas, mucho polvo, dos desengaños nuevos y dos nuevas ampollas en los piés.

¡Vaya un oficio!

COSTUMBRES LITERARIAS.

YO QUIERO SER POETA. [*]

—¿Sabe U. el castellano?

—Lo que U. vé.... para hablar la gente me entiende ...

—Pero la gramática, la propiedad y....

—No, señor, no.

—Bien. ¡eso es muy bueno! Pero sabrá U. desgraciadamente el latin, y habrá estudiado humanidades, bellas letras....

—Perdone U....

Perfectamente; me parece que sirve U. para el caso.

Larra.—*Yo quiero ser cómico.*

Meditaba yo esta mañana en lo penoso y fuerte de un compromiso que acababa de contraer, ofreciendo es-

[*] Este artículo es uno de los primeros que escribí, cuando apénas empezaba á hacer *pininos* sobre la pauta de los grandes maestros de este género literario. Como ya lo indica el epígrafe, viene á ser una imitacion del que escribió Larra con el título de Yo quiero ser cómico. Y digo imitacion, porque he procurado seguir en todo lo posible el plan del ingeniosísimo autor, aunque aplicado á un asunto diverso, y empleando ideas y frases que (por ser mias) resultan naturalmente inferiores á las del modelo.

Despues tuve intenciones de refundirlo y variarlo, tanto por sus defectos de forma, como porque, en realidad, la especie de manía seudo poética á que se contrae ha pasado ya, por fortuna, á los dominios de la historia, sin que por eso pueda decirse que no haya todavía quien se empeñe en escalar el Pindo sin fuerza ni aptitudes para el caso; pero al fin el amor paternal se opuso á la mutilacion de esta *criatura*, y aquí la incluyo tal cual nació, siquiera sea como recuerdo de una costumbre ya pasada y de una juventud que se aleja para no volver.

cribir un artículo crítico para cada númeio de mi naciente semanario, amén de los demás trabajos de *fondo* y de la refundicion de tal ó cual articulejo, poesía ó charada vergonzante que es necesario insertar de cuando en cuando, aunque las prensas giman y protesten en nombre de Guttemberg contra semejantes condescendencias.

"A la verdad,—decía recordando ciertas palabras del *Curioso Parlante*,—á la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerlos á tal ó cual hora determinada."

Pero el compromiso está hecho y no es cosa de volverme atrás.

Vengan, pues, los espíritus de Zoilo y de Aristarco á infundir en mi mente su travesura, venga Marcial y ponga en mi tintero un puñado de su sal epigramática; venga el espíritu mordaz y socarron de Iglesias, y el maligno y sarcástico de D. Francisco de Quevedo, y, por medio del fenómeno raro y sorprendente de los *aportes*, tráiganme la pluma cáustica de Voltaire y el látigo implacable de Juvenal.

¡Pardiez que no han de faltarme escritores hueros ó trasnochados, poetas *sietemesinos* y alguna que otra espiritual poetisa, reñida con el arte y divorciada del sentido comun!

A este punto llegaba en mis periodísticas meditaciones, cuando se abrió la puerta de mi habitacion, dando paso á un jóven acicalado y barbilindo, que me hizo una graciosa reverencia y me estrechó la mano con la mayor familiaridad.

—¿Es usted,—me dijo,—el redactor de El Buscapié?

—Para servir á usted, caballerito.

—Yo estoy suscrito á usted hace dos meses.

—Al periódico querrá usted decir.

—Eso es, al periódico.

—Que sea por muchos años.

—¡Y qué bueno está saliendo, amigo mio! Sobre todo la crítica. Le digo á usted que me he reido con ganas.... En fin, yo vengo á pedirle un favor.

—Ya lo presumía.

—Aquí donde usted me vé, tengo una gran disposicion para eso de *sacar* versos, aunque me esté mal el decirlo. Empecé haciendo charadas, luego me alargué.. y ya lo hago todo. Tengo llenas más de cien páginas de versos, sin contar con los que se han perdido y otros que trato ahora de coleccionar. Es lo que sucede: uno se pone á escribir, y tras de unos versos vienen otros y otros y.... ¡qué se yó! Casi me atrevería con un drama.

—Atrevimiento es....

—Pues, como iba diciendo, no sé ya qué hacerme con tanto verso manuscrito, y quiero irlos publicando poco á poco en el periódico de usted. Al principio los firmaré con un anagrama; después haré uso de mis iniciales, y por último *largaremos* el nombre entero. Entónces será menester que usted diga algo *sobre mí*, porque yo,—acá para entre nosotros,—aspiro á un buen empleo en la Contaduría, y me conviene y *quiero ser poeta*.

—Pues, hombre, séalo usted en hora buena. A bien que ya no se necesitan grandes cosas para obtener ese lauro.

—¡Pues!.... Eso mismo decía yo.

—¿Sabe usted algo de retórica y poética?

—Nada.

—Bien: ese es un excelente principio. Y ¿qué sabe de gramática?

—Sé las cuatro reglas simples. Sumar, multiplicar, dividir y.... no recuerdo la otra.

—¡Soberbio, soberbio! Eso es lo principal,

—Ya decía yo.... (Y aquí mi hombre se frotó las manos en demostracion de alegría.)

—¿Y qué sabe usted de los clásiccs?

—No los he oido nombrar, ni sé donde viven. Puede que los conozca de vista.

—Con eso basta. Por lo que respecta á Horacio...

—Tampoco he conocido á ese buen señor. Francamente, se saca usted unos nombres que.... Y luego como es tan grande la Capital.....

—Y ¿qué me cuenta usted de Virgilio?

—¡No me le nombre, por Dios! Desde que me mentó mi madre y le llevé á *Peña parada* para estrujarle los hocicos, no quiero saber nada de ese muchacho. Es un *sin vergüenza*, un cobarde; palabra de honor.

—Perfectamente; creo que usted hara prodigios en la poesía, y mucho más si no ha perdido tiempo en estudiar latin, historia, filosofía, moral, estética, y otras cosas por el estilo.

—No, señor; nada de eso.

—Y en cuanto á la manera de escribir las palabras, tendrá usted cuidado de poner *ll* donde quiera que suene, *y* ó vice-versa. Escribirá usted, por ejemplo *llegua, llerba, llerno, llerro, llunta, yama, yabe, yanto yeno, &., &.*

—Justamente.

—Y donde quiera que suene *c* ó *z* pondrá usted *s*, y escribirá, v. gr. *cabesa, plasa, maseta* y *alferesía.*

—Eso es.

—Y ¿cómo ordenará usted sus pensamientos y el plan de sus poesías?

—Los pensamientos.... Pues no sé cómo se ordenan los pensamientos. Hasta ahora no he tenido necesidad...... pero, en fin, los ordenaré como usted quiera. En cuanto al plan ya saldrá hecho y todo de adentro. Mis poesías, serán generalmente amorosas, y para esto sólo se necesita mucho *¡ay!*, mucha queja,

mucha desesperacion y sobre todo muchos puntos suspensivos.

—¡Bien, muy bien! Veo que es usted hombre que lo entiende.

—Y cuando trate algun asunto religioso, en vez de Dios diré Jove ó Jehová, llamaré á Jesucristo verbo con V grande, y á la Vírgen madre del Verbo, *estrella macuquina* y otras cosas que se dicen en el Trisagio.

—¡Magnífico! Usted habla como un Séneca.

—Y si acaso me sale por ahí algun crítico, no tenga usted cuidado; ya le diré cuatro frescas sin olvidar aquello de que *es un envidioso, un ignorante, un impío, que no ha entendio lo que pretendió criticar.* Y si acaso tiene algun defecto físico ó no se viste á la moda, ya verá usted como le pongo....

—¡Duro en él! Indudablemente hará usted fortuna en el mundo literario.

—¡Bien decía yo que al fin y al cabo nos habíamos de entender! Ahora tome esta composicion que escribí anoche; representa la salida del Sol.

—¡Y fué escrita de noche!

—Pues ahí verá usted.... y eso que la escribí en el balcon, y casi á oscuras, y con un pedacito de lápiz así.... Puede usted contar que no era más largo.... ¡Si digo que tengo una facilidad....!

—Ya me hago cargo.

—Pues como supongo que usted ha de encontrar muy buena mi poesía, espero verla publicada en su periódico, precedida, como es costumbre, de un extenso comentario. Abur.

Y diciendo así despidióse precipitadamente, dejándome un pliego en el que leí poco despues los renglones que van á continuacion:

COSTUMBRES LITERARIAS.

COSTUMBRES LITERARIAS.

cribir un artículo crítico para cada número de mi naciente semanario, amén de los demás trabajos de *fondo* y de la refundicion de tal ó cual articulejo, poesía ó charada vergonzante que es necesario insertar de cuando en cuando, aunque las prensas giman y protesten en nombre de Guttemberg contra semejantes condescendencias.

"A la verdad,—decía recordando ciertas palabras del *Curioso Parlante*,—á la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengüe el discurso como la obligacion de tenerlos á tal ó cual hora determinada."

Pero el compromiso está hecho y no es cosa de volverme atrás.

Vengan, pues, los espíritus de Zoilo y de Aristarco á infundir en mi mente su travesura, venga Marcial y ponga en mi tintero un puñado de su sal epigramática; venga el espíritu mordaz y socarron de Iglesias, y el maligno y sarcástico de D. Francisco de Quevedo, y, por medio del fenómeno raro y sorprendente de los *aportes*, tráiganme la pluma cáustica de Voltaire y el látigo implacable de Juvenal.

¡Pardiez que no han de faltarme escritores hueros ó trasnochados, poetas *sietemesinos* y alguna que otra espiritual poetisa, reñida con el arte y divorciada del sentido comun!

A este punto llegaba en mis periodísticas meditaciones, cuando se abrió la puerta de mi habitacion, dando paso á un jóven acicalado y barbilindo, que me hizo una graciosa reverencia y me estrechó la mano con la mayor familiaridad.

—¿Es usted,—me dijo,—el redactor de EL BUSCAPIÉ?

—Para servir á usted, caballerito.

—Yo estoy suscrito á usted hace dos meses.

—Al periódico querrá usted decir.

—Eso es, al periódico.

—Que sea por muchos años.

—¡Y qué bueno está saliendo, amigo mio! Sobre todo la crítica. Le digo á usted que me he reido con ganas.... En fin, yo vengo á pedirle un favor.

—Ya lo presumía.

—Aquí donde usted me vé, tengo una gran disposicion para eso de *sacar* versos, aunque me esté mal el decirlo. Empecé haciendo charadas, luego me alargué.. y ya lo hago todo. Tengo llenas más de cien páginas de versos, sin contar con los que se han perdido y otros que trato ahora de coleccionar. Es lo que sucede: uno se pone á escribir, y tras de unos versos vienen otros y otros y.... ¡qué se yó! Casi me atrevería con un drama.

—Atrevimiento es....

—Pues, como iba diciendo, no sé ya qué hacerme con tanto verso manuscrito, y quiero irlos publicando poco á poco en el periódico de usted. Al principio los firmaré con un anagrama; despues haré uso de mis iniciales, y por último *largaremos* el nombre entero. Entónces será menester que usted diga algo *sobre mí*, porque yo,—acá para entre nosotros,—aspiro á un buen empleo en la Contaduría, y me conviene y *quiero ser poeta.*

—Pues, hombre, séalo usted en hora buena. A bien que ya no se necesitan grandes cosas para obtener ese lauro.

—¡Pues!.... Eso mismo decía yo.

—¿Sabe usted algo de retórica y poética?

—Nada.

—Bien: ese es un excelente principio. Y ¿qué sabe de gramática?

—Sé las cuatro reglas simples. Sumar, multiplicar, dividir y.... no recuerdo la otra.

—¡Soberbio, soberbio! Eso es lo principal.

Daubon, Zeno y otros cuantos
que con cadenciosos versos,
más ó ménos inspirados,
honraron la gaya ciencia,
¿qué se han hecho?
—¡Pche!.... cambiaron
la lira por otros chismes
más....
—¡Dilo!
—Más necesarios.
Uno tomó el escalpelo,
otro el hacha, otro el cayado;
aquél compró una salina,
el otro fundó un establo,
este dirige una escuela,
el de más allá un tinglado,
y todos ganan la vida,
que es cuanto hay que ganar.
—¡Falso!
¡La gloria es ántes que todo!
—Hay pareceres contrarios;
pero, pues lo dice Blas,
esto es, Apolo, me callo.
—Es decir que en Puerto-Rico
no se hacen versos.
—¡Y tantos!
—¿Pues quién los hace?
—Cohete,
Castuzo, Balbás, Relámpago,
Tú por tú, Faisan, Manolo,
Cucufate, Flor, Periandro,
Perico, Electo, Zancudo,
Tito, Machichí, Macaco,
El Marqués de Siete Iglesias,
El Duque de no sé cuántos

y otros cien vates mostrencos
sin matrícula y sin.... vamos,
sin aprension.
—¡Vive el cielo!
—Y escriben más que el Tostado.
Uno arregla logogrifos,
otro compone aguinaldos,
aquél charadas confusas,
éste acertijos rimados,
y el de más allá imagina
saltos....
—¿De qué?
—De caballo.
—¿Y eso es verdad?
—Como hay tontos.
—¡A qué extremo, Padre amado,
á qué extremo el de las Musas
lenguaje divino y sacro
llegó en Borínquen la bella!!
¡A qué término llegaron
¡oh dioses! el verso y ritmo
del idioma castellano!!
¿Qué es lo que pasa en Borínquen?
Mis discípulos más caros,
¿Cómo á su deidad olvidan?
¡Los buenos dejan el campo,
las liras de oro enmudecen,
y los míseros guitarros
escandalizan la tierra....!
¡Voto á dos mil de acaballo!
....
Aquí Apolo lanzó un terno
que por decencia me callo;
levantóse de repente,
tomó las flechas y el arco.

buscó luego á Puerto-Rico,
apuntó, quise evitarlo,
dióme un empujon violento
y.... desperté. Eran las cuatro.

EL CONVENCIONALISMO

EN LA POESÍA PUERTO-RIQUEÑA.

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

QUINTANA.

Uno de los rasgos característicos en que más se nota la semejanza del pueblo puerto-riqueño con los pueblos meridionales de España, consiste en su aficion ingénita al ejercicio de las bellas artes, y especialmente al de la poesía.

Aquí, como en Andalucía, abundan más los poetas que los pensadores, somos más impresionables que reflexivos y hay generalmente más propension á versificar que á escribir en prosa. Conozco muchos indivíduos para quienes es ménos fácil escribir mediana-

mente un artículo sobre cualquier tema, que vencer las mayores dificultades de la rima y del metro más artificioso.

Por eso el verso predomina aquí siempre en los certámenes, en las colecciones, en los almanaques y en casi todas las manifestaciones de nuestra actividad intelectual.

En la misma prensa periódica se advierte á menudo esta circustancia, no obstante el poco aprecio que muestran muchas publicaciones hácia este género literario, sobre todo cuando no se relaciona con algun asunto político.

Igual ó mayor propension á versificar se nota entre la gente iliteraria y rústica de nuestros campos, en donde hay gran abundancia de repentistas ó *cantaores á lo divino*, que improvisan versos con asombrosa facilidad, siguiendo generalmente en sus glosas y canturías la difícil combinacion métrica de Espinel.

Dejando para otra ocasion el estudio de las causas principales de este fenómeno, basta por hoy á mi propósito declarar que en la literatura de este país prepondera notablemente el género poético, ó llamémosle rítmico si se quiere, ya que el verso no constituye por sí sólo la parte esencial é intrínseca de la poesía.

Por desgracia no se ha podido obtener hasta ahora todo el provecho que era de esperarse de tan favorables disposiciones, y, salvo algunos poetas que han logrado sobresalir por su brillante imaginacion, por su agudeza de ingenio ó por la pureza y gallardía de la forma, puede decirse que la generalidad de ellos gira tímidamente en un círculo tradicional y trillado, con perjuicio de la verdadera inspiracion.

Y no se crea que esta especie de rutinarismo implica siempre falta de verdaderas dotes poéticas ni de espontaneidad y altos vuelos de imaginacion, por parte de

los que á él se someten voluntariamente. Muchos de ellos tienen, por el contrario, excelentes condiciones para poder optar al glorioso título de poetas.

El mal consiste, segun mi sentir, en el convencionalismo que esclaviza la idea, oscurece ú oculta el pensamiento con giros y rodeos embarazosos, y aparta no pocas veces la imaginacion del poeta de los grandes ideales modernos para entretenerle en fútiles sutilezas, en ficciones empalagosas de sentimientos impropios de la edad presente.

Nada hay más contrario á la naturalidad y al verdadero sentimiento que ese amanerado rutinarísimo, con sus eternas alusiones mitológicas ó pastoriles, sus perífrasis alambicadas, y su diccion alegórica y artificial.

Ya es una elegía necrológica en la cual se declara el autor bañado en llanto, pide crespones y negras gasas para enlutar medio mundo, como si eso no costara un dineral en las tiendas de sedería, apostrofa á una áurea lira que finge tener á mano cuando probablemente no la ha visto ni en pintura, pide á gritos un arpa que ya nadie toca sino es algun italiano trashumante, de esos que van vendiendo de puerta en puerta cuatro cuartos de *Norma*, de *Traviata* ó de *Trovador*, y despues de agotados los primores de la rima en estos ya extravagantes rodeos, apénas si se consagra un par de estrofas al difunto [q. e. p. d.], sin embargo de ser éste el objeto principal; ya es una oda ampulosa y artificial llena de preguntas y exclamaciones, en la que se llama á Dios de tú sin permiso del ordinario, y se le piden rayos á Júpiter cuando se sabe ya que cualquier alambre aventaja al mejor de los versos como conductor de la electricidad; ya es, en fin, una égloga en la que el poeta se empeña en hacernos creer que toca el caramillo cuando más bien parece que toca el *violon*, nos dice que su amada Nisi (que probablemente se llamará Simeona,)

anda por valles y oteros en traje de Cloe cuando es bien sabido que sus padres no la dejan sóla ni ella saldría tampoco sin vestirse, almidonarse y arreglar cuidadosamente el flequillo y el *polison;* nos habla del pastoreo de su ganado cuando no consta en el padron de la riqueza pecuaria ni tampoco hay ya prados de aprovechamiento comun, y encomienda sus amores bucólicos á la proteccion de Pan, precisamente cuando éste sube de precio y se vende en cualquier bodega á razon de catorce onzas por libra.

Otras veces—y este es defecto muy comun entre los poetas principiantes—se entregan á la mayor desesperacion, agotan el catálogo de las frases lúgubres, cantan la muerte de sus ilusiones, la enfermedad incurable de su corazon y el desencanto más absoluto, precisamente cuando se hallan en los albores de la vida, y tienen hecho mayor acopio de ilusiones y de esperanzas para el porvenir. De estos seudo Heráclitos imberbes, que se obstinan en la imitacion de Abigail Lozano sin participar de su verdadera melancolía y sensibilidad, se burló muy donosamente Justo Derecho, en una ingeniosísima sátira titulada *Los poetas llorones.*

Por lo que respecta á los asuntos eróticos, se advierte tambien sobrado convencionalismo, y una marcada tendencia á tratar del pueril detalle, de la circunstancia accidental y externa, en vez de lo esencial y permanente de este generoso afecto, alma del mundo, como le llamó un gran poeta, ideal eterno y siempre nuevo, fuente inagotable de inspiracion y de poesía.

No negaré que todo esto tiene su explicacion y su orígen en causas extrañas que disculpan en cierto modo á nuestros poetas, y áun es preciso reconocer que éstos han hecho esfuerzos prodigiosos para alcanzar un grado de perfeccion que les honra, luchando contra los incon-

venientes de un sistema opuesto á toda manifestacion poderosa y enérgica de la vida intelectual.

No hubo hasta ahora en el país centros públicos consagrados á la enseñanza de humanidades, se carecía de modelos y hasta de libros en que estudiar, desconocíase casi por completo la crítica literaria, y una prévia censura estúpida ó maliciosa ahogaba con frecuencia los más inofensivos acentos de la poesía.

Hoy, sin embargo, van cambiando los tiempos, las leyes y las costumbres; la enseñanza se propaga y se perfecciana más cada dia; aumenta rápidamente el comercio bibliográfico, y aunque la prensa periódica está aún sometida á una ley oscura y restrictiva, es indudable que se halla ya en mejores condiciones que en la época no muy lejana del ominoso régimen colonial.

Creemos, pues, que la literatura en general, y especialmente la poesía, como su manifestacion más elevada y poderosa, debe alzar más atrevido vuelo, ensanchar sus horizontes, inspirarse en los grandes ideales modernos y renunciar al añejo convencionalismo que la estaciona, la esteriliza y la degrada.

"La poesía, para ser grande y apreciada,—dice uno de nuestros primeros poetas contemporáneos,—debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea, y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana, como el arado remueve la tierra: abriendo surcos. Y cuanto más ahonde; cuanto más penetre y encarne en las entrañas de un pueblo y de una época, tanto más estimada será, más sentida y ménos disputada su influencia." [*]

Tal es, en mi concepto la principal mision de

[*] Gaspar Nuñez de Arce.—Prefácio de sus poesías líricas.—1874.

la poesía lírica, sin que por eso se entienda que pretendo convertirla expresa y exclusivamente en arma de combate. Creo que la poesía, especialmente la lírica, puede y debe ser *desinteresada*, pero no *indiferente* hasta el extremo de sustraerse al espíritu, á las aspiraciones, á los progresos y á las necesidades de la época á que pertenece.

Así lo comprendieron sin duda Quintana, Ruiz de Aguilera, Campoamor, Nuñez de Arce y otros grandes líricos españoles de la era presente, y áun en el pequeño círculo de la literatura en este país pudieran citarse tentativas y aciertos dignos de elogio y de imitacion.

A los poetas más autorizados de esta Antilla corresponde seguir adelante en la obra de regeneracion tan felizmente comenzada, á fin de señalar seguro y provechoso rumbo á esa pléyade juvenil que invade ya con inquietud y brio el campo de la poesía puerto-riqueña.

TRADICIONES.

LA GARITA DEL DIABLO.

I.

En el costado Norte del castillo de San Cristóbal, y formando parte de la roca sobre la cual se eleva el macizo y formidable muro, hay un pequeño cabo ó promontorio que penetra en el mar como á distancia de cincuenta pasos, á cuyo extremo se ve una garita de aspecto ruinoso y sombrío.

Las olas que se agitan allí violentamente formando caprichosas cascadas entre los arrecifes de la orilla, azotan sin cesar los costados del estrecho promontorio, como luchando y revolviéndose airadas contra aquel brazo de piedra eternamente extendido sobre el mar.

Cuando arrecian los vientos del Norte, y el Occéano se encrespa y ruge más de lo acostumbrado en aquella parte de la costa, hay ocaciones en que la garita des-

aparece un momento, entre la nube que levantan las olas al estrallarse contra el peñasco donde aquella se encuentra cimentada; pero bien pronto vuelve á descollar sobre la bruma la negruzca bóveda de la garita, como la enorme cimera de un gigante medio sumergido entre las agitadas ondas.

Esta garita, cuya costosa y sólida construccion data de hace más de un siglo, se encuentra hoy completamente abandonada, y la tradicion popular cuenta cosas muy peregrinas acerca de ella, designándola con el siniestro nombre de la *garita del diablo.*

II.

Hé aquí, en resúmen, la parte más sustancial de la conseja:

A causa de los repetidos ataques de embarcaciones extranjeras contra este y otros varios puertos de la Isla, pidieron con insistencia y obtuvieron por fin sus gobernadores la real autorizacion para fortificar las plazas más importantes.

Siendo ésta la principal de todas, se dió comienzo en ella á la construccion del castillo del Morro y de otros varios fuertes, baluartes y baterías.

A mediados del siglo anterior, época en que principiaron las obras de fortificacion en San Cristóbal y sus cercanías, se aprovechó la favorable disposicion del peñasco ya descrito, para construir en él una especie de atalaya desde la cual pudiera vigilarse por la noche toda aquella parte del mar.

Un centinela perteneciente á la guardia interior del castillo tenia á su cargo esta vigilancia, y cada dos horas bajaban á relevarle por una galería subtearánea que desemboca al pié del muro.

No declara la tradiccion por cuánto tiempo fué des-

empeñado sin tropiezo ni accidente alguno desagradable este servicio militar: sólo dice que una noche, al ir el cabo de guardia con el soldado que había de relevar al centinela, notaron que éste no se encontraba en su puesto. La garita estaba desierta, así como el pasadizo aislado y estrecho que hácia ella conducía.

Llamaron, dieron gritos, esperaron durante algun tiempo, y por último subieron en busca de algunas linternas y bajaron á registrar despues inútilmente todos los parajes de por allí.

El centinela había desaparecido.

Gran sensacion produjo esta noticia en toda la ciudad, y hasta entre la misma tropa se llegó á mirar con algun recelo la garita mencionada.

Trascurrido algun tiempo, y cuando ya se iba olvidando aquella lastimosa y súbita desaparicion, otra nueva y en idénticas circunstancias vino á ocasionar nuevos temores y á servir de asunto á infinidad de comentarios. Esta vez se había encontrado el fusil, nada más que el fusil, dentro de la garita. El centinela había desaparecido como el anterior.

Ni el más leve indicio de lucha ni de violencia se advertía en aquellas inmediaciones. Las fieras del mar no alcanzaban á la garita, ni se podian comer á los soldados enteros, con gorra, cartuchera y todo: esto era absurdo.

Según la version popular más admitida, el mismo diablo en persona debió haber tomado parte en tan extraño escamoteo. Y vino luégo á confirmar esta creencia la misteriosa desaparicion de dos ó tres centinelas más.

Desde entónces la guardia de San Cristóbal dejó de poner centinelas en aquel sitio; se cerró á cal y canto la puerta de la subterránea galería que por allí desembocaba, y la *garita del diablo* quedó sóla y vacía como el cadá-

ver de un réprobo abandonado á los embates del mar y á las maldiciones de la tierra.

III.

Una de las muchas veces que oí en una tertulia de campesinos la narracion tradicional de la *garita del diablo*, se hallaba cerca de mí un viejecito de humilde porte, de semblante alegre y de mirada viva y sagaz, que por momentos apretaba y contraía los lábios como para contener una sonrisa de burlona incredulidad.

Chocóme desde luego el singular contraste que ofrecían la tranquilidad un tanto desdeñosa del viejecito, con la inquietud, la emocion y hasta el espanto que se revelaba en las fisonomías y las actitudes de los demás oyentes. Algunas palabras que le oí pronunciar despues á manera de comentario á cierto pasaje del cuento, y la opinion que expuso al final sobre la reserva con que debían acogerse ciertas narraciones, exageradas por la superticiosa fantasía del pueblo, me afirmaron en la sospecha de que aquel anciano sabía algo más de lo dicho respecto de los sucesos misteriosos de la *garita del diablo*.

No tardé mucho tiempo en hallar una ocasion oportuna para interrogarle sobre este punto, y despues de algunas reservas y precauciones que creyó indispensables para su seguridad individual, se expresó del modo siguiente:

IV.

"Servía yo, hace más de cuarenta años, en el batallon Fijo de trepa veterana, acuartelado en San Cristóbal, y había hecho ya varias veces el servicio de centinela nocturno en la que nosotros llamábamos entónces garita del mar.

No era, en verdad, muy apetecible que digamos pa-

sar dos largas horas en aquel sitio solitario, envuelto en las tinieblas de la noche, rodeado de escandalosos marullos y combatido sin cesar por un viento más húmedo que frio, y sutil y penetrante como la lengua de un calumniador.

Una noche (la recuerdo como si hubiera pasado ayer) me tocó en turno la vigilancia del lugar citado, desde las once á la una. El tiempo estaba lluvioso y el ruido del mar se oía más fuerte que de costumbre desde la plaza del castillo. De buena gana hubiera dado la mitad de las *sobras* de aquel mes, por librarme de tan molesto servicio.

Llegada la hora, bajé con el cabo de guardia por la angosta y húmeda galería que conduce hasta la orilla del mar. Al abrir la puerta, un golpe de aire con agua nos azotó el rostro.

El cabo lanzó una interjeccion poco decente y continuó su camino hácia la garita. Pronto se ejecutaron las ceremonias del relevo, y quedé sólo y expuesto á las inclemencias de aquel sitio.

Pasó un cuarto de hora, que me pareció sumemente largo.

—*¡Centinela alerta!*—gritaron desde lo alto del castillo. Y la voz llegó á mis oidos débil y entrecortada por la fuerza del viento y por el ruido de las olas.

Contesté como de costumbre, y seguí paseando lentamente desde el muro á la garita y vice-versa.

Aquella motononía, aquella soledad y sobre todo aquel aire húmedo que penetraba hasta los huesos, me iban haciendo insoportable el servicio. ¡Y todavía faltaban siete cuartos de hora.

El centinela no puede sentarse ni fumar, y esto último sobre todo era un gran martirio para mí. Yo tenía dos cigarros de *boliche* que había comprado poco ántes en la cantina, para fumarlos despues que me releva-

ran, y á cada paso que daba se movían en el holgado bolsillo de mi blusa, mostrándose ante mis ojos las dos agudas perillas como aguijones constantes del deseo.

Nunca le había sentido más vivo y tenaz; no recuerdo haber luchado nunca con una tentacion más apremiante. La hora, el mal tiempo, la prohibicion misma.... todo me incitaba á fumar con una avidez irresistible.

Jamás breva cubana de las más exquisitas y tentadoras, había sido apetecida con más ánsia que aquellas memorables tagarninas.

No sé cuántas veces se dirigió mi mano hacia el bolsillo, como llevada por un extraño resorte, y la volví á retirar luego recordando la rigurosa prohibicion de la Ordenanza.

Por fin cedí á la tentacion, en auxilio de la cual vino un aguacero que me obligó á refugiarme en la garita. Una vez en ella, y seguro de que nadie me podía ver, dejé el fusil á un lado, requerí el yesquero, llevé á la boca uno de los cigarros y golpee con violencia el pedernal.

Una oleada importuna vino á chocar en aquel momento contra la base de la garita, y un chorro de agua salada que penetró por la tronera vino á caer sobre los chismes de sacar fuego, dejándolos inservibles por aquella vez.

No hay para qué decir que este fracaso me produjo una gran desazon.

Salí de allí medio ciego de ira, y empecé á paséarme precipitadamente con las manos en los bolsillos. Me había olvidado del fusil y hasta de la Ordenanza.

Poco á poco me fuí refrescando (la noche no era para ménos) y lo primero que noté al recobrar la calma fué el cigarro de *boliche* que seguía fuertemente oprimido entre mis lábios.

Acrecentado el deséo con la contrariedad, se avivó más aún con la presencia del *cuerpo del delito*, y el gusto de echar siquiera un par de fumadas era en aquel momento mi principal aspiracion.

Seguí paseándome, cada vez más atormentado por la vehemencia del deseo, y de pronto se fijó mi vista en la luz más inmediata, si no era la única que se distinguía por aquellos alrededores. Brillaba hácia el oeste de la garita, en una de las casuchas ó bohíos que por aquella época había diseminados en las inmediaciones del matadero.

Despues de recordar aproximadamente la distancia, calculé que se podía ir á donde estaba la luz en poco más de cinco minutos.

Pocas veces he sido tan activo para poner en práctica un pensamiento, como lo fuí entónces aguijoneado por el deseo tentador.

Algunos segundos despues de haber formado el cálculo de la distancia consabida, ya me había descolgado por la orilla del muro y caminaba cautelosamente en direccion al arrabal inmediato.

—¡*Centinela alerta!*—volvieron á gritar en este instante desde lo alto del castillo.

—¡A buena hora mangas verdes!—dije para mí, apresurando el paso y oprimiendo el *boliche* entre los dientes, con una ansiedad digna por cierto de mejor cigarro.

Llegué por fin al anhelado lugar. Era un ventorrillo de pobre apariencia, en el cual había estado yo alguna otra vez.

Pedí una copa de aguardiente, y me abalancé sin cumplidos hácia el grosero mechon que ardía en el centro de la estancia.

¡Qué sabrosas me parecieron las primeras fumadas de aquel cigarro fementido.

Tal era mi aturdimiento al entrar, que ni siquiera advertí la concurrencia de gente que invadía los departamentos contíguos é interiores de la tienda. El amo de élla celebraba el bautizo de una niña.

Un repique de vihuela y *güiro* anunció en aquel instante el principio de uno de esos deliciosos *jaleos* del país, llamado *merengue* sin duda por analogía.

Miré instintivamente hácia el lado de la garita. Todas las sombras de la noche parecían haberse amontonado sobre aquel lugar.

La obligacion me llamaba, sin embargo, y era preciso volver al abandonado puesto.

Me asomé á una de las puertas que daban á la sala del baile, para satisfacer mi curiosidad de mozo ántes de irme.

Yo no sé si el estado de mi espíritu, la excitacion del aguardiente ó la fuerza del contraste entre la negra soledad de la garita y el bullicioso cuadro que se presentaba ante mis ojos, ó quizá todas estas circustancias juntas, ejercieron en mis sentidos tan agradable fascinacion. Lo cierto es que me sentí como trasportado á un mundo ideal, á un paraiso de deleites.

¡Qué chicas, Dios poderoso....!"

[Y al decir esto el narrador juntaba las manos, animábase visiblemente su fisonomía, y sus ojos brillaban por instantes como encendidos por una chispa de galvanizada concupiscencia.]

" Había entre todas una del color de las gitanillas de mi tierra,—porque aquí donde usted me vé soy de Triana,—había, digo, una trigueñita de ojos de fuego que era *toa sal*, como se dice en Andalucía.

¡Aquél cuerpo, y aquél aire, y aquél.... qué se yo! Perdone usted que me entretenga en detalles pueriles que no vienen al caso, pero que no he podido nunca olvidar.

Maldije el servicio y la guardia que me impedían permanecer en aquel sitio; pero era necesario volver y volví....

Digo, llegué con heróica resolucion hasta la puerta de la tienda, y bien sabe Dios que hubiera seguido á no ser por un fuerte aguacero que caía en aquel instante, sonando como una granizada sobre el techo de yaguas del ventorrillo.

Bendije en mi interior el agua que venía tan oportunamente á proporcionarme algunos minutos más de placer. Porque entónces más que nunca se me ocurrió pensar en lo peligroso que sería exponerme, acalorado como estaba, á los rigores de un aguacero.

Por otra parte, segun mis cálculos serían poco más de las doce; tenía tiempo de sobra para volver á la garita, y no había cuidado de que á tal hora y con aquél tiempo se asomase por allí ninguno de los jefes de la guardia.

Haciéndome estas consoladoras reflexiones, llegué de nuevo hasta el salon de baile, situándome resueltamente al lado de la encantadora trigueña. La disparé algunos requiebros á quema ropa, y ella correspondió llamándome atrevido, *sangri-gordo* y no sé cuantas cosas más, pero sin mostrarse enfadada ni dar señales de menosprecio ni esquivez.

Entónces la hablé con más formalidad y respeto, me esforcé en describir todas sus gracias, dije que estaba muerto por ella y que sólo me faltaban cuatro meses para cumplir [cuando la verdad era que me faltaban cuatro años], y otra porcion de tonterías que no hay para qué recordar.

Llegaba yo á lo más apasianado y patético de mi discurso, cuando oí clara y distintamente el sonido de una campana. ¡Era la del castillo que anunciaba la hora de mi relevo!

Me quedé un instante como alelado y confuso, y salí después, sin despedirme, siguiendo apresuradamente el camino en direccion á la garita.

Cuando llegué como á cien pasos de distancia, ya el cabo y el compañero que había de sustituirme andaban con linternas encendidas buscándome por aquellos alrededores.

El tiempo se me había pasado sin sentir, y yo había incurrido en la más tremenda de las responsabilidades.

La Ordenanza militar dispone que sea pasado por las armas todo centinela que abandone su puesto.

La pena es rigurosa y excesiva, particularmente en tiempo de paz y con las circunstancias atenuantes de la hora, el tiempo, el lugar y hasta la oleada importuna que me humedeció los chismes de sacar fuego. ¡Maldito cigarro....!

Pero la Ordenanza me señalaba ya como reo de muerte, y en aquel tiempo se aplicaba la Ordenanza [sobre todo á los soldados] con inflexible severidad.

No debía, pues, forjarme ilusiones acerca de mi situacion, ni era prudente desperdiciar el tiempo. Antes de amanecer debía encontrarme fuera de la ciudad y en parte donde pudiera sustraerme á las pesquisas que se hicieran en mi busca.

Tomé, pues, la firme resolucion de defender mi vida, y emprendí la marcha favorecido por las tinieblas de la noche.

Cuando pasé por junto al ventorrillo, acababan de salir las gentes del baile y se iban diseminando en direccion á varias callejas del antiguo *Ballajá*.

Allí, en un grupo de bulliciosas compañeras, y tal vez refiriéndoles las aventuras del soldado requebrador y *sangri-gordo*, iba élla, la linda cuarterona de ojos de

fuego, la que—despues del malhadado *boliche*—había sido la causa involuntaria de mi perdicion.

Aquella misma noche llegué rendido de fatiga á la playa de *Palo-seco*, en un pequeño bote que encontré atado en en el lugar que hoy ocupa la *Carbonera.*

Después.... sería muy largo de contar. Vine á este barrio, pedí posada y amparo á un pobre campesino que me cedió el mejor lugar de su choza y el mejor plato de su mesa, tomé parte en sus trabajos y me habitué á sus costumbres, adquirí luego algunas tierras, hice un bohío, fundé una familia y héme aquí convertido en un *jíbaro* neto, en un *aplatanado* andaluz.

Poco despues de mi llegada á este sitio, ya circulalaba la noticia de que el diablo había hecho de las suyas en la ciudad, llevándose á un centinela en cuerpo y alma, sin dejar de él más que un pedazo de yesca y el fusil.

Por eso yo me sonrío á veces cuando oigo que atribuyen al diablo mi desaparicion de la garita, cuando la verdad es que él no tomó parte ninguna en el asunto, á ménos que no fuera obra suya la tentacion del *boliche* y el hechizo de la encantadora trigueña de *Ballajá.*"

Y tal como me lo contó el viejecito, que descansa ya en el seno de la madre tierra, lo agrego aquí como apéndice ó complemento de lo que dice la tradicion acerca de la *garita del diablo.*

LA BOCA DEL MORRO.

I.

LO QUE SE CAÉ.

Era una hermosa tarde primaveral del año 1775.

Reinaba gran animacion entre los habitantes de esta Capital, que en aquella época no pasaban de 4500, ó sea la quinta parte, próximamente, de los que existen en la actualidad.

Hombres, mujeres y niños se aglomeraban con impaciente curiosidad, formando grandes grupos por los alrededores de *Peña-parada*, la *Cantera* y *Ballajá*, que eran entónces unos andurriales desiertos.

A poca distancia de la costa se balanceaba gallardamente un bergantin, hácia el que se dirigían con insistencia las miradas de los curiosos. Era el correo de la madre pátria, esperado siempre aquí con amoroso an-

helo, y mucho más en esta ocasion en que por primera vez se aguardaban en Puerto-Rico reformas importantes que dieran vida y movimiento á esta Colonia, abatida y aletargada por falta de instruccion. franquicias comerciales y buen gobierno.

Reinaba á la sazon en la Metrópoli un monarca ilustrado y amante del bienestar de sus pueblos, le auxiliaban ministros doctos y progresistas, había enviado algunos años ántes al mariscal D. Alejandro O'Reylly para que estudiara este país y le remitiese una memoria circunstanciada de su situacion, sus elementos susceptibles de desarrollo, causas principales de su atraso y medios que convendría adoptar para su prosperidad y engrandecimiento. O'Reylly había cumplido fielmente su comision estudiando el país y enviando aquella famosa memoria en la que declara no haber hallado en esta Isla, despues de tres siglos próximamente de conquistada, más que dos escuelas de niños, una aquí y otra en San German.

En vista de estos datos y de otras discretas observaciones del comisionado régio, la córte de Madrid había decidido implantar aquí las necesarias reformas, y el correo anterior las había anunciado para el próximo, que era el que estaba á punto de llegar.

En aquella época, sólo llegaba un correo de la Península cada seis meses.

Sabíase que el rey D. Cárlos III, de grata memoria, conforme con el parecer de Aranda, Floridablanca y otros ilustres consejeros, había formado un programa de gobierno justo y liberal, hasta donde lo permitan las ideas, las preocupaciones y las leyes políticas de aquel tiempo, y había confiado su planteamiento al nuevo gobernador, Brigadier D. José Dufresne, que venía tambien en el bergantin correo.

Correo nacional, gobernador nuevo, programa de reformas, instrucciones reales para hacer la felicidad del

país, todo esto se balanceaba sobre las mansas olas del mar Caribe, á ménos de dos millas de esta poblacion.

Había, pues, sobrados motivos para que las gentes se aglomeraran en los lugares ya descritos, esperando con impaciencia la llegada de tan venturoso bergantin.

Desde el amanecer le habían anunciado los vigías de San Cristóbal y el Morro, y la falta de viento favorable había retardado su entrada, prolongando de esta manera la ansiedad de los vecinos.

Por fin se fué sintiendo poco á poco la deseada brisa del nordeste, dió el bergantin algunas bordadas en direccion á la *Boca del Morro*, se oyó un prolongado murmullo de alegria entre el gentío que con vivo interés observaba los movimientos del buque, y éste embocó al cabo de un cuarto de hora por entre las baterías del *Morro* y los arrecifes de la isla de Cabra.

Los espectadores dejaron entónces las murallas del recinto Norte, y corrieron presurosos á ocupar las del lado opuesto, para presenciar la entrada del correo y el desembarco del nuevo gobornador.

Entre tanto el Brigadier Dufresne se había revestido con las insignias de su grado y los atributos del alto empleo que venía á desempeñar, y pidió á uno de sus ayudantes el cofrecillo en donde traía las instrucciones reales, el programa de las reformas, varios ejemplares de las sábias leyes de Indias y un *memorandum* ó coleccion de máximas de buen gobierno, para tenerle á mano y prevenido en el momento de desembarcar. Cumplida esta órden por el oficial, tomó Dufresne el cofrecillo en la mano izquierda, llevando en la derecha el sable y el nombramiento en que se le asignaba el haber de 6000 pesos anuales, y cargado así con sus derechos y sus deberes se arrimó á la barandilla del buque para echar

una ojeada á la poblacion y reconocer el terreno que pronto había de pisar.

En aquel instante sonó el cañonazo que tiran siempre los correos marítimos cuando entran por la *Boca del Morro*, y al súbito é inesperado estampido se extremeció el gobernador, dejando caer al agua el cofre de las reformas, de la justicia y de las máximas y reglas de buen gobierno. Sólo le quedó el sable en la mano, junto con la nómina del sueldo y el título de gobernador.

Salvó instintivamente los derechos, miéntras que los deberes cayeron ¡bendito Dios! al fondo del mar.

....

La tradicion popular [fundada acaso en ciertas deducciones de la experiencia] dice que desde entónces, á casi todos los gobernantes que vienen con el propósito de establecer útiles reformas, de practicar la justicia, de respetar la libertad y de aplicar sin rodeos ni vacilaciones las leyes de buen gobierno, se les cae el cofrecillo de las reformas, de las leyes y de los buenos propósitos al disparar el cañonazo de entrada, y sólo les queda en la mano el sable y la credencial del sueldo, el cual va cada dia en ascendente progresion.

II.

LA LIMPIEZA DEL PUERTO.

Tengo la inveterada costumbre de leer algo á la hora de acostarme, con el doble propósito de distraer mi atencion de las penosas ocupaciones diarias, y de que mis ojos se rindan más fácilmente á la dulce influencia del sueño reparador.

Mas para conseguir este objeto sin que la imaginacion, *la loca de la casa*, se empeñe en dar al traste con

mi reposo, haciéndome pasar malos ratos aun después de dormido, necesito elegir con especial cuidado los libros ó papeles que he de leer en tales horas.

Es cosa que no lo puedo remediar. Como lea yo al acostarme algo que me disguste ó me impresione por cualquier concepto, ya tengo sueños y pesadillas para toda la noche.

Y por lo general, sueño siempre con cosas extravagantes, que á veces no acierto á comprender qué relaciones tendrán con la lectura que las motiva.

Recuerdo que una vez me acosté leyendo un editorial del *Siglo Futuro*, sobre el dinero de San Pedro, y toda la noche estuve soñando con los horrores de la guerra carlista.

¡Vaya usted á ver....!

Otra noche que me sorprendió el sueño repasando el nuevo arancel de Aduanas para esta Isla, soñé con una infinidad de *chivos*.

Y no hace mucho que me dormí cuando no bien había terminado la lectura de un meloso programa de gobierno, y pasé luego largas horas soñando con *música celestial*.

¡Si digo que á veces sueña uno cada disparate....!

En otras ocasiones advierto, sin embargo, alguna remota analogía entre el sueño y la lectura que le ha servido de orígen.

Hay, por ejemplo, algunos periódicos políticos que me hacen soñar casi siempre con circos de fieras ó con un motin de gallos ingleses.

Cuando leo algo sobre nuestro sistema de tributacion y gasto público, sueño con un saco roto donde se pierde gran parte de lo que se echa, y es necesario echar cada dia más.

Cuando leo el reglamento de prestaciones, sueño con la carabina de Ambrosio.

Y cuando leo, en fin, algo relativo á la carretera del centro, al ferro-carril de la costa, ó al pago de los billetes de la indemnizacion, sueño con el cuento inacabable de la buena pipa ó con la idea de la eternidad.

***

Despues de haber buscado inútilmente hace pocos dias algo á propósito para leer por la noche, sin peligro de soñar despues, dí con algunos ejemplares de la *Gaceta oficial*, y celebré el hallazgo porque venía precisamente á satisfacer mis deseos.

No podía darse, en efecto, nada más inocente ni más propio para el caso, que la *Gaceta* de Puerto-Rico. Fiel reflejo de la actividad gubernativa, hace algun tiempo que no dice nada de particular. Los mismos edictos de siempre, los mismos extractos de las sesiones municipales, ó mejor dicho, las certificaciones de no haberse celebrado sesion por falta de concurrentes, los mismos anuncios de subastas que no se han celebrado por falta de licitadores y los mismos partes de haber desaparecido una ó dos reses de cada cercado, y de cada cuadra una bestia ú dos.

—Me conviene este periódico—dije colocándolo cuidadosamente sobre la mesa de noche.—Su lectura será una especie de bálsamo tranquilo que me facilitará el sueño, dejándome dormir en paz.

Llegada la hora del descanso empecé á pasar la vista por aquellas certificaciones del reposo administrativo y de la rutina oficial, y ya el sueño empezaba á ejercer su dulce presion sobre mis párpados, cuando dí con una disposicion en la que se declaraba caduco el crédito concedido por el gobierno nacional para la limpieza de nuestra bahía, dando á entender que si el comercio que-

ría disfrutar de esta necesaria reforma, debía rascarse el bolsillo, como se dice vulgarmente.

Impresionóme algun tanto la lectura de este documento, y.... cáten ustedes á *la loca de la casa* en su acostumbrada actividad.

—Ya no se puede leer ni la *Gaceta*, dije doblando el papel con visibles muestras de enojo.

***

Poco despues me quedé dormido y soñé, como era natural, con la limpieza del puerto.

La lectura de la *Gaceta* por una parte, por otra mi deseo de que se llevara á cabo tan importante obra, y por otra el persistente recuerdo de aquella tradicion popular sobre lo que se les cae á ciertos gobernadores de esta Antilla al entrar por la *Boca del Morro*, formaron tal desórden de ideas en mi fantástica imaginacion, que el sueño fué tan descabellado y confuso como el actual régimen de policía municipal.

Habían llegado unos ingleses con una especie de draga de nueva invencion, que sacaba á la superficie los objetos que estaban en el fondo de la bahía.

De este modo dejaban limpio el canal y todos sus alrededores, sin temor de que las piedras y demás cuerpos sólidos pudieran volver á obstruir aquél, impulsados por la corriente del agua.

Dos embarcaciones, una á cada lado de la máquina limpiadora, recogían las materias extraidas del fondo del puerto, para desembarcarlas en diversas partes de la playa.

La operacion empezó desde enfrente del *Islote* y siguió con extraordinaria rapidez hasta más allá del *Cañuelo*.

De allí en adelante empezó á llamar la atencion de

los maquinistas ingleses un fenómeno que les llamó mucho la atencion.

En vez de piedras ó cascajos, salían unos bultos de forma cuadrada ó cuadrilonga, y despues de bien examinados se vió que erán cajones y cofrecillos, muchos de los cuales se hallaban ya en estado de petrificacion.

Creyendo que serían restos de algun naufragio, dieron aviso los maquinistas á la Comandancia del puerto y á las demás autoridades competentes. Poco despues las gentes ociosas y noveleras de la ciudad se aglomeraban en la *Puntilla* junto á un monton inmenso de bultos de aquella forma, que la máquina había sacado al hacer la limpieza de la parte del canal que corresponde á la *Boca del Morro.*

Un escribano presenciaba la apertura de las cajas y publicaba en alta voz su contenido, despues de anotarlo en un cuaderno de papel del sello correspondiente.

El contenido de las primeras cajas que se abrieron no se pudo reconocer con exactitud.

De tal modo lo había echado á perder la accion del agua salada.

Del análisis practicado en aquellas materias averiadas, resultó que contenían justicia, dotes de mando, probidad, independencia gubernativa y espíritu público, todo revuelto y confundido con papeles viejos y otras materias de dudosa aplicacion.

—¡Qué lástima que se hayan malogrado al llegar tantas cosas buenas!—decía un viejecito, procurando saborear con la punta del dedo las sustancias contenidas en dichos cajones.

Y el escribano anotó en el inventario, y leyó despues.

"Varias cajas conteniendo sabe Dios qué, en estado de corrupcion."

Se abrieron otras ménos deterioradas, y despues del

exámen y reconocimiento facultativo, anunció el escribano en alta voz:

"*Item:* Algunas reformas en caldo blanco, aderezadas con promesas ministeriales y con el espíritu de la Revolucion de Setiembre. Las cajas tienen el sello de Baldrich y huelen mal."

"*Item:* La primera remesa de los derechos individuales con otra porcion de cosas en conserva, que se le cayeron á Martinez Plowes y que no se pueden analizar."

"*Item:* Una caja con libros sobre equidad, justicia y buen gobierno, que por indicios racionales se supone que pertenecían al general Sanz."

"*Item:* Un bulto conteniendo algunos papeles mojados sobre la imparcialidad. Tienen el sello de Caspe, y entre algunas de sus páginas se encuentran estampillas de San Ignacio de Loyola."

"*Item:* Una caja de construccion reciente, conteniendo el programa económico y gubernativo del general La Portilla, y varios ejemplares de su discurso pronunciado en las Córtes. Ambos documentos se conservan en buen estado y se entienden perfectamente."

—¡ Que se lean, que se lean !—gritaron algunos indivíduos de entre la multitud.

—¡Que se lean!—repitieron más de cien voces á un mismo tiempo, y varias personas de las más impacientes se abalanzaron hácia la caja que tales documentos contenía. El escribano intentó defenderla y se armó allí una sarracina de padre y muy señor mio.

Bien pronto los papeles circularon entre la multitud, á pesar de los gritos del escribano, que pedía socorro y apuntaba con el cañon de su pluma, arma que en circunstancias dadas suele ser tan terrible como cualquier otro cañon.

Yo, que á todo esto permanecía en calidad de espectador algo retirado del tumulto, incliné me para

ger un programa que había ido á parar allí cerca, y ....
despertė oprimiendo un periódico entre las manos.

Era el número de la *Gaceta* que tantos desatinos me había hecho soñar aquella noche, sobre la imaginaria *limpieza del puerto*.

LAS ONCE MIL VIRGENES.

Cuentan las gentes de antaño
como cosa verdadera,
que despues de estar sitiada
esta ciudad, por las fuerzas
que desembarcó en Loiza
una gran escuadra inglesa,
allá en el año de gracia
mil setecientos noventa
y siete [para la honrada
Borínquen gloriosa fecha],
mando el inglés un mensaje
pidiendo que se rindieran
la plaza y sus defensores.
Cortés y digna respuesta

dióle el general bizarro
que gobernaba esta tierra;
mas como no satisfizo
del invasor la exigencia,
se dió la señal de ataque,
tremolaron las banderas,
sonó el hórrido estampido
del cañon, en las almenas
de la ciudad aparecen,
dispuestos á la defensa,
mil valientes campeones;
bélico fragor atruena
el espacio, y dan comienzo
los horrores de la guerra.

Trascurrieron dos semanas
de lucha tenaz y cruenta,
en el ataque los unos,
los otros en la defensa;
y aunque hubo muertos y heridos
en los de adentro y de afuera,
nunca los bronces callaban
ni se abatían las banderas.
Donde uno muere, otro surge;
donde uno cae, otro queda;
allí se derriba un muro,
acullá se abre una brecha,
aquí se montan cañones,
allá se forman trincheras.
Nadie en la contienda cede,
la lucha el valor aumenta,
aquí gritan: "¡viva España!"
más allá: "¡viva Inglaterra!"

Corrió en tanto la noticia

en las huestes extranjeras
de que, en favor del sitiado,
habían de llegar por tierra
varias tropas de milicias,
y el jefe inglés, con cautela.
mandó poner avanzadas
del Condado á Martin Peña,
cortó el puente de este nombre
y, apostando centinelas
en los más altos lugares,
dió sus órdenes severas
de que avisaran al punto
si las enemigas fuerzas
asomaban: si eran muchas,
para disponer la leva
y embarcarse; si eran pocas,
para esperarlas en tierra
y dar presto la batalla
donde el triunfo decidiera.

Llegado el siguiente dia,
y ántes que la luz espléndida
del astro rey disipara
las ya fugaces tinieblas,
oyóse.... [yo nada afirmo,
téngalo el lector en cuenta;
la tradicion narra el hecho,
yo escribo, quien dicta es ella].
Oyóse un rumor extraño
más allá de Martin Peña,
como de gente que avanza;
despues el toque de guerra
de tambores y clarines;
alzóse una nube densa
que cubrió el extenso valle,

y á poco salió de entre ella
una legion de mujeres
tan numerosa y tremenda,
que al verla huyeron de espanto
los ingleses centinelas.

Uno de ellos [dice el cuento
ó llámele usted conseja]
llegó donde el Almirante
y le habló de esta manera:

"Milor, se acerca la gente
En número tal, que opino.
Que fuera gran desatino
Esperar y hacerle frente.

"Se fué aproximando á oscuras,
Y cuando sonó el clarin,
Ya de damas un sin fin
Ocupaba las llanuras.

"Costumbre poco galante
Debe ser, en opinion,
Salir á la guerra con
Las mujeres por delante.

"¡Vaya un uso más extraño....!
Mas lo que importarnos debe
Es buscar un medio breve
Para evitar nuestro daño.

"De triunfo el constante afan
Ver ya cumplido no esperes.
Si tantas son las mujeres,
¿Cuántos los hombres serán?

"¡Por San Jorge que ya escucho
El ronco clarin de guerra....!
¡Milor, dejemos la tierra,
Ved que nos importa mucho!

"Mandad que leve en seguida
La escuadra del Comodoro,
Que si siempre *el tiempo es oro*,
Hoy, Milor, *el tiempo es vida*.

"Y por seguir el capricho
De codiciosos consejos,
No es bien que muera en Cangrejos
Toda nuestra gente.—He dicho."

No bien escuchó el caudillo
la clara y concisa arenga
del discreto vigilante,
cuando ordenó con presteza
que las tropas se embarcaran,
se previniesen las velas
y se alejasen las naves
de las costas borinqueñas.
Y de tal modo cumplieron
las bravas huestes inglesas
de su caudillo el mandato,
que aquella mañana, apénas
la brisa agitó las lonas,
salió la escuadra ligera,
dejando en el campamento
muchas máquinas de guerra.

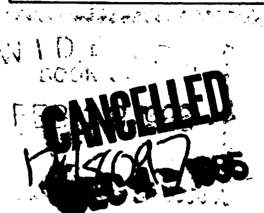
Luego se supo ¡oh prodigio!
que ni un soldado siquiera
de los nuestros se esperaba

del lado de Martin Peña,
ni por allí parecieron.
Y asegura la conseja
[pues yo ni quito ni pongo]
que aquella legion inmensa
de mujeres, no fué vana
invencion del centinela,
ni delirio de su mente,
ni vapor de su cerveza.
Fueron.... las once mil vírgenes,
que, por alta providencia,
para salvar á Borínquen
descendieron á la tierra.

Esto la gente de antaño,
gente verídica y buena,
contar suele en los *velorios*
ó en las tertulias caseras.
Hoy ya no suceden tales
prodigios, ni hay quien los crea.
Sólo algun *guason*, oyendo
lo que pasó en Martin Peña,
suele decir por lo bajo
con expresion picaresca:
"¡Once mil vírgenes juntas....!
¡Qué dichosa edad aquella!"

FIN.


STAFF STUDY
CHARGE
CANCELLED


CANCELLED